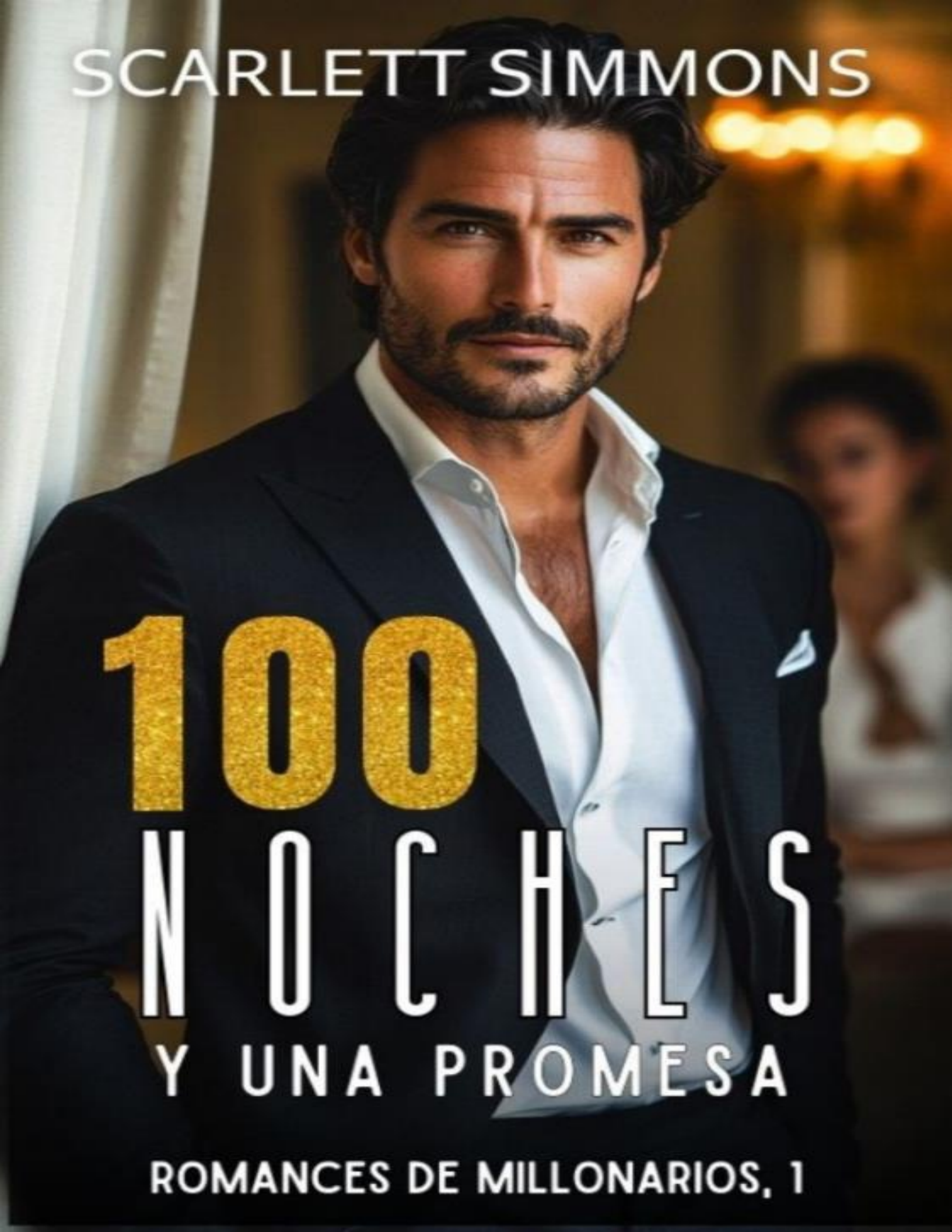

SCARLETT SIMMONS
100
NOCHES
Y UNA PROMESA
ROMANCES DE MILLONARIOS, 1

CIEN NOCHES Y UNA PROMESA

Scarlett Simmons

SERIE: ROMANCE DE MILLONARIOS

Derechos de autor de @ScarlettSimmons, 2025
Maquetación y cubierta: Scarlett Simmons
Imagen de cubierta generada por IA (MidJourney)
Distribuido por Amazon
Registrado en CEDRO
Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.
Los hechos, algunos lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza a la realidad se debe a la más pura casualidad.
No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970).

Serie Romance de Millonarios

Scarlett Simmons

La serie Romance de Millonarios recoge historias en las que el protagonista es un hombre acaudalado y rico, que vivirá en diferentes situaciones en busca o huida del amor.

En esta primera entrega nos encontramos con el dueño de una cadena hotelera, Fabio Velasco, que regenta con mano dura el Hotel Velasco Como en el lago de Como. Un resort de lujo y clientela exquisita.

El hotel va a ser auditado a petición de un grupo inversor que va a financiar la ampliación del *resort*. La auditora que envían es una mujer independiente, implacable, seguridad de sí misma y que a veces busca llenar su soledad con hombres que conoce en bares de una sola noche.

Intrigas familiares, lealtades, lujo, elegancia, noches de pasión y una sola promesa que ¿podrán cumplir?.

Todas mis novelas son autoconclusivas e independientes por lo que puedes leer en el orden que desees, aunque puede que unas te gana *spoiler* de otras, lo importante es la historia..

Encuéntralas aquí:

SOBRE MÍ

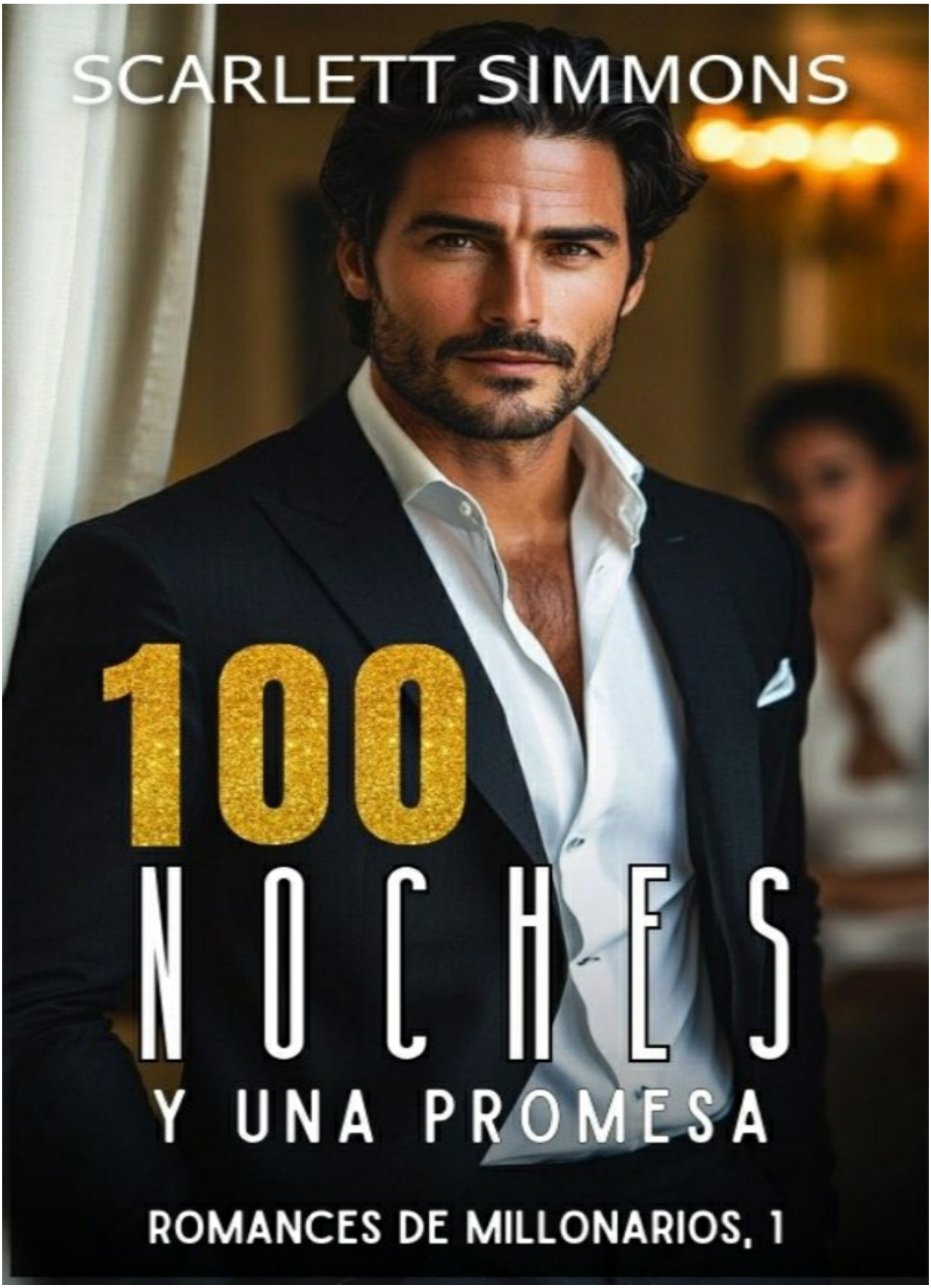
Soy **Scarlett Simmons**, escritora de novela romántica contemporánea *spicy*, de origen europeo y alma ardiente. Escribo mis fantasías siempre que puedo, pero no me había planteado publicar hasta que una de mis amigas disfrutó tanto con la lectura de mis novelas que he decidido sacarlas a la luz, poco a poco, para que tú también las goces.

Te invito a sumergirte en mundos vibrantes de frenesí, delirio y fogosidad envueltas por toneladas de tensión y amor. Pero a nadie se lo regalan. Mis personajes se enamoran y luchan por el amor en distintas circunstancias.

Sígueme en mi cuenta de autora de **Amazon** y sé la primera en enterarte de las nuevas publicaciones.



S.S.


SCARLETT SIMMONS
100
NOCHES
Y UNA PROMESA
ROMANCES DE MILLONARIOS, 1

INDICE

PROLOGO
VALERIA
CAPÍTULO 2
FABIO
Capítulo 3
Valeria
Capítulo 4
Fabio
Capítulo 5
Valeria
Capítulo 6
Fabio
Capítulo 7
Valeria
Capítulo 8
Fabio
Capítulo 9
Valeria
Capítulo 10
Fabio
Capítulo 11
Valeria
Capítulo 12
Fabio
Capítulo 13
Valeria
Capítulo 14
Fabio
Capítulo 15
Valeria
Capítulo 16
Fabio
Capítulo 17
Valeria
Capítulo 18
Fabio
Capítulo 19
Valeria
Capítulo 20
Fabio

Capítulo 21
Valeria
Capítulo 22
Fabio
Capítulo 23
Valeria
Capítulo 24
Fabio
Capítulo 25
Valeria
Epílogo
Valeria

PROLOGO

VALERIA

Esta noche no soy una mujer de negocios, me repito mirándome en el espejo del hotel en el que pasaré la noche en Milán, donde acabo de aterrizar, antes de ir mañana al Lago Como a trabajar.

Esta noche no soy la auditora que ha trabajado durante años para llegar a donde está y que se ha ganado un contrato muy reñido. Esta noche voy a disfrutar de la vida nocturna italiana y quitarme los nervios que no me dejan dormir. Mañana será un día importante cuando se celebre la reunión con un magnate hotelero que quiere expandir su *resort* en el Lago de Como, y quiero llegar relajada.

Esta noche, solo quiero divertirme.

Y, como que me llamo Valeria, me lo voy a permitir.

En el hotel me recomiendan un bar que tiene la atmósfera perfecta para perderse en él sin ser vista. Las luces son tan suaves que dejan rincones oscuros, la música de jazz es muy sensual, la pared detrás de la barra está llena de botellas de licor y las copas de cristal reflejan el destello de las velas. No es un sitio turístico ni una discoteca ruidosa. Es un lugar íntimo, selecto, casi secreto. El sitio que busco en el que las miradas se encuentran y la posibilidad de no pasar la noche sola es prometedora.

Aunque me había prometido que no lo haría. Que esta vez, en este viaje, me centraría solo en el trabajo. Que no me dejaría tentar por mis propios pensamientos que me incitan a buscar compañía cuando mi trabajo me obliga a pasar la noche fuera de casa.

Soy débil. Y estoy nerviosa. No siempre se tiene la oportunidad de trabajar con un magnate, rico, poderoso, con fama de implacable y que lleva años en el negocio hotelero. Si no me divierto hoy, tal vez pasará tiempo hasta que tenga una noche libre. Solo para mí y mis deseos de vivir el aquí y el ahora pase lo que pase.

El bar tiene ese aire exclusivo que solo los habituales reconocen. No es un lugar ruidoso ni caótico, sino un rincón cuidadosamente escondido en el corazón de Milán, en una calle adoquinada que respira historia, con edificios de arquitectura clásica y faroles que desprenden una luz cálida y misteriosa. No es el tipo de sitio al que uno entra por casualidad. Aquí, las miradas se cruzan sin urgencia, los silencios no pesan y el ambiente, elegante e íntimo, invita a observar sin prisa, a dejarse llevar por la magia sutil de lo que puede suceder cuando dos personas se atraen.

Recorro el lugar con la mirada mientras espero la copa que he pedido al camarero. Al otro lado, alguien hace lo mismo, concentrado en su pedido. Apenas un movimiento, un giro casual de la cabeza, y su mirada se cruza con la mía. Breve, precisa. Un reconocimiento que no necesita más que un segundo para saber qué intención tenemos los dos.

No sé cuál de los dos encuentra antes al otro, pero cuando nuestras miradas se cruzan, ya sé

que él será mi objetivo. Es el tipo de hombre que no se olvida. Alto. Moreno. Con una mandíbula cincelada y barba incipiente. Está sentado en un rincón, al otro lado de la barra, con una copa de whisky en la mano y apoyado en la pared con la actitud del que no necesita hacer un gran esfuerzo por conseguir lo que quiere. Como yo, que no me pienso acercar a él. Si le gusto, tendrá que hacer el primer movimiento.

Lo observo con disimulo, evaluando mis opciones. Por experiencia creo que no es un hombre que se esfuerce en destacar. Pero destaca. Y lo peor es que lo sabe. Mi instinto me dice que es un problema, el tipo de hombre con el que una mujer inteligente no debería medirse. Pero no estoy aquí para ser inteligente. Al menos no esta noche, en la que solo soy Valeria y quiero divertirme.

He llegado hasta el bar porque solo quiero olvidar las presiones, los plazos de entrega, los clientes exigentes y la maldita sensación de que mi vida es solo una cadena de responsabilidades sin un respiro.

Esta noche quiero jugar con fuego. Eso es lo que me pide el cuerpo: una escapatoria a mi vida organizada por el trabajo.

El hombre que me está observando desde el otro lado del bar parece el incendio perfecto. Sus dedos juegan con el borde de su copa de whisky mientras yo observo. Bajo la vista a mi copa y me muerdo el labio, porque el calor que me provoca su simple presencia es suficiente para que ceda a cualquier proposición que me haga.

Levanto mi copa, apoyo los labios sobre ella con delicadeza para dar un sorbo lento, sensual, y la dejo en la mesa con un movimiento pausado del brazo que, al separarlo del cuerpo, deja caer uno de los tirantes de mi vestido. Aunque la sutileza no es mi punto fuerte, parece que él ya ha captado el mensaje.

Me sonríe. Es un leve movimiento en la comisura de sus labios, apenas perceptible, pero suficiente para hacerme estremecer. Tengo un nudo en el estómago, una vocecita interna que me dice que estoy loca, y una humedad entre mis piernas que no puedo ni debo malgastar.

Él no aparta la vista ni un momento. Me fuerzo por no desviar la mía, a pesar de los nervios. Parecemos dos jugadores de póker en plena partida, en la que ninguno está dispuesto a ceder terreno, ni a dar el primer paso hacia la victoria o hacia la derrota. Hasta ahora. Veo que él se mueve primero y la idea de que no venga hacia mí cruza por mi mente. Tal vez solo haya venido a tomar una copa y ya quiera marcharse.

Se pone en pie con calma. Siento que su elegancia es natural, y que le rodea un aura de poder en cada paso. Tiene pinta de ser un portento en la cama. Lo observo con disimulo, fascinada por ese traje oscuro que se ajusta con precisión a su cuerpo.

Mi pulso se acelera cuando avanza con decisión. No se desvía, no mira a ninguna otra mujer, no se detiene en otra mesa. Su destino soy yo.

Mi estómago se tensa con anticipación cuando se inclina ligeramente, lo bastante cerca para que su fragancia masculina y seductora, con tonos de bergamota y cítricos, me alcance.

—No eres de aquí —afirma. Su voz es profunda, con un acento italiano tan suave como peligroso.

—¿Eso es un problema?

Su sonrisa se amplía, lenta, deliberada.

— Depende.

—¿De qué?

Él inclina la cabeza levemente, evaluándome con una mirada intensa.

—De si me aceptas una copa o solo quieres que sigamos mirándonos desde la distancia.

Suelto una risa baja. El tío es bueno en esto. Pero yo también.

—Me gusta cómo piensas.

Levanto la mano y llamo al camarero.

— Otra ronda. Para los dos.

Él arquea una ceja, intrigado. Señala el sitio que hay junto a mí en el sofá, como pidiendo permiso para sentarse, que le concedo con un leve cabeceo y una sonrisa.

— Así que no te asusta tomar la iniciativa.

— ¿Por qué habría de asustarme?

Él sonríe de nuevo, pero esta vez hay un brillo en su mirada. Siento que he superado alguna prueba de la que no era consciente. En ese momento, sé que esta noche va a terminar de una sola manera. La manera que he venido a buscar a este bar.

No sé cómo he llegado aquí.

O mejor dicho, sé exactamente cómo fue.

Cuando me besó en la mano y luego sus labios se acercaron a mi oreja sin llegar a tocar mi piel, acabé de convencerme de que él era el destino de mi deseo. Bebimos las copas sin preguntas mientras con la mano acariciaba mi muslo debajo de mi vestido hasta encontrar el encaje que apenas cubría mi sexo. Sus dedos jugaron con la tela, empapados de mí, y yo ahogué un jadeo que tragué junto con el gintonic. Después, una invitación a su apartamento que acepté. Su boca en la mía antes de llegar al ascensor. El aliento caliente acariciando mi oído, cuando susurró algo en italiano que no entendí… pero que me hizo arder por dentro.

Sus manos en mi cintura, deslizándose bajo mi vestido con la impaciencia de alguien que lleva horas conteniéndose. Al cerrar la puerta, mi vestido cayó al suelo y, apoyándome contra la pared, me lamió los pezones y siguió bajando hasta mi vértice. En un movimiento, me alzó por las nalgas y enterró la cabeza entre mis piernas. Besó, lamió, succionó a placer, el suyo y el mío, hasta que me corrí casi de inmediato.

El desconocido me llevó a la cama en volandas. Una vez allí, me besó con furia y le respondí con pasión, mientras se pegaba tanto a mis caderas que sentía su protuberancia rozando mi vientre. Me faltaba el aliento. Él se separó levemente y ví sus labios hinchados, como debían de estar los míos. Susurró palabras en italiano que no alcancé a entender, pero no hacía falta porque el olor del deseo hablaba por sí solo. Me penetró y mis uñas se clavaron en su espalda de gusto. Sus movimientos se aceleraron y me enloquecieron a la vez.

Y ahora estoy en un apartamento desconocido en el centro de Milán, mientras sus labios están recorriendo mi piel con un fervor que roza la adoración.

Mis sentidos están embotados. Todo huele a él. La habitación tiene un ligero aroma a sábanas limpias y whisky. Pero sobre todo, huele a deseo.

Él me tumba en la cama con movimientos seguros, pero no hay prisa en sus gestos. Es un hombre que disfruta cada segundo.

— No tienes idea de lo hermosa que eres. —Su voz baja y ronca aumenta mi deseo.

Sus manos me recorren con calma, explorando, trazando un camino por mi piel desnuda con la precisión de alguien que quiere memorizar cada rincón.

Es un pecado lo que hace con su boca. Me besa, me acaricia y susurra contra mi piel hasta llevarme al abismo. Cierro los ojos y me dejo llevar.

Esta noche aún no ha pasado. No hay futuro. Solo este momento.

Su aliento caliente se desliza por mi cuello y mi clavícula, sigue por el estómago erizando mi piel y se para al llegar al ombligo.

—Dime que me deseas tanto como yo te deseo a ti.

No lo digo. Porque no es necesario hacerlo. Mi cuerpo ya lo ha dicho todo.

—Dios, no pares… —jadeo cuando sus labios trazan un camino de fuego sobre mi piel.

Clavo las uñas en sus hombros. Él gruñe contra mi boca. Es un sonido profundo, salvaje, masculino.

Y entonces me pierdo por completo en él, otra vez.

Cuando abro los ojos, la luz del amanecer se cuela por una de las ventanas.

Y él ya no está.

Me incorporo lentamente, con el cuerpo aún embriagado por la noche anterior y su olor impregnado en mi piel. El lado de la cama donde él durmió sigue caliente. Pero no hay ni rastro de su cuerpo.

Me levanto envuelta en la sábana y miro la mesa, la isla de la cocina… Nada. No ha dejado ni una nota.

Absolutamente nada.

Solo el recuerdo de lo que vivimos durante la noche.

Y está bien.

Porque fue solo una noche y salí para esto. No le voy a reprochar el silencio de su marcha porque he obtenido lo que quería, solo un cuerpo apasionado sin nombre.

En cuanto me duche y me recomponga en el hotel, volveré a ser Valeria Esteve, una auditora financiera implacable. Una profesional seria y una mujer independiente.

Y después, me incorporaré al trabajo y me olvidaré de esta locura.

Aunque el peligro reconozco que me pone, sé que nunca volveré a encontrar al hombre más atractivo que he visto en mi vida. Sin duda va a ser un polvo difícil de olvidar, pero no pasa nada porque he conseguido mi objetivo: ya no estoy nerviosa. Estoy satisfecha y relajada. Lista y con energía para mi próximo trabajo.

CAPÍTULO 1

VALERIA

El coche avanza con suavidad por la carretera estrecha que bordea el lago Como, serpenteando entre colinas verdes y magníficas villas de piedra con tejados de terracota. A mi izquierda, el agua reluce bajo el sol de la mañana, reflejando destellos color plata y azulados, tan serena que parece una lámina de cristal. Si no estuviera tan agotada, probablemente me detendría a admirar las vistas.

Pero mi cabeza está en otro lugar. O mejor dicho, en otro momento.

El recuerdo de anoche sigue aferrado a mi piel como el rastro invisible de un incendio. Lo que debió de ser un encuentro casual, una distracción sin importancia, se ha convertido en un eco persistente en mi mente. Cierro los ojos un instante y lo veo otra vez.

Sus manos recorriendo mi cuerpo con la paciencia de alguien que sabe exactamente lo que hace. Su boca explorando cada rincón de mi piel con una mezcla de deseo y devoción. Su voz grave susurrando palabras en italiano que no entendí del todo, pero que quedaron grabadas en mi memoria como un conjuro.

Un escalofrío me recorre la espalda, obligándome a apartar esos pensamientos. No fue nada. Solo una noche. Una decisión impulsiva que no tiene cabida en mi vida. Hoy empiezo uno de los proyectos más importantes de mi carrera, y necesito estar completamente concentrada.

El coche toma el camino que lleva al Hotel Velasco Como, y cuando cruzamos la entrada principal, un edificio de piedra blanca emerge imponente entre los jardines. La arquitectura es una mezcla perfecta entre la opulencia clásica y la elegancia contemporánea. Columnas esculpidas en mármol enmarcan la fachada, mientras balcones de hierro forjado se asoman sobre los jardines en niveles escalonados. Más allá, una terraza con vistas al lago se extiende en un semicírculo perfecto, flanqueada por hileras de cipreses.

Respiro hondo mientras el coche se detiene frente a la entrada. No es solo un hotel. Es un mundo aparte, un refugio de lujo y exclusividad que promete a sus huéspedes una experiencia sin igual.

El aparcacoches se acerca rápidamente para abrirme la puerta. Salgo con calma, ajustándome el traje de chaqueta de lino color crema que elegí para la ocasión. Es elegante y cómodo para viajar, lo suficientemente profesional sin ser demasiado serio. Llevo sandalias de tacón bajo y el pelo recogido en una coleta. La imagen perfecta de una mujer de negocios segura de sí misma.

Al menos, en apariencia. Porque por dentro, aún siento el eco de la noche anterior latiendo dentro de mí.

Me aliso la falda con un gesto automático y me dirijo hacia la entrada. La brisa que viene del lago trae consigo un aroma sutil a lavanda y jazmín, mezclado con el frescor del agua. El sonido de una fuente cercana llena el aire con su murmullo constante que invita a la calma.

Cuando atravieso las puertas de cristal del salón, una sensación extraña se instala en mi pecho.

No sé qué es. No es ansiedad, ni miedo. Tampoco es nerviosismo. Es…, como si algo me estuviera esperando. Pero eso no tiene sentido. Me relajo pensando que es la importancia del trabajo lo que me provoca esa sensación y la necesidad de estar a la altura de la confianza que me han otorgado mis jefes.

El interior del hotel es aún más impresionante. Mármol pulido en tonos crema y dorado cubre el suelo, que refleja la luz que entra a través de los ventanales. Lámparas de araña cuelgan del techo alto, esparciendo un resplandor cálido que da a todo el espacio una sensación de lujo atemporal. Un piano de cola descansa en un rincón, y el sonido lejano de la música en vivo flota en el aire, suave y envolvente.

Los huéspedes se mueven con la elegancia relajada de quienes están acostumbrados a este tipo de escenarios. Parejas de mediana edad con joyas discretas, pero evidentemente costosas, hombres de traje con relojes que valen lo mismo que un apartamento, mujeres con vestidos de seda que se deslizan sobre el suelo como si flotaran.

Camino con paso seguro hacia la recepción, sosteniendo mi bolso con firmeza. Mi intención es entrar, hacer mi trabajo y salir con la misma eficiencia con la que he manejado cada encargo importante en mi carrera.

Un escalofrío me recorre la nuca, súbito, certero. No es paranoia, ni un pensamiento que me sugestione. Es real, una presión sutil, invisible, pero inconfundible. La certeza de una mirada fija, de unos ojos que no se apartan de mí. Un instinto primario que se despierta sin necesidad de pruebas y que me ha salvado de muchas situaciones.

Respiro hondo y disimulo la tentación de girarme. En lugar de eso, me detengo frente al mostrador de mármol, donde una recepcionista de sonrisa profesional me atiende con diligencia.

—Buenos días. Tengo una reunión con el señor Velasco. Mi nombre es Valeria Esteve.

La mujer sonríe y marca un número en el teléfono con rapidez.

—Un momento, por favor, señorita Esteve. El señor Velasco la recibirá en su despacho en unos minutos. Nosotros nos encargamos de su equipaje.

Inclino la cabeza en agradecimiento y me giro levemente, para observar el vestíbulo mientras, en realidad, intento identificar de dónde viene esa sensación. Miro hacia la zona del bar, donde algunos huéspedes disfrutan de café y cócteles matutinos. No veo nada fuera de lo normal. Luego, me giro hacia la escalera principal que lleva al primer piso, donde un par de empleados suben con carpetas en la mano.

Nada.

Quizá solo sean imaginaciones mías. O que el cansancio, el desvelo, la falta de sueño debilita mis sentidos. Tal vez…

Pero entonces lo veo. Es un instante fugaz, una imagen que capto en un segundo y que lo explica todo. Ahí está él, junto a la barandilla del primer piso del hotel, de espaldas, con un traje oscuro que le queda demasiado bien para pasar desapercibido. Alto, seguro, con los hombros anchos y una postura relajada, como si el mundo girara a su ritmo. Podría ser cualquiera. Pero no

lo es.

No sé cómo lo sé. No veo su rostro, pero mi sexto sentido nunca me ha fallado. No hay ninguna razón para que mi pecho se tense, para que mi respiración se altere, para que mi piel se estremezca con la misma sensación que experimenté anoche cuando él me tocaba.

Lo sé. No hay dudas, no hay necesidad de confirmaciones, porque, justo cuando mi mente empieza a encajar las piezas, la figura se mueve. Apenas un giro, un leve cambio de posición, como si él también hubiera notado mi mirada. Y entonces, por fin, lo veo por completo.

El cabello oscuro. La línea afilada de su mandíbula. Los mismos ojos que me devoraron anoche en un apartamento de Milán. Los mismos labios que susurraban palabras en italiano entre gemidos. El hombre con el que pasé la noche. El mismo al que no debía volver a ver.

El aire se tensa un segundo, atrapado en la certeza de lo inevitable. Y justo entonces, la recepcionista cuelga el teléfono y me dedica una sonrisa cortés, ajena al torbellino que se desata en mi interior.

—El señor Velasco la recibirá ahora.

Me quedo sin respiración. No puedo ni parpadear. Solo siento el golpe de la realidad derrumbándose sobre mí y unas irresistibles ganas de correr. Porque ya no necesito ninguna confirmación. No hace falta que él baje las escaleras ni que venga a confirmarlo. Porque ya lo sé.

El hombre con el que pasé la noche en Milán…, es mi cliente.

Y lo peor de todo es que él ahora también lo sabe.

CAPÍTULO 2

FABIO

El error es pensar que la noche de ayer terminó cuando me fui y cerré la puerta de mi apartamento, y ella se quedó dentro sin una nota de despedida.

Esta noche no ha sido como otras veces, en las que olvido a la mujer anónima que dejo en la cama. Pasan las horas y sigo sintiendo a la desconocida de ayer en mi piel, en la tensión de mis músculos, en el insomnio que me acompañó hasta el amanecer. Sigo sintiéndola en mis manos, en la forma en que su cuerpo tembló bajo mis caricias, de la manera en que sus labios se separaban apenas cuando la tocaba en el punto exacto. No suelo recordar a las mujeres con las que paso la noche. No me permito ese lujo. Son encuentros fugaces, sin nombres, sin promesas, sin nada más que el placer del momento. Pero esta vez es distinto. No sé por qué. Solo sé que la sensación de su piel en mi boca todavía me persigue y que no ha desaparecido ni con la ducha helada ni con el café negro que tengo en la mano mientras observo el lago desde la cristalera de mi despacho.

El aire de la mañana entra por el ventanal, mezclado con el aroma de los cipreses y la lavanda que rodean la propiedad. Todo está en calma, el lago parece de cristal bajo los rayos del sol y el murmullo de la vida en el hotel transcurre como cada día. Podría engañarme a mí mismo y pensar que es un día normal.

Pero no lo es.

Hoy no es un día cualquiera. Esta mañana llega la auditora que me envía el grupo inversor al que he acudido para financiar la ampliación del *resort*. Valeria Esteve, leo en el expediente que me hicieron llegar por mail. Su reputación la precede. Una experta en auditar hoteles que ha hecho un trabajo excelente en España, y que la central en Roma le ha asignado este trabajo. Es implacable, meticulosa, la clase de mujer que encuentra errores donde otros no ven nada. Un problema potencial.

O eso me repito.

Me la imagino con la edad de mi madre, una mujer bregada en muchas batallas, con voz de pito autoritario y gafas de lupa para escrutar mejor los números. Ojalá sea discreta y no hurgue demasiado ni en mis papeles ni en mi vida.

No me gusta que analicen mis decisiones, que revisen mi trabajo como si tuvieran derecho a cuestionarlo. Pero no tengo alternativa. Si quiero asegurar la inversión para ampliar el hotel, necesito que esta auditoría se lleve a cabo sin problemas. El capital necesita confianza y se la voy a dar.

Respiro hondo y dejo la taza sobre la mesa. No hay nada en mis cuentas que pueda comprometerme, nada que no pueda justificar si es necesario. Pero la idea de que alguien

rebusque entre mis finanzas, que cuestione mis decisiones, me irrita demasiado y me pone nervioso.

Cierro la carpeta con los documentos de la auditoría y me giro hacia la cristalera. La recepcionista del hotel me anuncia la llega de la señora Esteve y le pido que la haga subir a mi despacho. Me asomo al vestíbulo del hotel, que se extiende un piso más abajo, iluminado con una gran cúpula de cristal que deja entrar la luz matinal. El contable me alcanza en el pasillo y hablamos brevemente antes de que me reúna con la auditora. Cuando se va a su despacho, me giro y observo a la gente de la recepción.

Parpadeo varias veces cuando la veo porque dudo de que sea real; tal vez mis sentidos me están jugando una mala pasada, porque sería una maldita casualidad que esa mujer que espera en recepción sea ella.

Sin embargo, lo es. El impacto es instantáneo, un puñetazo invisible directo al estómago. Mi cuerpo reacciona antes que mi mente.

La mujer que anoche gemía palabras de deseo en mi oído y que jadeaba contra mi boca. La misma que temblaba bajo mi lengua, que me clavó las uñas en la espalda cuando la empujé contra la pared de mi apartamento. Y ahora, esa misma mujer está de pie en el vestíbulo de mi hotel, con la expresión serena de alguien que no tiene idea de que acaba de entrar en territorio de guerra.

La sangre me late en las sienes con fuerza. Mis dedos se tensan contra el borde de la chaqueta. No puede ser ella**, e**sto tiene que ser una coincidencia absurda, una broma del destino.

Ella camina con paso firme, con la seguridad de una mujer que está acostumbrada a tomar decisiones importantes. Lleva un vestido claro, perfectamente ajustado a su figura, elegante sin ser llamativo. Lleva el pelo recogido en una coleta impecable, que deja al descubierto su cuello largo y esbelto que ayer lamí a placer. Se mueve con la gracia contenida de alguien que sabe que está siendo observado, aunque en este momento aún no se ha dado cuenta.

Siento un tirón en el estómago, un calor que me recorre la espalda, una presión en el pecho que me dice que esto no puede estar pasando.

El aire parece volverse más denso, como si el mundo hubiera decidido ralentizarse. Pero no es el mundo. Soy yo. Mis dedos se tensan más aún mientras la observo. Me cuesta apartar la vista de la mujer que ha preguntado por mí sin saber quién soy.

No puede ser ella. Pero lo es.

Anoche no le pregunté cómo se llamaba. No me hizo falta. No lo necesitaba. Nunca lo hago. Solo son mujeres anónimas con las que comparto la misma intimidad que ellas desean.

Pero ahora ya lo sé. Acabo de ponerle nombre antes de que alce la mirada y nuestros ojos se crucen.

El golpe de realidad le da de lleno en la cara. Se congela, pero solo un instante. Respira hondo, parpadea. Intenta recomponerse. Pero es tarde. Ya nos hemos reconocido.

La forma en la que sus labios se separan apenas y su mano aprieta el bolso con más fuerza de la necesaria, me indican que tampoco está cómoda. La rigidez de sus hombros me dice que su mente ha encajado las piezas y entiende lo que está ocurriendo.

Me cuesta sonreír mientras la observo llegar a la primera planta.

De pronto, una sensación de control absoluto me envuelve. Ella no me esperaba, como yo no la esperaba a ella, pero ahora está aquí, en mi hotel, en mi territorio.

Valeria parpadea, sujeta con más firmeza la correa del bolso y recompone su expresión con rapidez. Se obliga a respirar hondo, a recuperar la compostura. Pero ya es tarde. Ya he visto la grieta en su armadura.

Respiro hondo mientras camino hasta mi escritorio, para esperarla dentro. No hay prisa. Quiero saborear este momento, quiero ver cómo se enfrenta a una situación tan descabellada e inapropiada. Los segundos se alargan hasta que los tacones de Valeria resuenan en el pasillo.

Aunque la puerta está abierta, ella toca con los nudillos, con educación. Me levanto y le pido que pase.

Por primera vez desde que la vi desaparecer entre las sábanas de mi cama, estamos cara a cara de nuevo. Es un espectáculo de mujer y me tengo que contener, porque ahora respiramos el mismo aire por otro motivo muy diferente.

Por fuera, impecable. Profesional. La expresión neutral de alguien que está acostumbrado a controlar las situaciones. Pero por dentro…, por dentro debe de estar temblando. Su expresión no cambia al verme, pero la tensión en su mandíbula lo dice todo. No se mueve de inmediato. Se toma un instante para respirar, para asegurarse de que tiene el control de sí misma antes de cruzar el umbral.

—Señor Velasco.

Su voz es firme, perfectamente medida, pero estoy seguro de que es más grave de lo normal. Ha perdido la sensualidad de anoche.

Meto las manos en los bolsillos del pantalón y dejo que una sonrisa lenta y satisfecha se forme en mis labios. La observo por un momento sin responder. Quiero saborear la sensación de verla obligada a enfrentarse a esto.

—Señorita Esteve. Qué sorpresa. No me la imaginaba así.

Ella parpadea, pero no dice nada. Se está obligando a no reaccionar y a no darme la satisfacción de verla desmoronarse.

Me tomo mi tiempo para rodear el escritorio, y acortar la distancia que hay entre nosotros, con pasos tranquilos. Su perfume me alcanza antes de que llegue a ella. Lo reconozco al instante. Lo sentí en mi piel anoche y en mis sábanas de madrugada.

Ella no se mueve. No retrocede. Pero tampoco se relaja. Su respiración se hace más lenta. La veo apretar la mandíbula, contenerse. Oh, me encanta.

—Lo mismo digo, señor Velasco —dice con un autocontrol admirable.

Me inclino apenas hacia ella, lo justo para notar cómo se tensa aún más.

—Créame, *cara* mía. Esto ha sido una sorpresa increíble.

Su respiración es más lenta ahora. Sus pestañas tiemblan antes de que consiga recomponerse. Se aclara la garganta y endereza los hombros, recuperando su expresión neutra.

—Sorpresa la que se puede llevar cuando acabe la auditoría —continúa controlando la voz—. Espero que podamos tratar este asunto con la seriedad que requiere.

Oh, esto será divertido. Ha sacado la coraza de mujer profesional y eso me pone. Mucho.

—Por supuesto —respondo con la espalda erguida—. Me tomo muy en serio mis negocios.

Ella aprieta los labios en una línea fina. Seguro que le encantaría replicar, pero no dice nada. No puede hacerlo cuando tengo todas las de ganar. Noto que intenta luchar contra esto. Contra la verdad de lo que ocurrió anoche, contra la situación en la que se ha metido sin darse cuenta. Porque mientras ella tiene que fingir que esto no ha ocurrido, que no me conoce, yo no tengo ninguna intención de olvidarlo.

Valeria Esteve ha venido aquí para auditar mis cuentas, para revisar mis números, para comprobar si hay algo extraño por lo que esta inversión no deba ser aprobada.

Sin embargo, hay algo que ella no tiene y que inclina la balanza a mi favor. Lo que pasó anoche sigue ahí, impreso en la memoria, en los gestos sutiles, en las miradas que ella intenta esquivar, y está de mi lado porque jugamos en mi terreno. Y pienso aprovecharlo.

CAPÍTULO 3

Valeria

El aire del pasillo se hace más agobiante a cada paso que doy. O tal vez es solo mi percepción, que está alterada a causa del peso invisible del desconcierto que me aprieta el pecho desde que entré en el hotel y vi su rostro entre la multitud.

Me obligo a respirar despacio y a enfocar mi mente en lo que es importante. Esto es solo un trabajo, un encargo más en mi carrera. Solo una auditoría que debo llevar a cabo con la misma objetividad y profesionalidad con las que he abordado decenas de empresas antes que esta. Pero ya sé que no es un encargo cualquiera, porque al otro lado de la puerta me espera el hombre con el que pasé la noche en Milán y que se fue sin despedirse.

Sigo caminando por el pasillo alfombrado, con las paredes en tonos crema y molduras caoba que reflejan la luz suave de las lámparas de pared. Grandes ventanales enmarcan la vista del lago Como, con el agua extendiéndose en la distancia, tranquila y resplandeciente bajo el sol de la mañana. Si estuviera en otro estado de ánimo, me detendría un segundo a admirar la belleza del paisaje. Pero no puedo, porque con cada paso que doy, la certeza de que en pocos segundos tendré que mirarlo a los ojos y fingir que nada ha pasado entre nosotros se vuelve más insoportable.

Cuando llego a la puerta de su despacho, alzo la mano y llamo con los nudillos dos veces. Un silencio breve, un intervalo de tiempo en el que, sin verlo, puedo imaginar su expresión, la lenta sonrisa de alguien que acaba de recibir el comodín en un juego de cartas.

—Pase.

La voz llega nítida desde el interior, profunda y firme, con el acento italiano que anoche, en circunstancias completamente distintas, sonaba mucho más íntimo, con un tono grave y seductor que invitaba al riesgo.

Exhalo con discreción y empujo la puerta que está entreabierta.

El despacho es amplio, decorado con una elegancia sobria que parece reflejar la personalidad de su dueño. Tonos oscuros, madera noble, estanterías altas repletas de libros encuadernados en cuero. La cristalera del fondo deja entrar la luz natural y marca el lago con la precisión de una pintura. Es un espacio que refleja poder, pensado para controlar el entorno sin necesidad de alzar la voz.

Y él está ahí.

Fabio Velasco se pone de pie con la calma estudiada de un hombre que no tiene prisa, con la postura relajada de quien sabe que lleva ventaja. No hay sorpresa en su expresión, ni nerviosismo. Solo ese aire de arrogancia sutil, la satisfacción de ver que el destino nos ha sentado de nuevo frente a frente. Pero esta vez con ropa.

Me mira con intensidad, recordándome sin disimulo, como si pudiera volver a sentir mi piel en sus manos, como si estuviera reviviendo cada instante de la noche anterior y esperara que yo hiciera lo mismo, pero no pienso ponérselo tan fácil.

Mantengo la espalda recta y camino con seguridad hasta el escritorio, como si nada dentro de mí estuviera alterado, como si mi piel no recordara todavía el tacto de la suya. Me siento con elegancia, cruzando las piernas en un gesto automático, y coloco mi *tablet* de trabajo sobre la mesa.

—Señor Velasco.

Mi voz es firme, calculada, sin un atisbo de la tormenta interna que me recorre el cuerpo. Ni siquiera saludo ni pregunto cómo está. Sinceramente, me da igual. Solo quiero acabar cuanto antes, que me asigne mi espacio, y ponerme a trabajar.

Él no me responde de inmediato. Se demora un par de segundos en contestar, como si disfrutara alargando mi espera para ponerme nerviosa. Y cuando por fin toma la palabra, su tono es suave, peligrosamente seductor.

—Señorita Esteve. Qué placer volver a verla.

El aire se congela un instante.

No parpadeo ni reacciono de ninguna forma. Solo mantengo la mirada fija en él y permito que el silencio se extienda un poco más de lo necesario. Yo también sé jugar, aunque no me guste que aluda a nuestro encuentro fortuito en Milán.

—Créame, *cara* mía. Esto ha sido una sorpresa increíble.

Me acomodo en el asiento y esbozo una leve sonrisa formal.

—Sorpresa la que se puede llevar cuando acabe la auditoría. Estoy aquí para trabajar y espero poder hacerlo sin contratiempos.

Él se inclina ligeramente hacia adelante, apoyando los antebrazos en la mesa, con la expresión de alguien al que le divierte verse envuelto una situación como esta, algo que a mí no me hace ni pizca de gracia.

—Por supuesto —responde—. Yo también. Me tomo muy en serio mis negocios.

No sé si es mi imaginación o si hay un matiz en su voz que sugiere algo completamente distinto. Respiro con discreción y abro la *tablet*, concentrándome en la razón por la que estoy aquí.

—El grupo inversor que nos ha contratado necesita asegurarse de que la rentabilidad del hotel es estable y que la expansión es una inversión viable —expongo con tono serio y profesional.

—Eso no será un problema —responde con tranquilidad.

Tomo nota con el bolígrafo, aunque sé que esto es solo el inicio.

—Voy a necesitar acceso a los estados financieros de los últimos tres años.

Por primera vez desde que comenzó la reunión, noto un cambio mínimo en su expresión. Un parpadeo lento y un ligero ajuste en su postura. Algo ha cambiado.

—Los documentos estarán a su disposición. Mi equipo contable puede reunirlos en cuanto los solicite.

Lo miro con atención. He trabajado con empresarios lo suficiente como para notar cuando alguien se incomoda al saber que está bajo escrutinio. No es un gesto evidente, no es algo que cualquiera notaría, pero yo sí. Tengo un sexto sentido que me ha ayudado a desenmascarar fraudes y fugas de capital muy sofisticadas.

Cierro la *tablet* con calma y lo observo directamente.

—También voy a necesitar una revisión detallada de los gastos operativos y la proyección de ocupación para los próximos dos años.

Fabio no parpadea. Mantiene la mirada, como si estuviera evaluando mis intenciones. Tras observarme como si tratara de leer en mis ojos, su boca se curva en una leve sonrisa.

—Señorita Esteve, puede revisar lo que desee. No hay nada que ocultar.

—Eso lo decidiré yo —replico sin apartar la vista.

El silencio entre nosotros es un duelo sutil, una batalla sin palabras en la que ninguno está dispuesto a ceder primero.

Y entonces él se reclina en su butaca, con una expresión indescifrable en el rostro.

—Me gusta su determinación.

Cruzo los brazos sobre el pecho, manteniendo la postura firme y la mirada fija.

—No estoy aquí para que le guste o no, señor Velasco. Estoy aquí para hacer mi trabajo.

Él deja escapar una risa baja, casi un susurro, como si esto le pareciera infinitamente divertido. Pero no lo es.

—Por supuesto. Estoy aquí para asegurarme de que tenga todo lo que necesita para hacerlo.

No sé si está insinuando algo o si simplemente me está poniendo a prueba. Pero si cree que puede desestabilizarme, está equivocado.

Me levanto con elegancia y tomo mi *tablet*, dando por terminada la reunión inicial.

—Si no hay más preguntas, empezaré con la revisión de los documentos. Recuerde solicitar un acceso a la intranet del hotel para mí, por favor.

Él asiente con una calma exasperante.

—Mi asistente le hará llegar todo lo que necesita. Le hemos preparado un despacho en el departamento contable. Él la acompañará. Una cosa más. ¿Cuánto cree que tardará?

—Me han contratado para tres meses, señor Velasco.

—Bien, bien —masculla para sí mismo como si estuviera tramando algo.

Doy media vuelta y camino hacia la puerta con la certeza de que su mirada sigue cada uno de mis movimientos. No puedo permitir que me afecte**.**

Pero cuando estoy a punto de salir, su voz me detiene.

—Señorita Esteve.

Cierro los ojos un instante antes de girarme.

—¿Sí?

Fabio me observa desde su butaca, con esa intensidad peligrosa que me hizo perder la cabeza anoche.

—¿Está segura de que su viaje a Milán fue solo de trabajo?

Mi estómago está contraído. Aprieto los labios y lo miro con frialdad.

—Absolutamente.

Él sonríe con lentitud.

—Qué curioso. Yo también.

Salgo sin responder, pero sé que el juego acaba de comenzar.

CAPÍTULO 4

Fabio

La puerta se cierra tras ella, pero su perfume sigue impregnando el aire, un sutil recuerdo de que la mujer más fascinante que he conocido entre las sábanas, es ahora mi auditora. Nunca he querido mezclar trabajo con placer, y no lo hubiera hecho con ella de haber sabido quién era. Así que me lo tomo como un regalo, que debo exprimir lo máximo posible, antes de que se marche de mi hotel.

Me recuesto en la butaca diseñada a medida para mí, entrelazo los dedos y exhalo lentamente, mientras saboreo con gusto la ironía de la situación. De todas las personas que podían haber enviado a auditar las cuentas de la empresa, tenía que ser ella. La misma mujer que anoche jadeaba palabras de deseo en la penumbra de mi apartamento en la ciudad. La que esta mañana ha tratado de fingir que no me recuerda.

Muevo la cabeza con incredulidad y dejo escapar una tibia sonrisa.

Por supuesto, he intentado mantener las apariencias: me he comportado como un buen profesional, distante e inquebrantable. Pero he visto una rendija por la que colarme a través del destello de sorpresa en sus ojos cuando me vio, y en la forma en que sus dedos apretaron la *tablet* como si fuera un ancla.

Fingirá todo lo que quiera, pero su cuerpo la ha delatado. Y eso solo significa que esto se va a poner interesante.

Me pongo en pie con calma y camino hacia la ventana, observando el lago Como extendiéndose bajo la luz del sol de la mañana. La brisa agita levemente las cortinas y, por un instante, me pregunto hasta dónde estará dispuesta a llevar este juego y, sobre todo, si me permitirá seguir *jugando* con ella, porque hoy ha intentado ignorarme como hombre al tratarme como a un cliente cualquiera.

Pero esta noche… sí, voy a hacer algo que no se imagine. ¿Para qué esperar?

Pulso el botón del intercomunicador y, en segundos, Alessandro aparece en la puerta, impecable en su traje negro, con su habitual eficiencia.

—Señor Velasco.

Me giro con tranquilidad, y apoyo los codos en la mesa.

—¿En qué habitación han alojado a la señorita Esteve?

—En la 311, como es habitual en estos casos.

—Quiero que la reubiquen a una de nuestras *suites* superiores del último piso, con vistas al lago y con terraza.

Alessandro no parpadea, pero puedo ver la intriga en su mirada.

—¿La que tiene asignada no es suficiente?

Sonrío con diversión.

—Es una invitación especial. Quiero que tenga la mejor experiencia posible en el hotel. Supongo que eso mejorará su informe, ¿no crees?

Él asiente de inmediato mientras toma notas en su libreta.

—Me encargaré de que su equipaje sea trasladado.

—Y una cosa más —añado, con la vista aún en el lago—. Dile que tiene mesa reservada para cenar esta noche, pero no le diga que es conmigo, por favor.

Alessandro me observa con atención, como si estuviera evaluando si mi petición es estrictamente profesional.

—¿Dónde desea cenar?

Me giro para mirarlo.

—En la mesa privada de la terraza.

Él asiente y toma nota de nuevo en su libreta.

—Haré que se lo comuniquen. ¿Desea pedir un menú especial?

Sonrío con satisfacción.

—Déjame eso a mí. Gracias.

Alessandro desaparece con la misma discreción con la que ha entrado, y yo me quedo solo en mi despacho, observando el reflejo de mi propio rostro en la cristalera.

Valeria Esteve cree que puede mantener las distancias. Cree que puede refugiarse en la auditoría para evitar lo que ambos sabemos que sigue ardiendo entre nosotros. Pero esta noche, quiero recordarle exactamente lo que pasó en Milán. Voy a asegurarme de que desee con ganas que vuelva a pasar. Le voy a hacer una propuesta que no pueda rechazar.

CAPÍTULO 5

Valeria

Me han dado otra habitación y no sé por qué, pero no le he dado importancia cuando me han entregado la nueva tarjeta para abrir la puerta al comunicarme que mis cosas ya están allí. Nada más entrar, veo el enorme ventanal que se extiende de suelo a techo, y que me ofrece una vista impresionante del Lago de Como. El agua se despliega como un espejo inmenso que refleja las luces de las farolas del hotel en su superficie en calma. La luna, al fondo, derrama un resplandor plateado sobre la línea del horizonte.

Un escalofrío me recorre la espalda. Esto es demasiado. Debe costar una fortuna que no van a cobrar si la ocupo yo durante tres meses. Una mezcla de incredulidad y sorpresa me deja paralizada mientras sonrío, porque, sinceramente, si me dejan quedarme aquí, menuda suerte la mía. Es como un sueño. De todas formas, mañana le diré a Fabio que no necesito tanto, pero hoy la pienso disfrutar al máximo.

Avanzo con paso lento, recorriendo la estancia con la mirada. Todo aquí es diferente a la habitación en la que me instalaron cuando llegué y a la que fui a cambiarme de ropa después de reunirme con Fabio. La decoración es más refinada y minimalista, con un toque romántico como el palacete en el que se construyó el hotel. Muebles de madera oscura con detalles dorados, cortinas gruesas que filtran la luz de las lámparas exteriores, una chimenea encastrada en la pared de piedra, encendida como si alguien supiera exactamente a qué hora llegaría. En el centro, un sofá con dos sillones y, al lado, una mesa con cuatro sillas. Dos puertas dan acceso al baño, enorme, y al dormitorio con una cama inmensa con sábanas de lino blanco, perfectamente alineadas, esperando que me tire encima de ellas.

Sobre la mesita de noche hay una nota. Me acerco y la tomo con dedos firmes.

Esperamos que su estancia sea más que placentera. El equipo del Hotel Velasco Como.

Lo dejo sobre la mesa con un suspiro. No hace falta preguntar. Sé exactamente quién ha ordenado este cambio. Fabio Velasco.

Cruzo los brazos sobre el pecho y observo la habitación como si pudiera encontrar en algún rincón una justificación razonable para lo que está ocurriendo, pero no la hay. Esto no es un error administrativo ni un gesto de cortesía del hotel. Esto es Fabio marcando su terreno, asegurándose de que, aunque haya intentado ignorarlo todo el día, no pueda hacerlo por mucho más tiempo.

Camino hasta el baño y, en cuanto cruzo el umbral, algo dentro de mí se ablanda.

Es una obra de arte. Mármol negro y dorado, toallas blancas y mullidas, y una ducha de cristal que refleja la estancia con la precisión de un espejo. En el centro, el *jacuzzi* circular brilla bajo la luz indirecta, con el borde de madera pulida encajado en un nivel más bajo del suelo, como un santuario diseñado para el relax.

Me acerco y giro el grifo. El agua cae con un murmullo envolvente, y llena la bañera con un torrente espumoso. Meto la mano y dejo que el calor me acaricie la piel.

Mi reflejo me observa desde el panel de cristal que separa el baño del dormitorio. Me quedo allí, con las manos apoyadas en el borde del lavabo, el rostro aún impecable y la sensación de que el cansancio del día se acumula en mi espalda.

Suelto el lazo de mis sandalias y deslizo el vestido por mis hombros, dejando que resbale hasta el suelo. Me deshago de la ropa interior con movimientos lentos, disfrutando de la sensación de libertad cuando mi piel se desprende del peso del día.

Sumergirme en el agua caliente es como desaparecer en otro mundo. Apoyo la cabeza en el borde del *jacuzzi* y cierro los ojos, permitiendo que el calor afloje cada músculo y, al mismo tiempo, toda la tensión acumulada en mi espalda.

Intento no pensar en Fabio. Pero es imposible, sobre todo cuando mi mano se desliza involuntariamente entre mis piernas y recuerdo que hace unas horas fueron las suyas las que me dieron placer. Lo siento aquí, en esta habitación que él ha elegido para mí, en el perfume que aún flota en mi piel y en el leve ardor de mis labios cuando recuerdo su boca sobre los míos. Permanezco en el agua hasta que la temperatura empieza a descender. Solo entonces me levanto, envuelvo mi cuerpo en un albornoz y dejo que el aire fresco del dormitorio recorra mi piel.

Decido que disfrutaré más de la *suite* si ceno aquí, antes de pedirle a Fabio que me dé una habitación normal. Cojo el teléfono y llamo al servicio de habitaciones para pedir la cena.

—Señorita Esteve, debe haber un error. Tiene mesa reservada dentro de media hora.

—No puede ser. No he hecho ninguna reserva.

—La ha hecho el señor Velasco por usted, señorita.

La voz de la empleada del hotel, que suena al otro lado de la línea, se hace cada vez más lejana conforme entiendo lo que ocurre. Cierro los ojos un instante, exhalo con paciencia y me preparo mentalmente. Esta noche, Fabio Velasco quiere jugar, pero lo que no sabe es que se enfrenta a la mejor jugadora.

Cuando bajo al restaurante, el vestíbulo sigue tan impecable como estaba por la mañana. La poca gente con la que me cruzo se dirige al restaurante o al bar, donde el sonido suave de la música en vivo flota en el aire como un perfume invisible.

Una camarera me espera en la entrada.

—Señorita Esteve, por aquí.

Camino tras ella con la cabeza alta y el paso seguro, aunque el nudo en mi estómago me recuerda que, en el fondo, no tengo idea de qué va a pasar esta noche. No hasta que llego a la mesa.

Está apartada del resto del restaurante, tras unas cortinas de lino blanco que se mecen con la brisa nocturna. Detrás de ellas descubro una terraza privada con vistas al lago, iluminada solo por la tenue luz de las velas y la luna reflejada en el agua.

Y él.

Fabio está sentado al otro lado de la mesa, con una copa de champán en la mano, el cuerpo relajado, la mirada fija en mí. Lleva un traje negro impecable, la camisa blanca abierta en el cuello y el pelo peinado con precisión. Es una imagen de control absoluto, de un hombre que no deja nada al azar. Se levanta con calma, sin apartar los ojos de los míos, y se acerca, ofreciéndome una copa.

—Me alegro de que hayas aceptado la invitación —me tutea por primera vez, si no contamos la noche anterior.

No retrocedo cuando se acerca, pero tampoco sonrío.

—No sabía que la mesa era para dos.

Él sonríe, como si la trampa hubiera funcionado a la perfección.

—Pero no te has marchado.

Toma mi mano con la seguridad de alguien que sabe exactamente lo que está haciendo y la guía hasta la copa de champán.

—Brindemos.

No me pregunto por qué brindamos. Solo alzo la copa y la llevo a mis labios, observándolo por encima del borde mientras bebo.

Nos sentamos tras el brindis, uno frente al otro, y una camarera se acerca con el primer plato. Me doy cuenta de que Fabio ha pedido por los dos. Durante la cena, la conversación es una danza sutil, llena de silencios cargados de significado y miradas que dicen mucho más de lo que cualquiera de los dos está dispuesto a admitir. A la ensalada de langosta le ha seguido un *risotto* de azafrán y unos *cannolli* sicilianos de postre. Todo exquisito y regado con vino también de Sicilia, con buen cuerpo.

Cuando el último plato desaparece, Fabio deja la copa sobre la mesa y se reclina en la silla.

—Quiero proponerte algo.

Cruzo las piernas y lo miro con expectativa.

—Te escucho.

—Cien noches.

Su voz es un susurro grave y ronco, de las que anuncian algo peligroso. Frunzo el ceño antes de preguntar, con un nudo en el estómago.

—¿Cien noches?

—Contadas desde hoy. Tres meses. Dame cien noches como la de ayer. Sin compromisos, sin preguntas y sin futuro. Solo nosotros. Esteve y Velasco por el día; Valeria y Fabio por la noche. Sin preguntas y sin historia. Cien noches de pasión.

El corazón me late demasiado rápido, pero mi expresión no cambia.

—¿Y qué pasará cuando se acaben esas cien noches?

Fabio se inclina sobre la mesa, con la mirada clavada en la mía.

—Nos despedimos y nunca volveremos a vernos. Esa es la promesa. Nunca te molestaré.

El aire se vuelve tan pesado que me cuesta respirar mientras por mi cabeza pasan deprisa los pros y los contras de su oferta.

Lo observo en silencio, buscando en su rostro algún indicio de duda. No lo hay. Fabio Velasco sabe exactamente lo que quiere. La pregunta es si yo también lo sé.

Acaricio el borde de mi copa con los dedos.

—Necesito pensarlo. No quiero que algo así afecte a la auditoría.

—No lo hará. Personas distintas en el trabajo y en la *suite* del hotel.

—¿Para eso es la *suite*? ¿Si no acepto tu propuesta me vuelves a cambiar de habitación? ¿Es un chantaje?

—En absoluto. Quédate en ella aunque no aceptes. Toda tuya.

—Sí, suena a chantaje. Si mis jefes se enteran y el informe sale a tu favor, pensarán que lo he hecho para compensarte. No vas a comprarme con una *suite*, Fabio.

—Me subestimas, *cara* mía —sonríe con una calma exasperante que me vuelve loca—. Sin consecuencias ni peticiones, lo prometo. Tómate tu tiempo, pero no tardes demasiado. Cien noches y la promesa de dejarte en paz.

Me levanto sin despedirme, él roza mi piel desde el codo hasta la punta de los dedos mientras me separo de la mesa, y me alejo de vuelta a mi habitación.

Pero la verdad es que mi respuesta ya la llevo escrita en la piel.

CAPÍTULO 6

Fabio

La brisa del lago sigue moviendo las cortinas blancas de la terraza cuando me quedo solo. Me paso la lengua por el labio inferior, saboreando los últimos restos del vino, mientras observo el sitio donde Valeria estaba sentada hace apenas unos minutos y que aún conserva su fragancia a perfume y a deseo.

No se ha despedido, ni ha dicho que sí, pero tampoco ha dicho que no.

Eso me basta.

Reclino la espalda en la silla y entrelazo los dedos, cerrando los ojos un instante. La noche es tibia, el aire huele a lavanda y al aroma lejano de la leña que arde en las chimeneas del hotel. No sé cuánto tiempo me quedo así, dejándome arrullar por el sonido del lago, por el murmullo apagado del restaurante y por el eco de su voz resonando en mi cabeza.

Cien noches.

La imagen de Valeria sigue impresa en mi mente con una claridad perturbadora. El rojo oscuro de su vestido, ajustado en la cintura, resaltaba la curva de sus caderas con una elegancia que parece calculada para volverme loco.

Lo recuerdo en detalle. El escote discreto, que dejaba ver la piel tersa de sus clavículas y el principio de sus senos, el brillo dorado de los pendientes que le rozaban el cuello cada vez que giraba la cabeza, y la sensualidad de la falda pegada a sus interminables piernas, son imágenes que no consigo borra de mi cabeza.

Y sus labios.

Pintados en un tono que hacía juego con el vino que bebió toda la noche. El color rojo era intenso y les daba una jugosidad que los volvía peligrosos para mi cordura. Aprieto los dientes y me obligo a levantarme de la mesa. Si me quedo aquí, voy a terminar subiendo a su *suite* antes de que tome una decisión. Y no quiero eso, porque lo que deseo es que sea ella la que venga a mí. Quiero que elija.

Me ajusto la chaqueta con un tirón de muñeca y me dirijo hacia el bar del hotel.

El bar del Velasco Como es un lugar pensado para las noches largas, donde unos las inician y otros las terminan al volver de sus salidas nocturnas. Las paredes de madera oscura, los sofás de terciopelo en tonos profundos, la luz tenue que apenas ilumina los rostros de los clientes…, todo aquí invita a la confianza, al juego, a encuentros y deseo contenido.

Y la música.

Un pianista de cabello entrecano toca en el rincón más íntimo del bar, con los ojos cerrados y

los dedos deslizándose sobre las teclas con la precisión de alguien que no necesita ver para sentir la melodía. El ambiente es envolvente y lleno de vida.

Pido un whisky doble y me apoyo en la barra, desabrochándome el primer botón de la camisa. El aire está algo cargado por los perfumes caros y las miradas de varias mujeres que, en cuanto entro, me dedican una atención descarada. Las noto cerca. No hay prisa en sus pasos, solo una seguridad estudiada, la de quien sabe que va a ser recibida con interés, pero esta vez, están equivocadas.

Una de ellas se sienta a mi lado. Es alta, morena, y lleva un vestido negro que se ciñe a su cuerpo con intención clara de seducir.

—¿Puedo invitarte a una copa? —su voz es como un ronroneo contenido.

Me giro apenas y le sostengo la mirada un instante. Es hermosa, pero no es la mujer que quiero esta noche.

—Lo siento —digo con cortesía, levantando mi vaso—. Ya tengo compañía.

Ella arquea una ceja, confundida. Mira a su alrededor, buscando a alguien más, pero estamos solos.

—¿Ah, sí? ¿Dónde está?

Me inclino sobre la barra, con una sonrisa vaga en los labios.

—Cinco pisos más arriba.

Su expresión se aguanta un poco antes de soltar una risa tibia, de esas que esconden una pizca de frustración. Se levanta con la misma actitud con la que llegó, sin insistir, cosa que agradezco.

No la sigo con la mirada. No me interesa. Mi atención está en otro sitio, en otra persona y en otro cuerpo.

Saco un sobre pequeño del bolsillo interior de mi chaqueta y lo dejo sobre la barra. Dentro hay dos papeles doblados. En uno, escribo una sola palabra: *Sí.* En el otro, otra única palabra: *No*. Lo cierro y anoto con una línea fina en la parte superior del sobre el número de su *suite*.

Levanto la mano y llamo al botones que está en la entrada del bar disponible para lo que necesiten los huéspedes. Un chico joven, de unos veinte años, de rostro amable y ojos atentos.

—Quiero que lleve esto a la señorita Esteve —le digo, entregándole el sobre—. En mano. Solo a ella. Y no baje hasta que se lo devuelva, por favor.

—Por supuesto, señor Velasco.

Lo veo alejarse con paso decidido. Me acomodo en el taburete y me preparo para esperar la repuesta de Valeria a mi propuesta: cien noches y una promesa.

Bebo un trago de whisky y dejo que el calor se deslice por mi garganta, sin prisa ni ansiedad. Soy un hombre acostumbrado a esperar cuando la situación lo requiere; es parte de mi éxito en los negocios. Y con Valeria no va a ser diferente.

Porque esta noche, cuando abra el sobre, cuando sus dedos rocen el papel y vea lo que le estoy pidiendo, sabrá que tiene el control. Y eso le gustará. Estoy a su merced. Sabe que no la obligaré a nada y que esto es su elección.

Mi corazón se acelera ante la expectativa de que diga que sí, de que elija entregarme cien noches… Cien noches para adorarla, para hacerla temblar, para conocer cada rincón de su cuerpo y de su mente antes de despedirnos sin mirar atrás. Si en el sobre que me devuelva deja el sí, esta espera habrá valido la pena.

La música del piano sigue llenando el ambiente del bar con un murmullo de notas suaves y promesas silenciosas mientras sigo aquí, con un vaso de whisky en la mano, esperando la única respuesta que me importa.

CAPÍTULO 7

Valeria

El sonido de los nudillos contra la madera me hace dar un respingo. Todavía llevo el vestido de la cena, excepto los tacones, que me los he quitado nada más llegar. Sigo con la respiración contenida en la garganta. Aún siento el cosquilleo del champán por mis venas y el pulso acelerado por la propuesta de Fabio.

Cien noches y nada más.

Es una locura. Pero también es tentador.

Me acerco a la puerta con paso lento, con el corazón retumbando en el pecho y la palma húmeda cuando giro el pomo.

Y ahí está.

Apoyado en el quicio de la puerta, con la chaqueta colgada despreocupadamente sobre un hombro, sostenida por un dedo, el primer botón de la camisa desabrochado y la mirada oscura fija en la mía. Es la viva imagen de la seducción contenida.

Entre los dedos sostiene el mismo sobre que entregué al botones del hotel hace unos minutos y que me dejó descolocada. En un primer momento no he sabido cómo reaccionar y le he pedido que vuelva mañana. Pero el chico me ha advertido que su jefe esperaba una respuesta. He cerrado la puerta para poder pensar y, al cerrar los ojos, he revivido la noche anterior. Cien noches, lo que dure mi trabajo aquí, y hasta nunca. No es un mal plan. Seguro que mi cuerpo me lo agradecerá aunque deba mantener mi corazón y mi cabeza a raya. Sexo y nada más.

Fabio me muestra el sobre con una sonrisa ladeada y un brillo travieso en los ojos.

—Elección correcta, *cara* mía.

Me guiña un ojo y el aire se me queda atrapado en la garganta.

No me muevo de inmediato. Algo dentro de mí quiere aferrarse a la cordura, a la profesionalidad, a las reglas que siempre he seguido al pie de la letra. Pero él está aquí, en la puerta de mi *suite*, mirándome como si supiera exactamente lo que estoy pensando.

Y lo sé, porque Fabio Velasco no es un hombre que deje cabos sueltos. Es alguien que lee los silencios, que comprende los titubeos y que sabe cuándo una mujer ha tomado una decisión incluso antes de que ella misma lo acepte. Sí, estoy segura de que sabía que iba a aceptar este trato.

Me hago a un lado sin decir una palabra, para dejarlo pasar. Entra y cierra con el pie provocando un leve portazo que me hace reaccionar. Ya no hay vuelta atrás. Fabio pasa y hace preguntas. No hay dudas en su semblante. Cruza el umbral con la misma confianza con la que

cruzó mi piel la noche en Milán, con la misma seguridad de quien sabe que este momento es inevitable.

Nos miramos con intensidad sin hablar. No hay palabras que puedan transmitir la electricidad que se despliega entre nosotros, la tensión tibia que llena cada rincón de la *suite*, el sonido de nuestras respiraciones al encontrarse en el mismo aire.

Fabio deja caer la chaqueta sobre el sofá sin preocuparse demasiado por ella. Los tipos como él, acostumbrados a llevar ropa cara, actúan con esa actitud despreocupada. Se toma su tiempo para recorrer la estancia con la mirada, observa los pequeños detalles, la copa de vino a medio terminar en la mesa, la cama preparada por el servicio de habitaciones para acostarme y acaba posando su mirada en la leve humedad en mi clavícula que delata mis nervios.

—¿Te gusta la *suite*? —murmura cuando alza la vista a mis ojos, con ese acento italiano que convierte cualquier frase en una invitación y que me sigue seduciendo a pesar de llevar ya varios meses viviendo en Italia.

Cruzo los brazos, encontrando una seguridad que sé que no tengo.

—Demasiado grande para mí sola.

Él sonríe con satisfacción.

—Por suerte, eso ya no va a ser un problema.

El latido en mi pecho se vuelve errático. No me da tiempo de responder. Se acerca, despacio, estudiándome y dándome la oportunidad de detenerlo si quiero, pero no quiero. Desliza el dorso de sus dedos por mi brazo en una caricia suave, casi un susurro contra mi piel. No se muestra urgente ni desesperado. Siento que con Fabio todo está medido. Es un juego en el que él marca el ritmo, por más que me diga que soy yo la que elige.

—¿Estás nerviosa?

En su voz, grave y aterciopelada, advierto un matiz de burla apenas perceptible, lo justo para dejarme claro que él lleva la ventaja. Levanto la barbilla y lo miro directamente a los ojos.

—¿Tú lo estás?

Fabio deja escapar una risa contenida.

—Desde que te conocí, pero tampoco estoy completamente tranquilo.

Lo dice con una honestidad que me derrite por dentro. Lo siguiente ocurre en un instante. Sus dedos tocan mi rostro, recorren mi mejilla con lentitud, y se deslizan hasta mi mandíbula, mientras su mirada me devora y calienta mi deseo.

No sé quién se mueve primero. Solo sé que en unos segundos estoy atrapada entre su pecho y la puerta, con sus labios a centímetros de los míos y su aliento cálido chocando contra mi boca. El calor de su cuerpo me envuelve más que la ropa que, por cierto, me sobra.

No hay prisa en su forma de inclinarse sobre mí. Es una cacería lenta en la que ambos sabemos que tenemos cien noches por delante**.**

La tensión nos abraza, nos retiene en ese limbo peligroso donde el deseo es solo un susurro contenido entre dos bocas que aún no se han tocado, hasta que me besa y sé que ya nada nos va a

detener. Siento su erección como una roca en mi mano cuando la introduzco entre sus pantalones. Apenas un aliento de contacto, pero suficiente para incendiarlo todo. Mi otra mano se aferra a su camisa en el instante en que nos fundimos en un beso, que sabe a la expectativa de todo lo que nos espera esta y el resto de noches.

Su boca es firme y segura, pero también paciente. Fabio se concede el tiempo de saborear cada segundo antes de profundizar más, antes de devorar lo que ya es suyo. Saco la mano para desabrocharle el pantalón y liberar su dureza. Mis manos recorren la textura del resto de la ropa, los botones de su camisa ceden bajo mis dedos y me permite comprobar que su piel está ardiente y viva bajo mis caricias.

Él se aparta un instante, solo para mirarme con una intensidad que me deja sin aire.

—Cien noches —murmura contra mis labios.

No contesto con palabras. Mi respuesta es cogerlo de la mano y arrastrarlo hacia el interior de la habitación, para cumplir con la única cláusula que importa de este pacto que firmamos con nuestros cuerpos.

CAPÍTULO 8

Fabio

El sonido de su respiración aún llena la habitación. Tumbado sobre la cama, con un brazo bajo la cabeza y la mirada fija en el techo, disfruto de esa sensación de bienestar y placer que deja el sexo. El eco de su piel contra la mía persiste, cálido y tangible, como una huella que se niega a desvanecerse. Todos mis sentidos siguen anclados a ella, y al latido desbocado que sentí en su pecho cuando sus manos se aferraron a mi espalda.

Valeria duerme o al menos finge hacerlo. Observo, embelesado, su respiración, que no es completamente uniforme, porque su cuerpo, envuelto entre las sábanas desordenadas, aún se mantiene en esa fina línea entre el descanso y la vigilia.

Sonrío en la penumbra y muevo la cabeza con lentitud para poder mirarla por completo. El pelo cobrizo se derrama sobre la almohada, con algunos mechones pegados a la frente y su espalda desnuda se eleva y desciende con cada aliento pausado. Me detengo en la curva perfecta de sus glúteos, apenas cubiertos por la sábana, y las caderas que hace unos momentos me acogían férreas y desbordantes de placer.

Ella no debería estar aquí, no con un hombre como yo, alguien que solo le ha ofrecido cien noches sin promesas. Pero ahí está, dormida a mi lado, ajena a todo, tan entregada como yo en un pacto que no nos compromete. Ella ha aceptado las reglas del juego sin cuestionar nada y no parece una mujer que necesite algo así. Es guapa, sexy, inteligente y, como me demostró en Milán, libre para elegir con quién pasar la noche. ¿Quién eres, Valeria, y por qué has aceptado?

Me incorporo con cuidado, deslizo las sábanas y cubro su cuerpo antes de levantarme y vestirme sin hacer ruido. Camino descalzo sobre la alfombra y cojo mi pantalón, de donde saco del bolsillo mi reloj de muñeca. Son casi las cuatro de la madrugada.

Tomo la camisa del respaldo de la butaca y me la pongo, dejo los botones desabrochados mientras me acerco a la cristalera que da a la terraza. El lago se muestra ante mí oscuro bajo la luz de la luna, que refleja un mundo silencioso y vasto, un vacío similar al que habita en mi corazón. ¿Por qué hago esto? Quiero jugar con Valeria y no sé si se lo merece.

Esta noche ha sido solo el principio.

La primera de cien.

Apoyo las manos en el marco de la puerta de cristal y exhalo lentamente. Nunca me ha gustado repetir con una mujer. Me aburre. Me cansa. Pero con Valeria, desde el primer momento deseé repetir, aunque me niegue a conocerla, porque no quiero meterme en una relación. Por eso, cien noches y la promesa de una despedida para siempre. Pero, algo me dice que Valeria es distinta. No es solo el sexo lo que me atrae. Es la forma en que me desafía sin decirlo. La forma en que intenta fingir que esto no le afecta, que puede manejarlo, que su única razón para estar

aquí es la misma que la mía.

Solo es un acuerdo, un intercambio limpio, sin sentimientos, sin compromisos, rubricado sin tinta y desde la libertad. Entre iguales.

No sé qué le ha llevado a una mujer como ella a hacer una pausa de tres meses en su vida. Seguro que no es solo trabajo. Y lo que sea, la invita a disfrutar del momento tanto como a mí. A disfrutarlo conmigo. El aquí y el ahora. Chica lista.

Pero lo que ella no entiende es que el deseo también es un tipo de posesión. Por eso, esta noche, cuando la tuve debajo de mí, cuando su voz se quebró en mi oído y sus uñas se hundieron en mi piel, supe que ya me pertenece de alguna manera.

—¿Por qué no duermes?

Su voz suena ronca, aún adormilada. Me giro y la encuentro incorporada en la cama, cubierta con la sábana en un acto instintivo, aunque ya no queda nada de su cuerpo que no haya visto o recorrido con la boca y con los dedos.

Sonrío y apoyo un hombro en el cristal.

—No suelo dormir mucho.

Ella se pasa una mano por el pelo desordenado y se lo aparta de la cara. Está preciosa así, con las marcas de mis caricias aún en su piel y con la boca ligeramente hinchada por mis besos.

—¿En qué piensas?

Camino de vuelta a la cama y me siento en el borde, deslizando los dedos por su rodilla desnuda.

—En que esta ha sido la primera noche de cien.

Valeria me observa en silencio. Puedo ver la duda en su expresión y la forma en que su mente sigue procesando lo que ha ocurrido, intentando definir qué significa todo esto para ella. Pero no le doy tiempo de analizarlo si es que es lo que está haciendo. Me inclino y dejo un beso lento en su clavícula antes de susurrar contra su piel.

—No lo pienses demasiado, Valeria. Solo disfrútalo.

La siento exhalar, y percibo su cuerpo relajado bajo mis dedos.

—¿Siempre eres así? —Levanta la cabeza, divertida, con un brillo especial en su mirada.

—¿Así cómo?

Ella aprieta los labios, pensativa.

—Tan seguro de que todo va a salir como tú quieres.

—Si supieras la cantidad de veces que la vida me ha demostrado que tengo razón… —aseguro con una sonrisa socarrona.

Valeria pone los ojos en blanco y se deja caer sobre la almohada, pero no aparte la mirada de mí.

—Eres insoportable.

Me inclino sobre ella, y apoyo las manos a cada lado de su cabeza. Casi rozo su nariz con la mía.

—Y, sin embargo, aquí estás.

Ella sonríe, un poco contra su voluntad, y cuando inclino la cabeza para besarla de nuevo, sé que esta guerra solo acaba de empezar.

CAPÍTULO 9

Valeria

Las cifras comienzan a bailar ante mis ojos. Llevan horas haciéndolo. Cuentas, extractos bancarios, movimientos sospechosos que no cuadran del todo, o que, al menos, requieren una explicación. Y explicaciones es justo lo que he venido a buscar.

Apoyo un codo en la mesa y me paso una mano por la sien, intentando distraer el cansancio. Dormir poco y trabajar mucho es incompatible, está claro. Llevo toda la semana encerrada en esta oficina, revisando documentos, que a cualquier otra persona le parecerían aburridos, pero a mí no. Yo disfruto con esto, con el orden de los números, con la certeza de que todo encaja o, en su defecto, con el desafío de descubrir por qué no lo hace.

Muevo la silla ligeramente hacia atrás y cruzo una pierna sobre la otra con la comodidad que me permite el pantalón de pinzas que llevo hoy. Me gusta cómo contrasta su tono beige claro con una blusa de seda color vino que me favorece mucho porque ilumina mi cara. Los tacones han dejado de molestarme hace un par de horas, pero solo porque mis pies se han resignado a su presencia.

La oficina que me han asignado tiene el mismo aire aburrido de todos los días: estanterías repletas de archivadores, un par de ordenadores encendidos y la cafetera goteando en una esquina, como si intentara marcar el ritmo de la jornada. Miro de reojo a Víctor, el encargado de cuentas, que sigue tecleando con aire concentrado, y a Sofía, que revisa un documento con el ceño fruncido. Nadie habla demasiado aquí. Nos comunicamos con gestos, miradas rápidas, y el ocasional «échale un ojo a esto» cuando encuentro algo sospechoso o poco claro.

Me inclino sobre la mesa y deslizo un dedo por la pantalla del ordenador. Un cargo en un banco extranjero llama mi atención. Abro el archivo donde debería estar registrada esa transacción y no tardo en confirmar lo que sospechaba: no hay ningún justificante que la respalde.

Suspiro y tomo un bolígrafo, anotando el importe y la fecha en mi libreta. Otro más. No es el primero que veo esta semana.

—¿Algo raro? —pregunta Sofía sin levantar la vista.

—Bastantes cosas —respondo, con voz neutra.

Ella asiente y vuelve a concentrarse en su pantalla.

Trabajo hasta que el sol comienza a descender y las luces de la oficina proyectan reflejos en los cristales. Es viernes y el cansancio se me pega a la piel, pero cuando por fin cierro el ordenador y guardo mis cosas, me doy cuenta de que no tengo prisa por marcharme.

Mi idea original cuando me asignaron esta auditoría era viajar los fines de semana, pero ahora

que he comprometido mis noches, no he hecho planes y no sé si me apetece quedarme en el hotel por muy de lujo que sea y me ofrezca muchas opciones, desde la piscina hasta el *spa*.

Y no me apetece por su culpa. Aquí todo me hace pensar en él. Y necesito un descanso si no quiero que las cien noches se me hagan cuesta arriba. Debo reconocer que las de esta semana han sido de todo menos aburridas. No sé cómo es Fabio en persona. Cuando me levanto, él se ha retirado a su apartamento al otro lado de los jardines del hotel. Siempre deja una nota, a diferencia de nuestro primer encuentro, en la que me da los buenos días y me invita a pedir lo que desee para desayunar. Hago la llamada al servicio de habitaciones y bajo al gimnasio antes de empezar el día de trabajo. Por la noche, solo existe él: Fabio. Al que hoy no he visto en todo el día. Anoche sí. Y la anterior. Y todas las noches desde que empezamos esto. Pero durante el día es distinto. Cada uno habitando su mundo, absorbido por sus rutinas y en nuestra propia vida separada de la del otro. Como si fuéramos dos extraños que solo se reconocen cuando cae el sol y las sábanas son el único territorio común.

Recojo mis cosas con calma y me dirijo a la puerta, cruzando la oficina con pasos lentos. En la recepción me despido con una inclinación de cabeza y salgo al aire fresco de la tarde a pasear.

El lago es una extensión oscura y tranquila más allá de los jardines del hotel. Las luces del edificio se reflejan en el agua, parpadeando con el movimiento de las pequeñas ondas que se forman en la orilla. Es un lugar hermoso, pero no me detengo a admirarlo. Lleno mis pulmones de aire fresco y regreso de vuelta al hotel, que se ha quedado a mi espalda.

Subo a mi habitación, me quito los tacones y me desabrocho el primer botón de la blusa antes de recostarme en el sillón que hay junto a la puerta de la terraza. Y me dejo ir, permito que el cansancio me alcance y, con los ojos cerrados, trato de relajar mi mente.

Después, me levanto, me acerco al armario y elijo un vestido negro. Nada llamativo, pero suficiente para sentirme diferente a la Valeria que ha pasado el día entre números.

Cuando bajo al restaurante del hotel, él ya me espera allí.

Fabio está sentado en la barra, con una copa en la mano y la mirada perdida en algún punto del reflejo de las botellas alineadas tras el barman. Lleva la camisa blanca remangada hasta los codos, los primeros botones desabrochados y el cabello ligeramente revuelto, como si hubiera pasado una mano por él sin darse cuenta. Está guapísimo y pensar en ello me hace darme cuenta de que empiezo a pisar terreno peligroso. En unos días será historia y lo peor que me puede pasar es que me quede enganchada a él. Si es que no lo estoy ya. Este hombre es adictivo, una droga de la que me tendré que desintoxicar. Y eso que aún no hemos hablado de nosotros. Nuestras conversaciones son de cuentas por el día y palabras de deseo por la noche. Ese fue el trato.

Me acerco y sé que me ha visto antes de levantar la cabeza. Camino despacio hacia él y me apoyo en la barra con un gesto estudiado, sin apartar la mirada de su rostro.

—Vaya, pero si es la auditora más eficiente del lago —murmura al recibirme con una media sonrisa y apartar el taburete para me siente junto a él.

—Y tú, el hombre más ocioso de este lugar, por lo que veo. ¿Nunca trabajas?

Fabio deja la copa sobre la barra y me observa con atención.

—No me hace falta. Soy el dueño, ¿recuerdas? —me guiña el ojo, pero no me deja contestar —. ¿Semana difícil?

—¿Semana normal?

—Déjame adivinar. Demasiados documentos, demasiados números y demasiadas preguntas sin respuesta. —Dudo si sus palabras son de ironía o vacías de intención para romper el hielo.

—Algo así.

No le sigo el juego dialéctico; estoy cansada. Él ladea la cabeza y desliza un dedo por el borde de su copa.

—¿Y ahora qué?

Alzo una ceja.

—¿A qué te refieres?

—Es viernes. La semana ha terminado. ¿Qué vas a hacer con tu libertad?

No respondo de inmediato. La respuesta flota en el aire, tan obvia que no necesita palabras. Ambos lo sabemos. ¿Libertad? La que cada noche nos arrastra al mismo lugar, a la misma habitación, a la misma cama, donde el juego continúa sin necesidad de reglas ni promesas, solo con la certeza de que ninguno está dispuesto a abandonar. Al menos por el momento.

Fabio se inclina ligeramente hacia mí y su voz se reduce a un murmullo.

—¿Vienes conmigo o debo ir a buscarte?

Mis labios se curvan en una sonrisa sutil. No necesito aclarar nada, porque él ya conoce la respuesta.

CAPÍTULO 10

Fabio

La cena que hemos pedido al servicio de habitaciones ha llegado hace unos minutos, pero aún no hemos tocado nada.

Valeria está sentada frente a mí, con las piernas cruzadas y el pelo cayendo sobre un hombro en un gesto muy natural. Es tan guapa que no necesita posar. Se ha puesto el albornoz de algodón que el hotel ofrece a sus huéspedes, pero lo lleva con la misma elegancia con la que lucía el vestido negro de esta noche. En su mano, una copa de vino que gira distraídamente entre los dedos, mientras hablamos, algo que no solemos hacer.

Es extraño. Suelo odiar el momento posterior al sexo. Me incomoda la intimidad que a veces se instala en los silencios, esa expectativa que algunas mujeres depositan en el aire, esperando que yo lo llene con promesas que no pienso hacer, pero con Valeria no es así.

Con ella, incluso los silencios me gustan. Todo con Valeria es diferente. Hace un momento en la barra del bar donde la esperaba, sentí la seducción de su cuerpo sin que ella hiciera nada para ello, y me sentí cómodo. No como cuando me abordan mujeres que se hacen las interesantes delante de mí. Con una mirada nos hemos entendido y hemos subido a la *suite*, conteniendo las manos en el ascensor. Solo faltaba que el jefe de mis empleados montara un escándalo por los pasillos del hotel. Ya en la habitación nos hemos comido a besos. Su precioso vestido ha durado segundos sobre su piel, y que hoy solo llevara un tanga de encaje, sin sujetador, ha hecho que la sangre que me quedaba en las venas bajara de un plumazo a mi sexo, que ya estaba listo para ella. Me he deshecho de mi ropa con la rapidez del rayo, alentado por un deseo que me consumía y, sin mediar palabra, nos hemos metido en la ducha. Valeria ha apoyado las manos en la pared mientras yo recorría sus senos y su vientre con las mías desde su espalda, he introducido dos dedos en ella y enseguida la he embestido desde atrás, dándole doble placer, porque mis dedos húmedos seguían masajeando su clítoris a la vez que empujaba. Ver su espalda alzarse y curvarse al ritmo que yo marcaba, me estimulaba más si cabe, y sus jadeos junto a mi oreja eran la mejor de las sinfonías.

Exhaustos y complacidos, he abierto el grifo de la ducha, he vertido gel marino en la esponja y la he enjabonado con devoción. Tiene un cuerpo perfecto, delicioso y tan sensual, que no dejo de pensar en él. Valeria ha seguido la dirección de mi mirada y al ver que contemplaba su sexo brillante entre las gotas de agua y espuma, ha apoyado las piernas en los lados de la ducha y se ha abierto para mí. Me he frotado con mi dureza, cada vez mayor, en una caricia por sus pliegues hasta entrar de nuevo en este paraíso jamás soñado.

Y ahora estamos en el sofá con la cena que nos acaban de traer ante nosotros. Ella está sentada frente a mí, con las piernas cruzadas y el cabello cayendo suelto sobre el albornoz blanco del hotel. La tela le cubre los hombros, pero su piel sigue caliente bajo la luz tenue de la lámpara de la mesilla. Me gusta cómo se mueve, con esa elegancia natural que parece no requerir

esfuerzo. Y me gusta aún más la forma en que me mira, como si estuviera analizando cada una de mis palabras sin que yo lo note.

Pero lo noto. Claro que lo noto. Siempre lo hago.

Valeria toma un sorbo de vino y apoya la copa en la mesa de diseño junto a su plato intacto. Está relajada, pero sé que su mente sigue procesando lo que ha ocurrido esta semana. Cinco noches. Cinco noches en las que nos hemos encontrado entre las sábanas, esquivando preguntas y permitiendo que el deseo hable por nosotros.

Pero ahora, entre bocados de comida fría y copas de vino a medio terminar, la conversación ha cambiado de rumbo.

—Si no estuvieras trabajando aquí, ¿qué habrías hecho este fin de semana? —pregunto, sin apartar la vista de sus ojos.

Valeria ladea la cabeza, sorprendida por la pregunta.

—¿Si no estuviera aquí en absoluto?

—No. Si no estuvieras en la oficina, pero siguieras en el hotel.

Valeria deja la copa y pasa un dedo por el borde del cristal, pensativa.

—Mi idea era visitar los alrededores. No he visto nada más allá del hotel y la oficina, y tengo la sensación de que este sitio tiene mucho más que ofrecer.

Sonrío, sin dejar de observarla.

—Eso es cierto. ¿Te gusta conocer sitios nuevos?

—Sí. Me gusta descubrir rincones que no salen en las guías turísticas. Ver cómo vive la gente, probar la comida local… sentir que realmente estoy en un lugar y no solo de paso.

Su respuesta no me sorprende. He notado su forma de mirar las cosas, la manera en que se detiene en los detalles que otros pasan por alto dentro y fuera del edificio del hotel.

Es la primera vez que me cuenta algo de su vida que no tiene que ver con su trabajo o con lo que pasa entre nosotros cuando cae la noche. No debo cruzar esa línea y hablar de nosotros convirtiendo esta relación física en algo personal. De hecho, no quiero saber nada más. Así que vuelvo a poner límites en la conversación.

Me levanto de la mesa, tomo un bolígrafo y un trozo de papel, y empiezo a escribir.

—¿Qué haces? —pregunta, arqueando una ceja.

—Te estoy preparando una ruta.

—¿En serio?

—Claro.

—¿Y vas a acompañarme?

—No —respondo tajante y seco.

Suelta una carcajada baja y niega con la cabeza.

—Qué predecible.

No caigo en ese juego. Simplemente, doblo el papel y se lo paso.

—Mañana por la mañana puedes subir hasta el mirador de la Cascada Escondida. Hay un sendero fácil que vale la pena recorrer y, si madrugas, el sitio estará vacío.

Valeria lo toma entre sus dedos y lo observa con curiosidad mientras sigo escribiendo.

—Luego puedes bajar al pueblo. Los sábados hay mercado en la plaza principal. La panadería de la esquina vende el mejor pan de centeno que he probado en mi vida. También encontrarás un café rústico en el camino donde hacen un pastel de arándanos que te va a gustar. Y si te apetece cenar fuera del hotel, el restaurante de la plaza tiene buena carne.

Doblo la hoja y la dejo sobre la mesa.

—Ahí tienes tu plan.

Ella la recoge y la sostiene entre sus manos.

—Podrías acompañarme —sugiere, con fingida inocencia.

Sonrío y niego con la cabeza. Aunque me apeteciera, me recuerdo que no somos nada y no debemos compartir nuestro tiempo de ocio más allá de las sábanas de su cama.

—Tú y yo solo compartimos las noches. Ese es el pacto.

—Y, sin embargo, acabas de hacerme un itinerario detallado.

—No significa nada. Eres libre de hacer lo que quieras durante el día, mientras te tenga por la noche, si quieres. Tenemos un pacto, pero nada nos compromete a cumplirlo, si uno deja de estar de acuerdo.

—Claro.

Valeria inclina la cabeza y me mira con una expresión diferente. Y yo no quiero verla así, tan cotidiana, porque nuestro juego tiene reglas. Quiero que mañana, cuando ella camine por ese sendero sin mí, recuerde que aún las estamos siguiendo.

O, al menos, eso espero.

—¿Y tú? Si no estuvieras aquí, ¿qué habrías hecho este fin de semana?

Su pregunta me saca de mis pensamientos. Levanto la mirada y la encuentro observándome por encima del borde de su copa. No hay desafío en sus ojos, ni reproche, solo una ligera curiosidad que me toma por sorpresa. Quiero ser amable sin cruzar la línea de la confianza. Tengo que cortar con esto. Apoyo el codo en la mesa y entrecierro los ojos.

—Si no estuviera aquí —repito con lentitud—, probablemente habría pasado el fin de semana en mi apartamento, sin demasiado contacto con el mundo.

Ella sonríe, divertida, sin saber que en realidad mañana iré a casa de mis padres a pasar el día, como cada sábado. No necesita saber nada de mí ni de mi familia.

—Eres el dueño de un hotel de lujo en un sitio espectacular y tu plan de fin de semana es quedarte encerrado en un apartamento. Muy lógico.

Me encojo de hombros.

—Lo tengo todo aquí. No necesito ir a ninguna parte.

—Qué triste. Aunque todo no lo tienes… Hay algo que fuiste a buscar a Milán la noche que te conocí.

Valeria apoya la copa en la mesa y alisa un pliegue del albornoz con la yema de los dedos. Es un gesto inconsciente, casi nervioso. Bajo la mirada, despacio, y tomo un sorbo de vino ante la evidencia de sus palabras.

Ella parpadea.

—¿Por qué no me haces de guía? Si no tienes nada que hacer…

—No. —Sonrío al ver la fugaz decepción en su rostro—. No cruces esa línea, Valeria. No nos conocemos. Es más, no queremos ni debemos conocernos —enfatizo.

Ella exhala con una media sonrisa y sacude la cabeza.

—Qué conveniente este pacto tuyo.

—Para los dos.

Termino mi copa y la dejo sobre la mesa. Me inclino sobre ella y le robo un beso fugaz antes de susurrar contra su boca:

—Pero esta noche aún no ha terminado.

No dice nada. Solo deja que la tome en brazos y la lleve hasta la cama donde, durante el resto de la noche, las rutas y los planes quedan olvidados.

Unas horas después, me despierto antes que ella. Siempre lo hago, para volver a mi apartamento en el hotel. La observo por un instante en la penumbra, con el pelo extendido sobre la almohada y una pierna asomando bajo las sábanas. Su respiración es pausada, tranquila, y me sorprendo al notar que verla así me genera una extraña sensación de calma.

Me levanto con cuidado, tomo mi ropa y me visto en silencio. Antes de salir, dejo una nota en la mesilla.

Disfruta de la ruta. Pide el pastel de arándanos de mi parte.

Fabio.

Me voy antes de que despierte. No debo cruzar más líneas. No quiero conocerla más de lo que ya la conozco. Pero algo en mi pecho me dice que es demasiado tarde para eso.

CAPÍTULO 11

Valeria

Los días transcurren con la misma rutina: auditoría por la mañana, trabajo de oficina, revisión de cuentas y, por la noche, Fabio. Se supone que debería ser sencillo, pero hay algo distinto esta semana. Algo que me tiene inquieta y que comenzó el fin de semana cuando no quiso acompañarme a hacer turismo. Sé que no somos pareja, que no hay nada más que sexo consentido entre nosotros y que dentro de unas semanas todo se esfumará. Pero solo le pedí compañía. Quizá no quiere que le vean con una mujer en el pueblo y crean que una extraña ha cazado al magnate hotelero, o que realmente no quiera nada más que mi cuerpo en la cama. ¿Y qué quiero yo? A estas alturas, no lo sé. No me siento usada, porque yo fui la primera que quiso disfrutar de él y de su cuerpo, aunque cuando actúa así un hombre se le vanagloria y si es una mujer se la insulta. Me da igual. Esto es algo entre nosotros que no sale de la *suite*, aunque entre el personal haya rumores. Me gustaría saber si es la primera vez que Fabio hace algo así o es costumbre en él y soy solo un número más en su lista de conquistas que seguro tiene.

Quizá sea el eco de la soledad que sentí durante mi recorrido por la ruta que él me diseñó. O quizá sea que empiezo a notar cosas que antes me pasaban desapercibidas. Como la manera en que me mira cuando cree que no me doy cuenta, la forma en que sus dedos a veces se quedan un segundo de más sobre mi piel, o las pausas en nuestras conversaciones que duran justo lo suficiente para sentir que hay algo más, algo que a ninguno de los dos le conviene reconocer.

Es lunes y la semana promete ser larga. Llego temprano a la oficina, con mi café en la mano y una blusa color crema que combina con el pantalón de pinzas oscuro. La luz del amanecer entra por las ventanas y baña los archivadores con un resplandor que solo he visto en esta zona de Italia. Me siento en mi escritorio, reviso el correo y me sumerjo en el trabajo.

Horas después, una carpeta gruesa cae sobre mi mesa. Levanto la vista y encuentro a Sofía, con su melena rizada recogida en una coleta alta y una expresión de tedio en el rostro.

—Aquí tienes los movimientos bancarios que pediste con los extractos de las transferencias que dices que no cuadran.

Alzo una ceja.

—¿Cuántas?

—Suficientes como para darte trabajo hasta bien entrada la noche.

Reprimo un suspiro y tomo la carpeta, abriéndola con gesto mecánico. Números, fechas, nombres. Todo parece normal a simple vista, pero sé que no lo es. Deslizo el dedo por las filas de cifras y empiezo a subrayar las irregularidades para luego cotejarlas con los datos de las liquidaciones de impuestos y con la contabilidad. A medida que avanzo, una sospecha empieza a formarse en mi mente. Hay patrones, movimientos repetitivos que, aunque bien disimulados,

siguen un esquema claro. Alguien está ocultando dinero. O desviándolo, y eso nunca es buena señal.

Cuando miro el reloj, han pasado cinco horas. Mi café está frío, el cuello me duele y los ojos me arden. Me reclino en la silla y me paso una mano por la frente, tratando de despejar mi cabeza. No quiero hacer suposiciones sin pruebas, pero algo aquí no está bien. Y debo saber qué es y decidir si afecta a los planes de inversión de mis clientes.

Fabio me espera en la habitación cuando llego, más tarde de lo habitual. No me sorprende. Desde la primera noche en que aceptamos este pacto, nunca ha faltado.

Lleva la camisa remangada, los primeros botones desabrochados, y está sentado en el borde del sofá con una copa en la mano. Alza la mirada cuando cierro la puerta tras de mí.

—Pareces agotada.

—Lo estoy.

Dejo mi bolso sobre el sillón y me descalzo, sintiendo el alivio inmediato al liberar mis pies de los tacones. Fabio sigue observándome, sin moverse, aunque hay algo distinto en su mirada esta noche. O quizá solo soy yo, proyectando cosas que no existen.

Me acerco a la mesa, sirvo una copa para mí y doy un sorbo lento. La calidez del vino se desliza por mi garganta, relajando los músculos tensos de mi espalda. Fabio deja su copa y se pone de pie, acercándose con esa seguridad que parece inherente a él.

—Dime.

Frunzo el ceño.

—¿Decirte qué?

—Lo que sea que te tiene así.

Exhalo con una sonrisa breve y niego con la cabeza.

—No hablamos de eso, Fabio.

—Hablamos de lo que queremos. Y ahora quiero saber qué pasa por tu cabeza.

Me tensa su insistencia. Nuestro pacto es claro: noches sin preguntas. Pero por primera vez en todas estas noches, noto una grieta en sus reglas.

—Es solo trabajo.

Fabio me observa unos segundos y asiente, sin presionarme más.

—Entonces, mejor olvídalo.

Sus manos buscan mi cintura y su boca atrapa la mía antes de que pueda decir algo más. Y, por esta noche, lo dejo ir. Mañana será otro día. Mañana volveré a buscar respuestas. Pero ahora, solo quiero perderme en él.

Sin pensar. Sin preguntas. Solo cien noches y nada más. O, al menos, eso sigo repitiéndome, aunque una parte de mí ya no se lo crea.

CAPÍTULO 12

Fabio

Anoche Valeria apenas se sostenía en pie al llegar a la *suite*. Cuando llegó, más tarde que otros días, no vi su expresión de cansancio habitual tras una jornada larga, sino un agotamiento distinto, como si algo en su cabeza le estuviera pesando demasiado. Sabía que el trabajo la absorbía, que pasaba horas mirando cifras y buscando errores, pero nunca la había visto tan exhausta. O quizá debería decir preocupada. Casi se durmió en mis brazos cuando le rodeé la cintura y le di un beso lento que encendió mi deseo y, aunque podría haberla dejado caer rendida en la cama, hice algo que ni siquiera pensé: le preparé un baño caliente.

Me moví en silencio hasta la bañera y abrí el grifo, y dejé que el vapor comenzara a llenar el aire con su humedad cálida. Busqué entre los aceites esenciales que había en la repisa, escogí uno de lavanda y lo vertí en el agua junto al gel del mismo olor, viendo cómo la superficie se cubría de una fina capa de espuma perfumada.

Cuando regresé, ella esperaba en el sofá donde la había dejado, descalza, con la blusa medio abierta deslizada por un hombro y los ojos pesados de fatiga. Me acerqué sin decir nada, le quité con cuidado la prenda y deslicé los tirantes del sujetador por sus brazos con movimientos pausados. Sentí su piel erizándose bajo mis dedos, un reflejo inconsciente de su cuerpo que no tenía nada que ver con el deseo. La guie con suavidad hasta la bañera y esperé a que se acomodara en el agua caliente antes de recogerle el pelo con cuidado y apartarlo del cuello.

Valeria cerró los ojos en cuanto se sumergió en la calidez del agua espumada. Exhaló un suspiro largo y profundo, y sus hombros se relajaron por primera vez en toda la noche. Me senté en el borde de la bañera y dejé que el silencio se instalara entre nosotros, sin prisas. Después, deslicé mis manos sobre sus hombros y empecé a masajearlos con lentitud. Sentí los nudos de tensión disolviéndose poco a poco bajo mis dedos, y cuando solté un poco la presión, ella suspiró de nuevo.

—Debería dejar que me cuidaras más a menudo —murmuró, con la voz amortiguada por la relajación.

Sonreí, aunque sabía que eso no era parte de nuestro acuerdo. Nada de preocupaciones y nada de más allá de lo físico. Pero en ese momento, no importaba.

—No te acostumbres —bromeé, apretando con suavidad la base de su cuello. Luego, rodeé la bañera para ponerme al otro lado y comencé un masaje desde los pies, por las piernas y los brazos. Hubiera seguido por sus pliegues, que me llamaban deseosos de untar mis dedos en ellos, pero lo dejé estar. Iba a respetar su cansancio y no haría nada que ella no me pidiera.

Se quedó en el agua hasta que la piel se le puso tibia y el aroma de lavanda impregnó la habitación. Cuando se incorporó para salir, la envolví en una toalla caliente y la sostuve un momento antes de llevarla a la cama. No hubo urgencia, ni besos demandantes. Solo el roce de

su respiración contra mi clavícula mientras la acomodaba entre las sábanas. Me quedé con ella hasta que su respiración se hizo profunda y pausada. Luego, sin hacer ruido, me levanté, recogí mi camisa del respaldo de la silla y me fui. Como siempre.

Esta mañana, cuando llego a la oficina, todo sigue su curso habitual. El sonido de los teclados, llamadas telefónicas y las conversaciones a media voz de cada día. Me cruzo con Sofía en el pasillo, quien levanta una ceja al verme.

—¿Sigues viniendo aquí cuando no te hace falta? —pregunta, con una sonrisa apenas contenida.

—Tienes razón. Tal vez deba quedarme en mi torre de marfil mientras todo funciona sin problemas —contesto con ironía.

Sofía suelta una risa corta y sigue su camino. Cuando mi padre gestionaba todo, mi primer trabajo fue con ella y nos tratamos con la cordialidad de quien se conoce demasiado bien. Me detengo frente a la oficina de Valeria. A través del cristal, la veo concentrada, con la misma expresión que tenía anoche antes de que su cuerpo se rindiera al cansancio. Lleva el pelo recogido en un moño desenfadado, y la blusa color avellana que ha elegido hoy, combina con el ligero rubor que asoma en sus mejillas.

Me decido a entrar. Ella alza la vista, pero su expresión no se suaviza del todo.

—¿Qué pasa? —pregunto, cruzando los brazos.

—No puedo decírtelo aún. —Su tono es firme, aunque sin hostilidad.

Eso no me gusta. No porque me sienta con derecho a saber, sino porque no quiero que esté lidiando sola con lo que sea que está pasando.

—No me gusta verte así.

Ella suelta un suspiro y deja el bolígrafo sobre la mesa.

—Estoy bien, Fabio. Solo necesito terminar esto. Por cierto —baja la voz y mira a su alrededor para comprobar que nadie la escucha—, gracias por lo de anoche. He dormido como un bebé. Sobre esto, te lo contaré cuando acabe unas comprobaciones. No puedo hacerlo antes, lo sabes.

Lo acepto como me comprometí, pero mientras salgo del departamento contable, una sensación extraña se instala en mi pecho. Algo no está bien y, tarde o temprano, lo descubriré.

CAPÍTULO 13

Valeria

Ha sido una semana larga y difícil. Cada día he tenido que fingir normalidad cuando lo que en realidad me carcome por dentro es lo que estoy descubriendo en esta auditoría. Durante el día, paso horas sumergida en cuentas que no cuadran, en transferencias que parecen ocultar algo, en una red de cifras que insisten en contarme una historia que aún no he conseguido desvelar. Por la noche, cuando Fabio me busca entre las sábanas, tengo que apartar todo eso de mi mente, fingir que nada me preocupa y que lo único que importa es el deseo, la piel y el pacto que hicimos. Pero cada vez se me hace más difícil separar ambas cosas.

A veces, cuando estamos juntos, siento su mirada sobre mí, como si pudiera ver lo que intento ocultar. Como si sospechara que algo no está bien. Quizás lo hace. Fabio no es un hombre ingenuo. Sabe leer a la gente y, a estas alturas, probablemente ya sepa leerme a mí. Pero no dice nada y yo tampoco. Filtrar cualquier información podría acabar con mi carrera.

Hoy, el reloj marca las diez de la noche cuando cierro el portátil y me paso una mano por la sien, tratando de aliviar la tensión que se acumula en mis pensamientos. He estado revisando una serie de apuntes que encontré esta mañana, notas dispersas en archivos que en teoría no deberían existir. Son transacciones mínimas, movimientos apenas perceptibles, pero lo suficiente para llamar mi atención. No son errores. Alguien los dejó ahí a propósito. Como si fueran pistas.

Sofía entra a la oficina sin llamar, con una taza de café en la mano y una ceja arqueada.

—Sigues aquí.

—No he terminado.

—Nunca terminas, Val. Necesitas descansar.

Deja la taza sobre mi escritorio y se apoya en el borde, cruzándose de brazos.

—Sabes que nadie te va a decir que pares, pero deberías hacerlo por tu bien. Tienes cara de no haber dormido en días.

—No exageres.

—Valeria…

Suelto un suspiro y miro los documentos de nuevo. Sofía tiene razón, pero no puedo detenerme ahora. Hay algo aquí, algo que no cuadra, y tengo que averiguar qué es antes de que alguien más lo haga primero.

Esta misma mañana he tenido una videoconferencia con mis jefes, como todas las semanas, para ponerlos al día de mi trabajo.

—Valeria, ¿cómo va todo? ¿Algo que reportar?

—Tengo algo, pero aún no está del todo claro.

—Explícate.

Respiro hondo antes de hablar.

—Hay patrones en las transacciones, movimientos que parecen insignificantes, pero que sumados a lo largo de los meses indican algo más. Puede ser blanqueo, desfalco o simplemente errores bien disfrazados. Aún no lo sé.

—Entonces descúbrelo. Y danos algo concreto cuanto antes.

Cuelgo la llamada con una tensión aún mayor en la espalda. Fabio no puede saber nada de esto. Todavía no porque, de haber sido él, corremos el peligro de que tome medidas que borren el rastro. El miedo de que este pacto nocturno sea una estrategia para que me calle lo que descubra se instala en mí, pero ya no puedo echarme atrás. Solo me queda disimular y disfrutar del mejor sexo que he tenido jamás. Ya lo echaré de menos cuando vuelva a mi vida.

Cuando subo a la *suite* más tarde de lo habitual, Fabio ya está allí. Está en el sofá, con una copa de whisky en la mano, la camisa azul abierta en el cuello y una expresión indescifrable. Sus ojos se clavan en los míos en cuanto cruzo la puerta.

—Tienes cara de haber estado muy ocupada, otra vez… —me repite como otras noches en las que subo tarde. La cena está en el carrito lista para que nos la comamos.

—Trabajo.

—Trabajo… —repite, jugando con el vaso entre los dedos—. Y a mí me parece que hay algo más.

Me quito la chaqueta y la dejo caer sobre una silla. Él no deja de mirarme, esperando que le diga algo, que le confirme sus sospechas o que le niegue lo obvio.

—No hay nada que pueda contarte. Ya sabes, el trabajo se queda en el primer piso.

Se pone de pie con calma, cruza la habitación con un andar perezoso y letal que tiene cuando quiere obtener respuestas. Se detiene frente a mí, tan cerca que el aroma de su perfume me envuelve. Alza una mano y desliza un dedo por mi mejilla, apenas un roce, pero lo suficiente para hacerme contener el aliento.

—No me mientas, Valeria.

Cierro los ojos un instante. Me odio por lo que siento, por lo que su proximidad me provoca, por cómo mi cuerpo responde a él incluso cuando mi mente está en otra parte. Cuando vuelvo a abrir los ojos, su expresión ha cambiado. Hay un brillo perverso en su mirada que no estaba antes.

—No te estoy mintiendo —murmuro.

Fabio me estudia unos segundos más, luego se aparta con un suspiro y se sirve otro trago. Me da la espalda, como si la conversación hubiera terminado, pero sé que no lo ha hecho. Nada ha terminado. Esto, sea lo que sea, solo está empezando.

CAPÍTULO 14

Fabio

Esta noche la he amado lento; nos mirábamos a los ojos fijamente mientras entraba y salía en ella y he sentido algo distinto a los demás días. No quiero que crea que pasar las noches con ella es un chantaje para que la auditoría salga bien. Tal vez nunca debí pedirle este trato. Llevo días pensando en que deberíamos dejarlo aunque me duela, porque Valeria es lo más bonito que me ha pasado nunca.

Pero no puedo quitarme la sensación de que hay algo que no me está diciendo. Necesito saber qué ha descubierto, qué información tiene que yo no conozco aún. Y si hay alguien en esta empresa que puede tener alguna pista, es Sofía.

El sonido de mis pasos resuena por el pasillo mientras busco su despacho. Cuando la encuentro, está inclinada sobre su escritorio, revisando unos informes en la pantalla del ordenador. Alza la vista en cuanto llamo a la puerta y entra la luz del pasillo, perfilando su figura contra la ventana.

—Necesito hablar contigo.

Sofía levanta una ceja, deja las gafas sobre la mesa y se inclina en su silla con aire resignado.

—Si vas a preguntarme por Valeria, ya sabes la respuesta. No puedo decirte nada.

—No es sobre Valeria —miento o, al menos, intento mentir.

Sofía cruza los brazos y me observa con una expresión que interpreto como que sabe más de lo que puede decir. Se toma su tiempo antes de hablar.

—Ajá.

—Solo dime una cosa. ¿Qué ha encontrado que la tiene tan inquieta y evasiva conmigo?

Duda un instante antes de responder.

—No puedo entrar en detalles, pero sí. Hay transacciones que no encajan del todo y si Valeria está preocupada, es por una buena razón.

Aprieto los dientes. No esperaba otra cosa, pero escucharla confirmándolo me revuelve el estómago.

—Gracias, Sofía.

—No me des las gracias. Y tampoco te pongas en su camino. No sería inteligente por tu parte. Deja que lo descifre ella, a no ser que tengas algo que ocultar, Fabio. Te lo digo como amiga tuya que soy, no como empleada.

Su tono es más serio de lo habitual. Me lanza una última mirada significativa antes de que me vaya. Salgo sin mirar por donde voy, ofuscado con mis pensamientos. Si hay movimientos extraños, solo hay una persona de la que podría sospechar: mi padre.

Siempre me he vanagloriado de ser un hombre honrado y de manejar mis negocios con transparencia. Pero si hay algo que está ocurriendo sin que yo lo sepa, entonces debo averiguarlo antes que Valeria y algo me dice que el sábado en la comida familiar tendré que obtener respuestas. No me gusta dudar de él, pero los negocios pueden cambiar a cualquiera y mi padre siempre tuvo demasiados caprichos.

Pero ahora, tengo otra conversación pendiente.

Por la noche, cuando subo a la *suite*, Valeria ya está allí. La encuentro sentada en el sofá, con un libro en las manos, una pierna cruzada sobre la otra y una expresión serena que no me engaña. No sonríe al verme entrar. Hay que la delata en su postura y en la forma en que me observa sin parpadear. Como si imaginara lo que está por venir.

Cierro la puerta con calma y me acerco, pero no me siento. En lugar de eso, me apoyo en el respaldo del sillón que está frente a ella.

—Tenemos que hablar.

Deja el libro en la mesa con cuidado, acariciándolo con sus dedos, antes de levantar la mirada.

—Adelante.

Tomo aire.

—Tal vez deberíamos dejar esto.

Un silencio eléctrico se instala entre nosotros. Su expresión no cambia de inmediato, pero noto la manera en que se tensa ligeramente. Sus dedos tamborilean contra el libro antes de detenerse.

—Esto. ¿A qué te refieres exactamente?

Camino hasta la ventana y miro el reflejo de la habitación en el cristal antes de responder.

—Al pacto. A las noches. A nosotros. No quiero que creas que acostarnos es un chantaje, ni que te sientas obligada a nada. No es justo para ti. Soy parte implicada en tu trabajo y no debe afectarte. Te juro que no lo pensé.

Valeria se cruza de brazos y ladea la cabeza.

—¿Y es justo para ti?

Cierro los ojos un instante. No, no lo es. Pero tengo que hacerlo.

—Es lo mejor.

Ella se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, sin apartar la mirada de la mía.

—¿Para quién, Fabio?

Su voz es tranquila, pero noto la tensión en cada palabra. Nuestras reglas siempre fueron

claras. Cien noches y nada más. Y ahora, de repente, soy yo el que las rompe.

Doy un paso hacia ella, pero Valeria no se mueve. Me sostiene la mirada con desafío.

—No quiero hacerte daño.

—Tampoco querías involucrarte más allá de la cama y, sin embargo, aquí estamos.

El ambiente entre nosotros es tenso. No deseo que esto termine. Pero tampoco quiero arrastrarla a algo que podría perjudicarla. Si el grupo inversor se entera de esto, o sus jefes, su carrera podría terminar. No quiero eso para ella.

Valeria se levanta con calma, se acerca hasta quedar apenas a unos centímetros de mí. Su perfume, su calor…, todo en ella me atrae. Se queda en silencio unos segundos, observándome. Luego, sonríe con una mezcla de resignación y deseo contenido.

—Bien, Fabio. Como tú quieras. Lo entiendo.

Se aleja hacia la habitación y la veo desaparecer tras la puerta.

No me cuestiona. No me suplica que cambie de opinión. Y eso, por algún motivo, me duele más de lo que esperaba. Porque, en realidad, ¿qué esperaba? Esto es lo que le propuse y esto es lo que he tenido. Solo que ha terminado antes de tiempo.

Salgo de la *suite* después de pedir que suban cena solo para ella y me voy a mi apartamento.

CAPÍTULO 15

Valeria

Los días pasan como si alguien hubiera pulsado el botón de avance rápido en mi vida. Trabajo, como, duermo y repito. Evito los pasillos que me llevan cerca de su despacho, cambio mis rutinas para no encontrármelo en el vestíbulo, en el restaurante, en ninguna parte.

Es más fácil de lo que pensaba. Fabio Velasco no me busca.

No hay llamadas, ni mensajes, ni encuentros casuales orquestados con la excusa del destino. Cien noches y una promesa. Esa era la regla y parece que él ha decidido romperla antes de tiempo.

Pero por la noche, cuando me tumbo en la cama de mi *suite* con las luces apagadas y el lago extendiéndose más allá de los ventanales, mi cuerpo sigue buscándolo en la oscuridad. Mis dedos se deslizan sobre la sábana fría, como si aún pudieran encontrar el calor de su piel en algún pliegue olvidado. Echo de menos su respiración en mi cuello, el peso de su brazo sobre mi cintura y la forma en que su mano recorría mi espalda en la penumbra y todo él hundido en mí.

Lo echo de menos, pero no lo llamaré. No seré yo quien suplique más noches con él, aunque mi corazón proteste. Esa punzada que siento me convence de que es mejor así para no correr el peligro de tener sentimientos el uno por el otro. Solo éramos dos cuerpos que se daban placer. Todo lo demás, sobra.

El fin de semana llega con la lentitud exasperante de quien no quiere enfrentarse a la realidad. El sábado por la mañana, después de otra noche de insomnio, me harto de dar vueltas en la cama y decido hacer algo por mí. Cojo el teléfono y marco un número que no uso desde que llegué a Como.

—Dime que sigues en Italia. —Mi voz suena más suplicante de lo que me gustaría.

La risa de Isabella estalla al otro lado de la línea. Es modelo y viaja mucho, por eso nos vemos muy poco.

—Estoy en Milán. Y más aburrida que un cuadro de museo. Dime que tienes un plan.

—Salir de aquí. No quiero ver a nadie del hotel. Llevo encerrada en este edificio demasiados días.

—Perfecto. Vente a Milán. Sé de un sitio que te va a encantar.

Me tomo un segundo para pensarlo. Pero lo tengo claro.

—Dame la dirección.

Me ducho rápido, me maquillo con la intención de ocultar el cansancio bajo una capa de color y me visto con un conjunto muy alejado de mi *look* de auditora y que no me recuerda a Fabio

Velasco: un pantalón blanco de lino, top negro con escote sutil en la espalda y sandalias de tacón cómodo**.** Me dejo el pelo suelto, ondulado, con ese aire de descuido calculado que da la impresión de que no me ha costado media hora lograrlo.

Pido el coche que alquilé para venir y me dejo llevar por la carretera serpenteante que bordea el lago, el paisaje es una sucesión de villas con tejados de terracota, cipreses altos y el agua brillante del lago bajo el sol del mediodía.

Cuando llego a Milán, Isabella ya me está esperando frente a un café escondido en una de las calles estrechas cerca del barrio de Brera.

—¡Por fin! —exclama al verme, alzando los brazos como si acabara de encontrar un oasis en el desierto.

Está tan impecable como siempre, con un vestido azul marino ceñido en la cintura, gafas de sol enormes y un bolso de Armani en la mano. Su melena oscura, perfectamente alisada, le cae sobre los hombros con un brillo que parece de anuncio de champú.

—¿Dónde me llevas? —pregunto mientras la abrazo.

—A un café-librería. Lo abrieron hace poco y tiene las mejores tartas de la ciudad. Ven, ven, tienes que verlo.

Entramos en un espacio que huele a papel, café recién hecho y vainilla. Las paredes están cubiertas de estanterías repletas de libros, las mesas son de madera rústica y en el centro del local hay una vitrina con tartas caseras, que parecen salidas de una postal.

Nos sentamos junto a una ventana, en un rincón apartado.

—Entonces… —Isabella entrecierra los ojos con malicia—. ¿Por qué esa necesidad tan repentina de escapar? Por las fotos que me has enviado estás en el paraíso y a gastos pagados. ¿Qué te preocupa?

Tuerzo el gesto y doy un sorbo a mi café. Espeso, fuerte y sin azúcar. Justo lo que necesito.

—Hombres.

Ella suelta un bufido.

—Dímelo a mí. ¿El hotel Velasco Como tiene un dueño muy guapo pero un poco cabrón?

—Exacto. Lo has adivinado.

—Me lo imaginaba. Son muchos años de trabajo, Val. —Parte un trozo de tarta de almendra y lo mastica con placer antes de señalarme con el tenedor—. Déjame adivinar: te has enamorado y no te corresponde.

—No. —La respuesta sale demasiado rápido. Isabella se ríe.

—Vale. Te gusta mucho y eso te cabrea.

Suspiro y hundo la cuchara en mi propia tarta, sin apetito real, pero sin querer darle la razón tan fácilmente.

—Él fue el que terminó todo.

—¡Ah! —exclama, señalándome de nuevo—. Eso lo cambia todo.

—Dijo que no quería que sintiera que lo nuestro era un chantaje. Que estaba implicado en mi trabajo y que no era justo para mí.

—¿Y para él sí?

—Eso le pregunté. No contestó.

Isabella ladea la cabeza con expresión calculadora.

—Bueno, como yo lo veo, tal vez ni le falte razón, ¿no? Es tu cliente y debes de ser objetiva en tu trabajo. Está claro. Aunque…, también huele a «me estoy enamorando y me asusta» —dice cambiando la voz al final.

—No seas ridícula.

—Valeria, querida, llevo más años que tú lidiando con hombres que creen que pueden manejarnos solo por tener un físico que les agrada. No me vengas con cuentos.

Cierro los ojos un segundo y dejo la cuchara sobre el plato.

—Da igual lo que piense o deje de pensar. Se acabó.

—¿Y tú te lo crees?

No respondo. No porque no tenga una respuesta, sino porque no quiero admitir que cada noche, cuando cierro los ojos, lo sigo viendo. Siento sus manos en mi cintura, su boca en mi cuello y la voz ronca susurrando mi nombre en la oscuridad. Me ha dejado un vacío que no sé cómo llenar.

Isabella suspira y me da un golpecito en la mano.

—Vamos de compras. Nada cura mejor un corazón roto como una tarjeta de crédito bien usada.

—¡Que no es un mal de amor, pesada!

—Da igual. Vamos a gastar dinero, no seas rancia.

Acepto sin dudar.

Pasamos la tarde paseando por las calles de Milán, entrando en tiendas que no puedo permitirme sin sentirme culpable, probándonos vestidos que nunca llevaremos y zapatos que son más arte que calzado. Ella está acostumbrada a llevar ese tipo de ropa, pero para mí, adicta a los trajes de chaqueta para trabajar, todo es demasiado. Aun así, acabo comprando dos vestidos que me quedan de infarto, en palabras de Isabella. A media tarde nos sentamos en una terraza y pedimos Aperol Spritz con rodajas de naranja, servidos en copas altas con hielo que tintinea al moverlas.

Por unas horas, me dejo llevar por la risa, por el sol sobre mi piel y por la sensación de que aquí, lejos del Hotel Velasco Como y de las reglas rotas de su dueño, puedo volver a ser yo. Cenamos en una pizzeria a petición de Isabella que solo puede permitirse comer lo que quiera un día a la semana y tiene antojo de carbohidratos. Al acabar, tomamos una copa en un bar, del que nos vamos enseguida, porque no dejan de entrarnos hombres y no es ese el plan de la noche. Me quedo a dormir en su apartamento y, al meterme en la cama, me encuentro con la misma verdad de cada día.

Fabio Velasco sigue aquí. No en persona ni físicamente. Se ha adueñado de mi piel, de mis pensamientos y de la idea de lo que pudo haber sido y no es. Una idea que, por mucho que intente evitarlo, sigue quemando en mi pecho. Ese pensamiento hace que me dé cuenta de que yo también he roto el pacto, porque la promesa fue no mezclar sexo con sentimientos, y este palpitar errático de mi corazón me confirma que lo he hecho.

CAPÍTULO 16

Fabio

Pasar el fin de semana en casa de mis padres es para mí como regresar al pasado, a un lugar donde todo sigue igual, donde el tiempo se detiene entre la elegancia de los muebles de caoba, las lámparas de cristal y los retratos familiares colgados en las altas paredes. La villa se alza majestuosa sobre la colina, con sus jardines perfectamente cuidados que descienden en terrazas hasta rozar la orilla del lago. Desde aquí, la vista es una obra de arte: el agua en calma, las villas con tejados de terracota al otro lado y la luz del atardecer como un cuadro que no podemos dejar de mirar.

Siempre he sabido que crecí en un mundo distinto al de la mayoría. La riqueza nunca ha sido un problema, pero tampoco una obsesión. Al menos, no para mí. Para mi padre, en cambio, el dinero y el poder son las únicas cosas que importan. Tenía veinticinco años cuando llegó a Como con un objetivo: abrir el primer establecimiento en Italia de la cadena hotelera que sus padres poseían en España. Mi padre era entonces un joven con ganas de comerse el mundo. Su visión estratégica de los negocios hizo que el hotel se convirtiera en uno de los *resorts* de lujo más codiciados por las élites económicas de Europa. Y así hizo su fortuna.

Cuando llego, mi madre me recibe con una sonrisa radiante y un abrazo cálido. Siempre ha sido así con ella, un remanso de dulzura entre las formas tajantes de mi padre.

—Hijo, estás más delgado —afirma, como en todas las visitas que les hago, con un tono de reproche envuelto en cariño, mientras me aparta un poco para examinarme mejor—. ¿Estás comiendo bien?

Sonrío con indulgencia.

—Lo intento. Creo que tener al mejor *chef* de la región en nómina te puede dar una idea de lo *mal* que como —ironizo antes de darle un beso en la sien.

—No seas bobo, Fabio. De nada te sirve tener a Luka Batiste en las cocinas si no bajas a comer. No puedes vivir de whisky y reuniones.

—Te prometo que no. También tomo café.

Mi madre pone los ojos en blanco y me toma del brazo.

—Anda, ven, he preparado tu plato favorito.

La casa huele a romero, a salsa de tomate cocinada a fuego lento y a pan recién horneado. La gran mesa del comedor está impecablemente servida con vajilla de porcelana y copas de cristal finísimo. La luz del candelabro central proyecta un resplandor cálido sobre los platos y los cubiertos de plata, reflejando el lujo discreto con el que he crecido.

Mi padre ya está en la mesa, revisando su teléfono con expresión impasible. Apenas levanta

la vista cuando entro.

—Fabio.

—Papá.

Nos damos un apretón de manos firme, breve y calculado. Nunca hemos sido de abrazos entre nosotros.

Durante la cena, mi madre se esfuerza en llenar el silencio con anécdotas de mis sobrinos, que no han venido este fin de semana, porque están en Suiza esquiando. Sigue con noticias del resto de la familia, sus visitas al médico cada vez más frecuentes y otros asuntos cotidianos. También me pregunta sobre el hotel, sobre cuándo tomaré unas vacaciones y sobre cualquier cosa que no es realmente importante para mí. Una comida familiar típica, a falta de mi hermana y sus chicos.

Mi padre come en silencio. Lo veo cortando la carne con la precisión de siempre, absorto en su tarea. Cada uno de sus gestos es meticuloso y controlado, sin dejar espacio para el error como todo en su vida.

—He oído que la auditoría avanza bien —dice de repente, sin apartar la vista de su plato.

Levanto la mirada con cautela.

—Sí. Valeria Esteve es muy competente.

Mi madre sonríe.

—¿Valeria? Qué nombre tan bonito. ¿Es simpática? Ese apellido parece español.

Tuerzo los labios en un intento de sonrisa.

—Sí, es española, como papá. Está especializada en hoteles y dicen que es muy estricta en su trabajo.

—Como debe ser —interviene mi padre, limpiándose la comisura de los labios con la servilleta—. No queremos errores. Esa ampliación nos conviene mucho.

—No —concuerdo, con la copa de vino en la mano—. No queremos errores.

Nos mantenemos la mirada unos segundos más de lo necesario.

—No sé por qué me miras así, hijo. Siento que me acusas de algo —afirma mi padre con calma—. Si es por la auditoría, no temas, las cuentas están en orden. Eres muy meticuloso, como bien has aprendido de mí. Estoy muy tranquilo y sé que todo va a ir bien.

Aguanto su mirada un poco más a la espera de un atisbo de duda, una grieta en su seguridad. Sin embargo, no la hay.

—¿Y si la auditora no está de acuerdo? ¿Y si está encontrando alteraciones de origen desconocido?

—Entonces estará equivocada. Quizá no sea tan competente, hijo. A no ser que hayas hecho algo. Durante mi gestión, todo fue transparente. Que yo sepa. —Su respuesta ha sido inmediata y contundente—. ¿Hay algo que deba saber?

Mi madre se mueve incómoda en su silla, frotándose los brazos con suavidad. Mi padre le dedica una mirada fugaz, como si con ese solo gesto pudiera indicarle que no se meta en el tema.

La cena sigue con una calma tensa. Mi madre intenta desviar la conversación hacia mis sobrinos, que son toda una fuente de conversación tan divertida como insustancial, pero algo ya se ha roto en el ambiente. Y no tengo ni idea de por qué.

Tras la cena, nos hemos tomado una copa en el porche y he tratado de sacarle más información. Primero con preguntas directas, luego con rodeos, pero nada. Me da respuestas seguras, sin fisuras, sin duda alguna. No hay nada extraño en las cuentas, no hay irregularidades, no hay de qué preocuparse. Me mira con la misma expresión serena con la que ha dirigido los negocios toda su vida, pero yo no estoy convencido. Mi instinto me dice que puedo confiar en él, que no miente, pero, a la vez, los números muestran algo diferente. No sigo insistiendo y decido esperar a tener el informe y los datos que Valeria está investigando. Esto ya no es solo por la ampliación del *resort*. Si hay algo oscuro, quiero que salga a la luz.

Cuando la noche cae y el silencio se instala en la casa, el insomnio me encuentra en la cama de cuando era niño. El sueño me evita con una insistencia cruel. Doy vueltas entre las sábanas durante horas, incapaz de cerrar los ojos sin que mi mente regrese a Valeria y a la forma en que me miró la última vez. De mi mente no se borra la manera en que sus labios temblaron apenas antes de despedirse y revivo con tristeza la seguridad con la que se alejó, sin pedirme explicaciones, sin protestar.

Me levanto y camino descalzo por el pasillo, con la intención de bajar a la cocina y tomar un poco de agua. Me detengo cuando veo luz en el despacho de mi padre.

La puerta está entreabierta y, dentro, mi madre revisa documentos con expresión preocupada. Se mueve con cuidado, como si temiera ser descubierta. Sus dedos recorren papeles y carpetas con rapidez, deteniéndose aquí y allá, como si buscara algo. No entiendo qué hace allí. Mi madre nunca ha mostrado el más mínimo interés en los negocios de mi padre. Siempre ha preferido mantenerse al margen, disfrutar de la comodidad sin involucrarse en los entresijos financieros. Pero ahora la veo aquí, sola en la madrugada, hurgando en papeles que no deberían interesarle.

La observo desde la sombra del pasillo sin hacer ruido. Cuando al poco rato apaga la luz y sale, me quedo esperando en la oscuridad hasta que sus pasos desaparecen escaleras arriba y entra en su dormitorio.

Respiro hondo y entro en el despacho. Encuentro carpetas, documentos y facturas ordenadas con la meticulosidad habitual de mi padre. Pero no veo nada extraño. Nada fuera de lugar, ni nada que explique por qué mi madre estaba aquí. ¿Qué estaba buscando? ¿Qué me están ocultando?

Cierro el cajón y me paso una mano por la frente, frustrado. No entiendo nada. No hay nada que me llame la atención. Pero entonces, ¿qué hacía rebuscando en el despacho de mi padre? No saberlo y tener la certeza de que Valeria ha encontrado algo extraño, me reconcome más que cualquier otra cosa.

CAPÍTULO 17

Valeria

Los días han pasado como si fueran una extensión infinita de los mismos momentos. Treinta días sin Fabio Velasco y sigo con ese nudo en el estómago cada vez que pienso en él.

Al principio, pensé que sería más fácil de lo que realmente ha sido. Me sumergí en el trabajo, en el informe y en los números que empezaron a darme respuestas. Pero cuanto más me esforzaba en concentrarme en la auditoría, más presente estaba él en mi cabeza. No de la forma en la que debería estarlo, es decir, como el dueño del hotel que investigo, sino como el hombre con el que he compartido noches enredadas en sábanas y silencios íntimos.

Las primeras semanas fueron extrañas. Nos cruzamos solo cuando era estrictamente necesario, en reuniones con su equipo contable o con Sofía, su directora financiera. No hubo conversaciones privadas, ni miradas sostenidas. Nada que indicara que, hace poco más de un mes, Fabio y yo compartíamos el mismo aire en una habitación oscura, envueltos en la promesa de no complicarlo todo con sentimientos. Pero ahora lo echo de menos cada minuto, incluso cuando lo tengo cerca.

Por las mañanas, cuando bajo a desayunar en la terraza, a veces lo veo sentado a lo lejos, en la mesa que suele ocupar cuando tiene reuniones informales con clientes o proveedores. No me mira, pero sé que sabe que estoy ahí. Su postura relajada, con la camisa remangada hasta los codos y el móvil en una mano, es como un recordatorio constante de lo que ya no tengo, de que él no es para mí.

En el despacho que me asignaron dentro del hotel, siento su presencia en cada rincón. El sonido de su voz en el pasillo, el eco de sus pasos al otro lado de la puerta, el aroma a bergamota de su perfume…. Me prometí a mí misma que no le daría importancia, que me centraría solo en mi trabajo, pero hay noches en las que me sorprendo sentada en mi escritorio, con la vista fija en la pantalla del ordenador, sin haber avanzado ni una línea en el informe, porque es ver la cama vacía y pensar en sus besos, en sus caricias y en la plenitud de sus embestidas.

Es imposible que lo olvide cuando todo en este lugar me recuerda a él.

El olor a madera pulida en el vestíbulo, el piano de cola en el bar, donde lo vi por última vez aquella noche, incluso la brisa del lago que se cuela por la ventana de mi suite.

No puedo seguir así. Por eso, hago lo único que sé hacer cuando necesito recuperar el control de una auditoría, aunque en este caso, lo que me bloquea sea el corazón. Llamo a mi jefe con la esperanza de poder acabar el informe en nuestras oficinas de Roma. Y volver a mi apartamento.

Carlo di Grasso, mi jefe, me contesta casi de inmediato, como si hubiera estado esperando mi llamada.

—Valeria, dime que tienes buenas noticias.

—Tengo el informe casi terminado. He revisado los estados financieros, los gastos operativos y los movimientos de capital de los últimos tres años, así como las previsiones de beneficios para los tres siguientes.

—¿Y?

Dudo un instante.

—Es mejor que lo hablemos en persona.

Él capta la seriedad en mi tono.

—¿Necesitas más tiempo?

—No. Lo tengo casi listo, pero no veo la necesidad de seguir aquí; puedo terminarlo desde la oficina de Roma. Quiero volver.

El silencio que se genera al otro lado de la línea es breve, pero sé que di Grasso me entiende. Han sido muchas auditorías a su espalda.

—Bien, así podremos valorar con el equipo y no podrán influirte en tu valoración final. Recoge todos los datos que necesites y vuelve cuando estés lista.

—Gracias. Una cosa más. Cuando termine, ¿podrías encargarte tú de la presentación?

—¿Quieres que yo presente el informe a Velasco?

—Sí.

No necesito darle más explicaciones. Mi jefe no es tonto. Intuye que algo ha pasado durante estas semanas. Tal vez no los detalles, pero lo suficiente como para entender por qué no quiero ser yo quien le entregue los resultados de la auditoría. No hace preguntas.

—De acuerdo. Tómate el fin de semana y vuelve el lunes. Te quiero en Roma la próxima semana y cerramos aquí la auditoría.

—Gracias. Allí estaré.

Cuelgo antes de que pueda hacer más preguntas. Después de esta conversación, lo que solo era una idea, se ha vuelto real: me voy. Así que empiezo a hacer las maletas esa misma tarde, guardando la ropa que ni siquiera he llegado a usar, y elijo cuidadosamente qué dejar fuera para el último día.

Pero la noche llega demasiado rápido y, con ella, la certeza de que Fabio sigue aquí, en esta *suite*, aunque no lo vea.

Me acuesto temprano, pero no logro dormir. Doy vueltas en la cama, como si buscara su calor en la tela fría de las sábanas que rozan mi piel. Me paro en seco y, con la mirada clavada en el techo, dejo que mi mente me lleve de vuelta a él y a la forma en que su cuerpo cubría el mío en la penumbra de la suite. Siento la calidez de su aliento en mi oído cuando murmuraba mi nombre con voz ronca, como si fuera ahora. Me abrazo por la cintura de la misma manera en que sus manos me rodeaban, como si no quisiera dejarme ir, y pienso que su mirada era más profunda de lo que debería ser por nuestro pacto.

Lo echo de menos de una forma que me rompe por dentro. No solo por las noches y no solo por el placer que nos dimos. Lo echo de menos a él. Al sonido de su risa cuando decía algo que lo divertía de verdad y la forma en que me miraba después de cada beso, con una intensidad que me hacía sentir atrapada en su órbita. Sobre todo, echo de menos la manera en que, incluso en el silencio, su presencia lo llenaba todo.

Cierro los ojos y me abrazo a la almohada con rabia. Mañana será mi último día en el Hotel Velasco Como. Sé que pasa el fin de semana con sus padres en la villa familiar, así que es el mejor momento. Cuando vuelva el domingo, ya no estaré aquí.

Aunque sé que es lo mejor, que marcharme es lo correcto, no consigo quitarme la sensación de que algo dentro de mí se queda aquí, entre estas paredes, entre estas sábanas y entre los recuerdos que nunca podré borrar.

CAPÍTULO 18

Fabio

Regreso al hotel con la misma tranquilidad calculada con la que afronto cualquier cosa. O al menos, eso es lo que aparento, porque las horas que he pasado con mi familia me han dejado inquieto. Y luego está la distancia que he puesto con Valeria y que me está afectando más de lo que había calculado. Por otra parte, me felicito por haberlo terminado antes de que los sentimientos que me provoca hubieran llegado a más, a convertirse en algo irreversible.

El chófer detiene el coche en la entrada principal y me bajo sin prisa, ajustándome la chaqueta con un gesto mecánico, mientras recorro con la vista la imponente fachada del Hotel Velasco Como. El sol de la tarde dominical se refleja sobre el mármol blanco y lo hace brillar. La brisa que sube del lago trae consigo un aroma fresco a agua y cipreses que me hace sentir en casa. Todo está exactamente igual que cuando me fui.

Pero algo ha cambiado. Lo siento en el aire antes incluso antes de cruzar la puerta.

La recepcionista levanta la vista en cuanto entro y me dedica una sonrisa profesional.

—Bienvenido de vuelta, señor Velasco.

—Gracias, Anna. ¿Ha habido algún problema mientras no estaba?

Ella vacila apenas un segundo antes de responder.

—No, todo ha transcurrido con normalidad. Solo quería informarle de que la señorita Esteve dejó su habitación esta mañana. Ha regresado a Roma.

La frase me golpea de una forma inesperada. Mantengo la expresión intacta, sin dejar que el impacto se refleje en mi cara. No reacciono de inmediato, pero la herida está ahí, latente, en el dolor que me provoca que no se haya despedido de mí. Pero, ¿de qué me extraño? Era lo esperado, ¿no? Ese era el acuerdo. Cien noches y nada más. Ningún compromiso, nada de sentimientos y sin futuro.

Sin embargo…

—Perfecto —respondo con la misma calma de siempre—. Asegúrate de que su cuenta esté en orden y recuerda que debes pasarla a contabilidad.

—Por supuesto.

Me alejo sin esperar más, ni detenerme a hacer preguntas que no deberían importarme.

Subo a mi apartamento con el ceño fruncido y con un nudo en mi estómago que se aprieta más a cada paso. No sé qué esperaba, ni por qué esta noticia me ha descolocado tanto si era algo que sabía que, tarde o temprano, iba a pasar.

Cuando llego a mi sala de estar, me sirvo un whisky sin hielo y me desplomo en el sofá, con

la mirada fija en el móvil. Navego por mi lista de contactos y me paro al llegar al suyo. Lo acaricio con el pulgar, castigándome por lo que ese gesto tan tonto está provocando en mí.

Podría llamarla y preguntarle por qué se ha ido sin despedirse, por qué no ha dejado ni un mensaje. Pero, ¿con qué derecho?

¿Qué le diría? ¿«Te echo de menos»?

No. Es totalmente absurdo. Me doy cuenta de que ella lo ha tenido todo más claro que yo, que ha sabido respetar el pacto y seguramente ya ni se acuerde de mí. ¿Cómo he podido ser tan tonto? Me creía inmune a los sentimientos y ahora estoy perdido en ellos.

Suelto un suspiro y dejo el vaso sobre la mesa. Me obligo a levantarme, a caminar por la estancia como si el movimiento pudiera disipar la incomodidad que se me ha instalado en el pecho. No sé ni cómo se me ocurrió llevar a cabo esta idea, y además cien noches, nada más y nada menos. Son tres meses en los que puede surgir cualquier cosa.

Nada de esto tenía que haber pasado. No estaba en los planes que su ausencia pesara más que su presencia. Jamás sospeché que, después de haberme convencido de que lo mejor era mantenernos al margen, ahora lo único que desee sea verla.

Pero se ha ido. Ahora es un imposible, aunque lo que más me apetece es volver a estar con ella, a mirarla sin cansarme y a amarla cada noche.

Despierto confundido, con las sábanas empapadas en sudor por los sueños que me han hecho dormir inquieto. Y pensando en ella. Cuando llego a mi despacho, Sofía me está esperando con la misma expresión de siempre: profesional, eficiente, pero con un brillo de astucia en los ojos que me dice que está al tanto de todo.

—Buenos días, Fabio.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Bien, ya sabes, con mi peque no hay descanso —sonríe con orgullo—. Bueno, supongo que ya te han informado de que la señorita Esteve dejó el hotel.

Afirmo con un gesto seco, mientras tomo asiento en mi sillón de diseño.

—Sí. Me enteré al llegar ayer tarde.

—Terminó todo lo importante aquí. Lo que queda dice que puede gestionarlo perfectamente desde Roma y su jefe quería revisar todo con ella.

No digo nada. Claro que podía hacerlo desde Roma. No había ninguna razón para que se quedara más tiempo. Ninguna salvo…

Aprieto la mandíbula y saco el móvil. Marco el número de di Grasso para interesarme por la auditoría y saber cuándo estará lista. Algo que Valeria debería haberme notificado antes de irse. Me contesta a la segunda señal.

—Velasco.

—Me han informado de que Esteve ha dejado el hotel.

—Así es. Le pedí que terminara el informe desde aquí, ya tiene todos los datos que necesitamos.

—Me sorprende que no me lo haya comunicado personalmente.

Silencio.

—No parecía necesario —dice di Grasso al final—. Según me dijo no estabas en el hotel cuando le pedí que regresara.

—Quisiera hablar con ella.

—Lo lamento, no está en la oficina. Pero no te preocupes. Esta tarde tenemos una reunión para ver los avances y en breve te diremos cuándo estará terminado y cuál es nuestra valoración de cara a los inversores.

No insisto.

La llamada se corta y me quedo con el móvil en la mano, sin saber qué hacer con la irritación que me corroe por dentro. ¿Qué esperaba, exactamente?

No puedo reprocharle nada. Ni siquiera tengo derecho a buscarla. Y, sin embargo, subo a su *suite* antes de que la asignen a otro huésped. Abro la puerta con mi llave maestra y entro despacio. El espacio está vacío sin sus cosas, sin su olor. La cama perfectamente hecha, los armarios abiertos y sin rastro de su ropa. La terraza aún conserva el perfume de las flores del balcón, pero no el de su piel.

Camino hasta el escritorio, donde antes se apilaban sus documentos, y apoyo las manos sobre la madera, cerrando los ojos. Aquí fue donde la vi por última vez, donde me enfrentó con esa mirada desafiante y me dejó claro que yo era el único que estaba rompiendo las reglas. Aquí la tuve entre mis brazos tantas noches, su cuerpo enredado con el mío, sus jadeos mezclándose con el sonido del lago al otro lado del ventanal.

El vacío me golpea con fuerza, como nunca antes había sentido. Recreo cada momento con ella, sus besos y la risa ahogada entre caricias. En mi cabeza la escucho pronunciar mi nombre en la penumbra, con la voz ronca de deseo. Cierro los ojos y dejo escapar una maldición entre dientes. No debería afectarme tanto. Pero lo hace.

Los dos días siguientes pasan en una rutina insoportable: trabajo, reuniones, silencios que me pesan en los pasillos. Todo sigue igual, pero nada dentro de mí lo es.

El miércoles por la mañana, mi asistente me informa de que tengo una videoconferencia programada con di Grasso para las doce del mediodía. Cuando entro en la sala de juntas a la hora acordada y la pantalla se ilumina, él está ahí, con su expresión seria y su impecable traje gris. Me entristece ver que ella no lo acompaña. Ha preferido no verme, ni comunicarse conmigo. La promesa de que no nos volveríamos a ver la está cumpliendo a rajatabla y eso me enloquece.

—Velasco —saluda, sin rodeos—. Tengo el informe final.

Me recuesto en la silla y cruzo los brazos.

—Escucho.

Di Grasso hojea unas páginas fuera de cámara y luego fija la vista en mí.

—Voy a ser muy sincero. La gestión es perfecta, pero, hemos detectado fugas de dinero.

El silencio que tras sus palabras me parece eterno. Parpadeo lentamente.

—¿Qué clase de fugas?

—Movimientos irregulares, desviaciones en cuentas que no deberían existir y cantidades que no tienen justificación dentro del balance del hotel. Todo nos lleva a una cuenta en Suiza.

Mis dedos se tensan sobre la mesa.

—No, no puede ser —balbuceo. Esto no puede estar pasando.

Di Grasso sigue hablando, pero ya no lo escucho. Solo hay una frase retumbando en mi cabeza: Valeria tenía razón. ¿Se habrá alejado por eso?

—¿Y qué consecuencias crees que va a tener?

—Bien, los inversores todavía no lo saben. Si logras averiguar a qué se debe y poner remedio, quizá aún puedas hacer la ampliación con ellos. Pero si el motivo es grave, ya puedes olvidarte de la remodelación.

CAPÍTULO 19

Valeria

Regresar a Roma debería ser un alivio para mí. Después de semanas atrapada entre las paredes del Hotel Velasco Como, donde su presencia y la sombra de lo que compartimos era constante, volver a mi apartamento me parece la decisión correcta. No hay ni rastro de él aquí, nada que me recuerde el calor de su piel o la gravedad de su voz. En este entorno soy solo Valeria Esteve, auditora financiera y mujer independiente, sin ataduras ni pactos rotos. Sin embargo, si eso es cierto, ¿por qué siento este peso en el pecho desde que subí al avión?

El taxi me deja en la puerta de mi edificio, en una calle adoquinada cerca de Piazza Navona. La tarde se va desvaneciendo y la luz del atardecer se cuela entre los edificios antiguos, bañando la ciudad con un resplandor cálido que me hace sentir en casa. Roma está en su punto álgido, con turistas paseando, terrazas repletas de gente y motos zumbando en cada esquina. Puede parecer abrumador, pero a mí, en este momento, me hace sentir segura. Esta es mi casa.

Subo las escaleras con el equipaje a rastras, porque el ascensor sigue sin funcionar. Todo aquí es tan mío y tan cotidiano, que no debería echar de menos al lago Como. Pero lo primero que hago al entrar en mi apartamento es soltar las maletas en el suelo y quedarme de pie en medio del salón, con la respiración contenida.

No siento el alivio que esperaba. «Quizá sea pronto», me consuelo.

Debería estar feliz. He vuelto a mi casa, a mi cama y a mi espacio. Puedo caminar descalza sin miedo a que alguien irrumpa en mi *suite* sin aviso, puedo dormir sin sentir el peso de su mirada en cada rincón del hotel. Pero cuando me giro, el reflejo en la puerta de cristal del balcón me golpea de lleno. Estoy sola.

Suspiro y me obligo a ponerme en marcha. Deshago la maleta, pongo música, enciendo velas en la mesa de centro y hago todo lo que normalmente haría después de un viaje largo. Intento volver a mi vida tal y como la dejé. Pero Fabio está en todas partes, porque no he conseguido dejar su recuerdo en Como.

Lo siento cerca hasta en el frío de mi cama que, siendo la misma, ahora me parece demasiado grande y vacía. Y sé que su recuerdo persiste en cada minuto en que me sorprendo mirando el móvil, esperando un mensaje que sé que no va a llegar. Porque solo éramos las dos partes de un trato que ha roto antes de concluirlo.

Cuando la desesperación empieza a trepar por mi piel, hago lo mismo que hice en Milán: salir y buscar una distracción para mi cuerpo que aleje al Fabio que se ha instalado en mis pensamientos.

Llamo a Isabella.

—He vuelto a Roma. ¿Estás por aquí? Dime que sí, necesito salir.

—Sí, Val. Estoy en Roma también, y aburrida como un gato enjaulado. Me han dado dos semanas de vacaciones y no tengo nada planificado. ¡Fíjate que pensaba visitarte en Como! Pero si ya no estás, plan imposible —ríe—. Iba a llamarte esta semana. ¿Has vuelto antes?

—Sí. Lo que queda de este contrato puedo hacerlo desde la oficina. ¿Quedamos? Necesito ir de caza, ya sabes.

La risa de Isabella se oye por el auricular, una mezcla de burla y comprensión.

—Déjame adivinar: sigues pensando en él. No es propio de ti esta urgencia.

—No.

—Mentira.

Aprieto los dientes.

—¿Me vas a acompañar o no? Sabes que no me importa ir sola, como hice en Milán.

—Obvio. Pasa por mi casa en media hora. Ponte algo impresionante, que me han recomendado un sitio nuevo cerca de aquí.

Cuelgo y me dirijo al armario con el firme propósito de distraerme. Si Isabella tiene razón en algo, es que no hay mejor forma de olvidarse de un hombre que con un vestido espectacular y un par de copas bien servidas.

Elijo el vestido negro que compré con ella en Milán, ceñido en la cintura, con tirantes finos y un escote sutil en la espalda. Me recojo el pelo en un moño desenfadado, y dejo algunos mechones sueltos para suavizar el rostro, con un maquillaje suave, que me quite el gesto de la auditora implacable. Elijo tacones altos, pendientes dorados y un poco de perfume.

Cuando me miro en el espejo, me veo hermosa, sexy y dueña de mí misma. Y aun así… no me siento como la Valeria de antes. Respiro hondo, meto lo fundamental en un bolso pequeño, y salgo.

La recojo en su casa y caminamos hasta un bar cerca del Trastevere, un lugar moderno con luces tenues, una barra elegante y un DJ que mezcla canciones suaves con un ritmo sensual. Isabella está impecable como siempre, por algo es modelo, con su melena oscura cayéndole sobre los hombros y un vestido de Versace espectacular. Nos pedimos dos copas de vino cuando el camarero se acerca y aprovechamos para hacer un recorrido visual por el local y sus clientes.

—Estás deslumbrante —dice con una sonrisa felina—. Si Velasco te viera, se arrepentiría de haberte dejado escapar.

Me remuevo en el taburete y cojo la copa que nos acaban de servir.

—No quiero hablar de él.

—No hace falta. Lo llevas escrito en tu cara.

Bebo un sorbo largo, deseando que el vino me relaje e intento disfrutar.

—Vale, como tú digas. No te lo puedo ocultar, pero déjalo. Si salgo hoy, con lo agotada que estoy del viaje, es para olvidarme de él.

—Tranquila. Seguro que aquí encontramos ese clavo que necesitas esta noche.

Hablamos de cosas triviales. De su último trabajo como modelo, de sus planes de viaje, de lo insoportables que son los hombres en general. Se ríe, me hace bromas, y por un momento, creo que esto está funcionando.

Hasta que un hombre se acerca a nosotras en la barra. Es alto, atractivo, con una sonrisa relajada y una copa de whisky en la mano.

—Buenas noches, señoritas.

Isabella le devuelve la sonrisa con coquetería, pero yo ni siquiera lo miro.

—Buenas noches —responde ella.

Él se gira hacia mí.

—¿Puedo invitarte a una copa?

Me obligo a alzar la vista.

Es guapo. Realmente lo es. Lleva un traje bien cortado, tiene los ojos oscuros y la voz grave. Debería ser suficiente para mí, pero no lo es, porque no es Fabio. Siento una especie de rechazo en mi pecho.

—Ya tenemos una —digo alzando mi copa de vino.

Él parece sorprendido, pero se lo toma con elegancia. Roza mi brazo y el vello se me eriza.

—Tal vez más tarde —susurra junto a mi oreja. Normalmente ese gesto hace que el deseo recorra mi cuerpo, pero no ocurre nada de eso.

—Tal vez nunca —respondo sin sonreír.

Cuando se aleja, Isabella me observa con una ceja arqueada.

—Valeria, no puedes seguir así.

—Estoy bien.

—No. ¿El tío está como un tren y lo rechazas? Esta no eres tú. Creo que estás comparando a todos los hombres con él.

No respondo.

—No hay nadie como Fabio Velasco, ¿verdad?

El nudo en mi estómago se aprieta.

No, nadie me ha tocado como él, ni me ha mirado de la forma en que él lo hacía, ni me ha hecho sentir lo que él me hacía sentir.

Me pongo de pie de golpe, con el corazón latiéndome en la garganta.

—Me voy a casa. Esto no ha sido buena idea.

Isabella suspira, pero no insiste. Salimos juntas hasta la puerta de su casa, donde nos despedimos. Camino por las calles de Roma con los tacones resonando contra la piedra, con el aire nocturno acariciándome la piel, y la sensación de que algo dentro de mí está a punto de romperse.

Cuando llego a mi apartamento y cierro la puerta, me apoyo contra la madera y cierro los ojos.

El silencio me sobrecoge y, en medio de esa calma, lo único que escucho es su voz en mi cabeza, llamándome por mi nombre en la penumbra. El vacío es tan intenso que me arrastra, porque ahora lo sé: no quiero a otro, lo quiero a él.

Me he enamorado de un imposible.

CAPÍTULO 20

Fabio

El descubrimiento llega como un golpe directo al estómago en una pelea, que te coge desprevenido. La mañana comenzó como cualquier otra desde que Valeria se había marchado: tediosa, lenta y con una sensación de vacío que no desaparecía ni con el café más cargado. Pero esa monotonía terminó en el instante en que encontré los documentos que Sofía había dejado sobre mi escritorio.

Movimientos sospechosos y cantidades que no cuadraban. Recorro los números con el ceño fruncido, repasando cada transacción como si pudiera borrar lo que estoy viendo. Pagos regulares que llevan años ocurriendo en silencio, bajo una cuenta cifrada vinculada a un banco en Lugano, Suiza. Todo perfectamente disimulado… excepto para alguien que escarba a fondo, como Valeria. Una cuenta cuyo titular no reconozco: Matteo Biacco, pero sí a la persona autorizada: mi madre. Me quedo tan sorprendido que no sé qué decir. ¿Para qué y con qué fin? ¿Por qué nadie se dio cuenta antes? De alguna manera que ignoro todavía, mi madre logró meter esa cuenta entre las remesas habituales para que pasara desapercibida. Pero, ¿quién es ese tal Matteo?

Dejo los papeles sobre la mesa con un golpe seco y me paso una mano por el pelo. No lo entiendo. Mi madre nunca ha gestionado nuestras finanzas. Siempre ha estado al margen de todo lo relacionado con el hotel o el dinero. ¿Por qué, entonces, está enviando esas sumas? Todos los meses la misma cantidad. Es muy extraño.

Esto no tiene sentido. Mi madre nunca ha mostrado interés en los negocios de la familia. Siempre ha sido el pilar emocional, la figura cálida que equilibraba la rigidez de mi padre y la obsesión por el éxito que heredé de él.

Pero los datos no mienten. Los movimientos en las cuentas, las transferencias periódicas a una cuenta desconocida, todo indica que ella es la responsable y debo aclararlo.

Me levanto bruscamente, camino hasta el ventanal y miro el lago Como extendiéndose en la distancia, sereno e imperturbable. Ojalá mi cabeza estuviera igual.

El teléfono sobre la mesa vibra y me saca de mis pensamientos. Es Sofía.

—¿Has visto los informes? —pregunta sin preámbulos.

—Sí.

—Entonces ya sabes que esos movimientos llevan años ocurriendo. ¿Has hablado con tu madre?

Me tenso. Todavía no puedo creer que esto tenga que ver con ella. Pero los números no

mienten.

—Todavía no. Lo haré hoy. Por favor, Sofía, sé discreta.

Cuelgo antes de que pueda decir algo más y salgo del despacho con pasos firmes. Bajo por la escalera de mármol que conduce al garaje y le pido al chofer del hotel que me lleve a la villa de mis padres. Cuando llegamos, salgo deprisa sin ni siquiera cerrar la puerta y entro en la casa familiar. El aire en el pasillo es fresco, impregnado del suave aroma a lavanda que siempre parece seguir a mi madre a todas partes.

La encuentro en el salón, sentada junto a la ventana, con un libro abierto sobre el regazo y una taza de té en la mano. El cuadro perfecto de la elegancia y la serenidad.

—Fabio, cariño —dice con una sonrisa cuando me ve entrar—. No sabía que vendrías a verme a esta hora y entre semana. ¿Todo bien?

Me detengo frente a ella, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Tenemos que hablar.

Su sonrisa vacila un poco.

—Claro. ¿Qué ocurre?

No le doy ningún rodeo al asunto y planteo la situación sin paliativos.

—Quiero saber por qué has estado desviando dinero de las cuentas del hotel. He encontrado unas transacciones que llevan años realizándose desde una cuenta vinculada a ti. Grandes sumas de dinero enviadas a Suiza. ¿Qué estás haciendo, mamá?

La expresión de mi madre cambia. El color abandona sus mejillas y sus labios se tensan. Baja la taza con cuidado sobre la mesita y junta las manos en el regazo. Su aparente calma me pone más nervioso.

—Fabio, no es lo que piensas.

—¿Entonces qué es? —doy un paso hacia ella. La furia que siento en mi interior comienza a desbordarse y subo el tono de voz—. ¿Qué has hecho, mamá?

—No pensé que te darías cuenta. Lo tenía todo muy atado.

—Pues lo he hecho. Bueno, en realidad no. Nunca salió a la luz hasta la auditoría. ¿Me lo explicas? ¿Estás metida en algún lío? Porque si necesitabas dinero, solo tenías que pedirlo, aunque no puedo imaginar para qué. —Sigo tan alucinado que no puedo creer que mi madre se haya visto involucrada en alguna deuda de juego o algo peor. Ella no es así, o ha disimulado muy bien.

Suspira y aparta la mirada hacia el ventanal, como si buscara las palabras adecuadas, antes de girarse a mí y hablar.

—Siéntate aquí conmigo, cariño. Verás, hace seis años, una mujer se presentó en mi despacho con un niño pequeño. Dijo que era tu hijo.

Mi cuerpo se tensa como un resorte y siento que el aire desaparece de mis pulmones. Un hijo. Mi hijo.

—¿Qué…?

—Me contó que tú y ella habíais tenido una aventura durante uno de tus viajes a Capri. Que habías roto con ella antes de saber que estaba embarazada. El niño tenía cinco meses en ese momento. Se parecía… se parecía mucho a ti.

El peso de sus palabras cae sobre mí como una losa.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —mi voz se quiebra, mientras me recorre una mezcla de incredulidad y rabia por todo el cuerpo. Creo que la sangre ha desaparecido de mis venas o que estoy viviendo una realidad paralela.

—Porque creí que te haría daño. Habías pasado por una mala racha en aquel momento, Fabio. Estabas centrado en el hotel y en reconstruir tu vida tras aquella ruptura tan dolorosa… No quería añadirte más problemas. Y ella tampoco me lo pidió.

Aprieto los puños. Esto es demasiado.

—Así que decidiste enviarle dinero a escondidas —le reprocho alzando la voz.

Ella afirma con la cabeza, sin añadir nada.

—¿Y ya está? No pensaste que querría conocer a mi hijo, ayudarle yo… No sé. Esto se me escapa, mamá. No lo entiendo. ¿Su madre no quiso que lo reconociera? Al menos eso, ¿no? Sería lo normal…

—Ni lo pensé. Lo hice para protegerte. Le ofrecí una pensión mensual a cambio de que no se acercara a ti ni al hotel. Quería mantenerte alejado de todo eso. Bastantes problemas tenías ya. Además, no me pareció mujer para ti. No hay nada peor que crear una familia que no deseas y tú te mereces una mujer que te haga feliz.

La escucho sin dar crédito a sus palabras. Todo me parece tan absurdo como mezquino. Me paso las manos por el pelo, tratando de procesar lo que acaba de decirme. Me quedo pensando en todas las posibilidades que pasan por mi mente como un tren a toda velocidad, y una idea me hace *click*.

—Mamá, ¿nunca investigaste si el niño era realmente mío?

—No. No quise abrir esa puerta. Además, ¿cómo iba a hacerlo? Una madre lo sabe, y ella dijo que…

La ira me recorre como un torrente imparable.

—¿Y si no lo es? ¿Y si has estado enviándole dinero durante seis años a una mujer que podría estar mintiendo?

Mi madre baja la mirada, avergonzada.

—¿Tú crees? Pa… parecía muy sincera… y el bebé tenía tus ojos… —solloza y a mí se me encoge el corazón. ¿Cómo ha sido tan ingenua?

Me giro hacia la ventana, con el corazón martilleando en el pecho. Esto lo cambia todo.

—Al menos sabrás su nombre.

—Sí, claro, era Gloria Biacco.

—No la recuerdo. Probablemente solo pasé una noche con ella. Si te dijo que tuvimos una relación, te mintió. Voy a buscarla —digo con decisión—. Y voy a exigir una prueba de paternidad. Si el niño es mío, me haré cargo. Pero si no lo es… esto se acaba aquí.

Ella asiente en silencio, pero puedo ver el dolor en sus ojos. No quiero herirla, pero no puedo quedarme al margen de lo que ha pasado.

Dos días más tarde viajo a Roma. No ha sido difícil localizar a Gloria, que vive en un barrio acomodado gracias al dinero que ha estado recibiendo durante años. Me recibe en la puerta con una sonrisa astuta, como si hubiera estado esperando este momento.

—Fabio Velasco. Qué sorpresa…

Su recuerdo viene de golpe a mi cabeza al verla en persona. Está igual que la última vez que la vi. Alta, elegante, con el cabello rubio perfectamente peinado y un vestido ajustado que no deja nada a la imaginación.

—Tenemos que hablar —digo con frialdad.

Me invita a pasar y me ofrece una copa de vino, que rechazo. Nos sentamos en el salón, y ella me observa con una mezcla de curiosidad y deseo evidente. Me sorprende su seguridad y me hace temer que realmente el niño sea mío, ya que de lo contrario tendría miedo de perder la asignación que mi madre le ha regalado durante seis años.

—¿A qué debo el honor?

Voy directo al grano.

—¿Por qué nunca viniste a mí directamente?

—No quería que me rechazaras —responde, sentándose en un sofá y cruzando las piernas con un gesto calculado—. Pero ahora que estás aquí, creo que podemos arreglar las cosas.

—Quiero una prueba de paternidad.

Gloria parpadea, pero no parece sorprendida. Su sonrisa se ensancha.

—Sabía que tarde o temprano querrías comprobarlo. Pero antes de hacerlo… ¿no te gustaría recordar lo bien que lo pasamos juntos?

Se inclina hacia mí, rozando mi brazo con delicadeza, pero retrocedo con un gesto brusco.

—No estoy aquí para eso.

Su expresión se endurece un poco, pero lo acepta.

—Pero, Fabio, por favor, no es solo una cuestión de pruebas. Podríamos volver a intentarlo… por el bien del niño. Cuando lo veas…

—Ni hablar.

—De acuerdo. Haré la prueba. Pero si resulta que Matteo es tu hijo… espero que estés preparado para asumir tu papel como padre, ya que hasta ahora no lo has hecho.

—Si estuvieras tan segura, no me lo habrías ocultado —zanjo con vehemencia—. Mi abogado

te avisará.

No confío en ella y no quiero estar ni un minuto más aquí. Me despido sin decir nada más. Pero mientras me marcho, con la promesa de realizar la prueba en los próximos días, hay un pensamiento que no puedo quitarme de la cabeza.

Valeria**.**

En medio de todo este caos, lo único que deseo es estar con ella, escuchar su voz, explicarle lo que nunca hemos hablado y sentirme acompañado en estos momentos tan difíciles. Ella sabía que las fugas eran cosa de mi madre y no me lo quiso decir, por no hacerme daño? Todo me da vueltas y siento que lo que creía seguro, ya no lo es, excepto una: Valeria. Porque, aunque no lo admito en voz alta… la echo de menos más que nunca. Descubrirlo me sacude como una ola helada en mitad del pecho.

El peso de la incertidumbre sobre la paternidad, el dolor que me ha causado el secreto de mi madre y la ausencia de Valeria se combinan en un torbellino que amenaza con arrastrarme.

CAPÍTULO 21

Valeria

El avión aterriza en Catania con un suave rebote sobre la pista y, por primera vez en semanas, siento que puedo respirar. He pasado los últimos días convenciéndome de que esto es lo mejor para mí. Lejos de Como, del Hotel Velasco y de él. Sicilia es un nuevo comienzo, una oportunidad para recuperar el control de mi vida y recordar quién soy sin la sombra de Fabio Velasco persiguiéndome a cada paso. Unos días en el paraíso siciliano para despejar mi cabeza y regenerar mi corazón. Insistí mucho a di Grasso en que me diera a mí esta auditoría para alejarme de todo lo ocurrido los últimos meses y dejé los informes del hotel de Fabio en sus manos.

Recojo mi equipaje con calma y salgo de la terminal, donde un coche me espera para llevarme al Resort Castello di Mare, el hotel que llevo auditando varias semanas desde la oficina, como requisito para aprobar la ampliación de capital que han solicitado. Según el informe preliminar, todo está en orden y solo hay unas gestiones que necesitan ser revisadas en el hotel, antes de que la ampliación de capital se someta a votación en la próxima junta de accionistas. Mi trabajo es sencillo: buscar si realmente algo no cuadra, acabar mi informe, hacer la presentación y largarme. Eso durante las horas de trabajo; el resto del día lo pienso pasar en la playa sin nada que hacer. Y la noche… Ya veré qué me pìde el cuerpo.

Me acomodo en el asiento trasero mientras el coche serpentea por las carreteras estrechas de la costa. Sicilia es diferente a Como. Aquí no hay la elegancia pulida de los hoteles de lujo del norte. En la isla todo es más rústico, más cálido, más salvaje. Los acantilados se elevan sobre el mar turquesa, el sol de la tarde colisiona en las fachadas de las casas de piedra, las buganvillas trepan por los muros con una belleza descarada que me asombra.

El paisaje me envuelve, pero mi mente sigue atrapada en otro sitio. Estoy pensando en él. Otra vez. Y no debería hacerlo.

No después de haber pasado más un mes sin verlo, de haber reconstruido mi rutina y de haber aprendido a convivir con el eco de su voz sin permitir que me rompa por dentro. No después de que me dejara ir sin una sola palabra. De vez en cuando me sorprende la pregunta de qué habría pasado si hubiéramos dejado entrar los sentimientos en ese dichoso acuerdo. Me pellizco en el brazo para recordarme que no debo ir por ahí. Lo mejor es olvidar.

Cierro los ojos y dejo que la brisa cálida entre por la ventanilla, para que me ayude a centrarme en el presente. Esto es lo que quiero. Un trabajo nuevo en una ciudad que no me recuerda a él y la energía del mar para sanarme.

El coche se detiene frente al hotel y, cuando bajo, una brisa con aroma a sal y limoneros me inunda las fosas nasales.

El Resort Castello di Mare es impresionante. No es un hotel al uso, sino un antiguo palacio siciliano restaurado que se extiende en varios niveles sobre un acantilado con vistas al mar. La piedra blanca reluce bajo el sol, las ventanas de madera oscura contrastan con las buganvillas que trepan por las paredes y, en la terraza principal, mesas de mármol están dispuestas bajo pérgolas cubiertas de parras. Es el tipo de lujo que parece eterno, de esos lugares cuyas piedras tienen historias que contar, y que te atrapa con cada sombra proyectada por un atardecer en calma. El paraíso.

Un hombre de traje claro y sonrisa amable me recibe en la entrada.

—Señorita Esteve, bienvenida. Soy Paolo Ricci, gerente del hotel. Es un placer tenerla aquí.

Aprecio su sonrisa profesional y la amabilidad sin esfuerzo de quien está acostumbrado a tratar con huéspedes exigentes.

—Gracias, señor Ricci.

—Hemos preparado una suite para usted en la segunda planta, con vistas al mar —continúa Ricci—. Si hay algo que necesite, no dude en pedírmelo.

Nos adentramos en el vestíbulo, donde la arquitectura clásica se combina con detalles modernos. Suelos de mármol envejecido, techos altos con vigas de madera y una iluminación cálida que da al ambiente un aire acogedor. Todo en este lugar está diseñado para seducir a los sentidos.

Él, con una cortesía impecable, me guía a través del salón, donde techos blancos y suelos de terracota añaden un aire de elegancia antigua al lugar. Todo está cuidado hasta el último detalle.

Y, sin embargo… algo me tiene nerviosa. A pesar de la perfección del entorno y de la calidez del lugar, hay una sensación extraña en el ambiente. Una inquietud sutil que no sé de dónde viene.

—Gracias, señor Ricci —retomo la conversación mientras camino a su lado—. Solo necesitaré acceso a toda la documentación contable, registros de inversión y previsiones de expansión.

Ricci mantiene su expresión neutra.

—Por supuesto. Nuestra directora financiera se reunirá con usted mañana. Hasta entonces, siéntase como en casa.

Cuando llego a mi habitación, dejo la maleta a un lado y camino hasta el ventanal. La vista es impresionante. Desde aquí puedo ver la terraza principal, con mesas dispuestas bajo pérgolas de madera y, más allá, el mar extendiéndose en una línea infinita hasta el horizonte.

Esto no tiene nada que ver con Como y eso es justo lo que necesito.

Después de una ducha caliente y un par de horas revisando correos y documentos preliminares, decido bajar a cenar. El hotel tiene dos restaurantes: uno más formal en la planta baja y otro más relajado junto a la piscina, con vista directa al mar. Me decanto por el segundo.

Me instalo en una mesa apartada, con una copa de vino blanco frío en la mano, y observo el ambiente a mi alrededor. Hay parejas conversando en susurros, grupos de amigos riendo bajo las luces tenues, turistas que disfrutan de la brisa marina con copas de cóctel en la mano. Sin duda,

el hotel va bien. Me imagino que gracias a una conocida serie de televisión que ha incitado a muchos viajeros a visitar esta isla, aunque la realidad la conoceré mañana; los números nunca mienten.

En medio de todo eso, aunque esté sola, noto que alguien me observa. Levanto la vista y me encuentro con un hombre al otro lado de la barra que me sostiene la mirada con una intensidad calculada. Es atractivo. Su piel es morena, imagino que dorada por el sol, de pelo oscuro ligeramente despeinado y lleva un traje de lino azul claro que le da un aire de elegancia con estilo. Mi cuerpo reacciona, aunque menos de lo que hubiera esperado. No importa. El desconocido se acerca a mi mesa con su copa en la mano, y una parte de mí se tensa. Quizá no acabe sola la noche.

—Perdona la intromisión, pero no podía dejar que tomaras una copa tú sola sin compañía.

Su italiano es fluido, con un leve acento que no reconozco. Sonríe con confianza, pero sin arrogancia.

Levanto una ceja, divertida.

—¿Y cómo sabes que quiero compañía?

—Si la prefirieras, no estarías aquí sola, eso es seguro. —Señala hacia la barra con un leve gesto—. Tampoco has mirado el móvil ni una sola vez desde que llegaste. Eso significa que no esperas a nadie.

Lo evalúo con la mirada. Es observador. Quizá demasiado**.**

—A lo mejor es que simplemente disfruto de la tranquilidad.

—Entonces te prometo que no hablaré demasiado. —Deja su copa en la barra y extiende la mano—. Vittorio Conti.

Dudo un segundo antes de estrechársela.

—Valeria Esteve.

Su sonrisa se ensancha.

—Valeria… Un nombre muy bonito para una mujer que parece demasiado seria.

—Depende de con quién esté.

—Entonces espero estar en la categoría correcta para tener una sonrisa tuya.

Antes de que pueda responder, el camarero se acerca y Vittorio le hace un gesto para que le sirva otra copa de vino.

—Si me permites invitarte a una copa, prometo que no haré más preguntas personales.

Inclino la cabeza, fingiendo que lo considero, aunque en realidad lo que intento es analizarme a mí misma. ¿Quiero saber adónde me lleva esto? Porque ni Fabio ni nadie está en mi vida y soy libre, porque he venido a vivir el presente, porque esto es lo que debería hacer: seguir adelante. Y, sobre todo, porque quiero olvidar.

Y aun así, cuando acepto la copa y brindo con Vittorio, hay algo dentro de mí que no encaja.

Porque, por mucho que intente aparentar lo contrario, ningún hombre me ha mirado como lo

hacía Fabio Velasco. No obstante, le sigo el juego.

—Te la acepto. Un poco de conversación nunca viene mal. ¿Tu primera vez en Sicilia?

—No. —Se acomoda en el taburete que hay junto a mí y apoya el codo en la barra. La camisa se desplaza levemente y deja a la vista una parte del pecho. Un estremecimiento me recorre el cuerpo—. Estoy aquí por trabajo. Soy uno de los accionistas mayoritarios del grupo hotelero dueño del *resort* y mañana tenemos una reunión.

—¡Ah! —Maldigo mi suerte, otro hotelero. Mejor me acabo la copa y me voy a dormir. Me espera mucho trabajo Ya es casualidad que yo sea la auditora del asunto que sé que van a tratar, pero me lo callo.

—¡Vaya, eso suena…!

—¿A tipo con pasta? Si es lo que piensas, sí. —Suelta una sonora carcajada que me saca una sonrisa—. Aunque suene arrogante, es la pura verdad. Y conste que no lo digo para ligar. No quiero mentirte. ¿Y tú? ¿De vacaciones… sola?

—También estoy aquí por trabajo. —Decido decir parte de mi verdad, ya que él ha sido sincero. Me acerco con una actitud seductora, para que sepa lo que se va a perder, y le susurro—: he venido a auditar las cuentas de este hotel. ¿Qué te parece?

Me separo y sonrío al ver la cara de asombro que se le ha quedado.

—¿Tú? ¡Vaya, vaya…!

Me mira comiéndome con los ojos. Pienso que la que se lo va a perder soy yo. Ese pensamiento me hace sonreír.

—¿Qué? —contesto—. ¿Te sorprende?

—Sí, no pensaba que fueras la auditora enviada por Di Grasso.

—Me decepcionas, Vittorio. No sé qué estás pensando, pero seguro que no me va a gustar —no dejo de sonreír para que vea que no me molesta en realidad. Si es el típico que juzga por el físico, ya me ha perdido.

—Pienso que debes de ser una mujer maravillosa.

—Gracias por la copa y por el cumplido. Espero hacer bien mi trabajo para que toméis la mejor decisión.

Me levanto, y le tiendo la mano para despedirme. Él la toma, tira de mí y me deja un leve beso en la mejilla.

—Buenas noches, *bellísima*. Te permito que sueñes conmigo —guiña el ojo al decirlo—. Espero verte mañana por el hotel.

Cuando llego a la habitación cinco minutos después, un botones me alcanza y me entrega un pequeño ramo de flores. Al entrar, leo en la tarjeta «Dulces sueños, cara mía. Vittorio».

CAPÍTULO 22

Fabio

El coche recorre la carretera sinuosa que se abre paso entre los acantilados de la costa siciliana, mientras intento concentrarme en lo que me espera en el Resort Castello di Mare. Llego tarde a la reunión de accionistas, después de una semana infernal entre Roma y Como, tratando de desentrañar lo que mi madre ocultó durante años. Respiro al pensar que ese tema está resuelto gracias a Valeria. Ella es la que permanece en mis pensamientos y no en la reunión del hotel.

Sé que no debería ser así, que ya tendría que haberla olvidado. Hace más de un mes que no la veo y, sin embargo, todas las noches su recuerdo sigue clavándose en mi piel. Cada vez que cierro los ojos, la veo. Cuando miro mi móvil, pienso en llamarla. Si una mujer me sonríe con intención, mi cuerpo reacciona con desinterés porque no es Valeria. ¡Cómo lamento haber tenido la idea del maldito pacto! Si es cierto que mi primera idea era tener solo sexo con ella como la noche en que la conocí, algo nuevo despertó su cercanía y no lo supe ver en su momento. Pero ya está todo perdido y lo más sensato es seguir con mi vida tal y como era antes de conocerla.

Cuando el coche se detiene en la entrada principal del hotel, la brisa marina me envuelve con su aroma a sal y sol. El Castello di Mare es impresionante, un hotel con historia, con clase, con una presencia imponente sobre el acantilado. El lugar ideal para lo que estoy planeando: la expansión de mi *resort* en Como inspirada en este concepto único. No solo vengo a participar en la reunión de accionistas; también a tomar ideas para la ampliación de mi hotel ahora que cuento con el apoyo de los inversores.

Me bajo del coche y le entrego las llaves al servicio de aparcacoches.

—Lleven mis maletas a mi *suite*. —Ajusto el reloj en mi muñeca mientras me acerco al vestíbulo con pasos largos—. ¿Dónde es la reunión?

—En la sala de juntas, señor Velasco —responde el recepcionista con rapidez—. Justo al final del pasillo, a la izquierda. Ya están todos dentro.

Me dirijo allí sin perder tiempo, con el móvil en una mano y el maletín en la otra. No tengo ni un minuto de margen. Maldita sea. Últimamente, siempre llego tarde a todo.

Cuando empujo la puerta de la sala de juntas, siento que todas las miradas se giran hacia mí, pero yo no miro a ninguno de mis colegas. Me dirijo con rapidez al único sitio libre en la mesa.

—Mis disculpas por la tardanza.

Tomo asiento en la butaca que hay tras el cartelito con mi nombre. Me paso una mano por el cuello, tratando de liberar la tensión. Ha sido una semana de mierda. Cierro los ojos un segundo para ordenar mis ideas, y cuando los abro de nuevo…

La veo.

Valeria.

Está sentada al otro lado de la mesa, junto al gerente del hotel. Viste una blusa blanca impecable, ceñida en la cintura, y unos pantalones de lino azul oscuro que abrazan sus caderas de la forma en que me gustaría hacerlo yo ahora mismo. Está tal y como la recuerdo: profesional, elegante, bella e inalcanzable.

Y el golpe que recibo en el pecho al verla me deja sin aire.

Mis ojos la recorren con una intensidad que no puedo controlar, pero ella no se inmuta. No hay ni un solo atisbo de sorpresa en su rostro. Solo me mira con la misma serenidad de siempre, como si mi presencia no le afectara en absoluto. Como si lo nuestro nunca hubiera existido.

La reunión comienza, y yo intento centrarme en lo que dicen. El gerente expone los avances del hotel, los números, las proyecciones de crecimiento. Hablan del alcance de la ampliación de capital y de la auditoría que se está llevando a cabo para garantizar la viabilidad del proyecto. Palabras, cifras, informes.

Pero yo solo la miro a ella.

¿Cómo demonios ha acabado aquí? No me paré a pensar en que podía ser su empresa la encargada de la auditoría. Di por hecho que sería una firma siciliana.

Cuando la reunión termina, algunos accionistas se quedan en la sala comentando detalles sobre la inversión, otros se dispersan por el vestíbulo en pequeños grupos. Intento salir, pero varios colegas me interceptan para hacer preguntas sobre el hotel en Como, sobre la fusión de conceptos, sobre la rentabilidad a largo plazo.

Respondo con la paciencia de un hombre que quiere acabar con la conversación cuanto antes. Porque en mi fuero interno solo crece una idea: necesito verla.

Cuando, por fin, logro liberarme, cruzo el pasillo con pasos largos. Pregunto por las oficinas del equipo financiero y me indican el ala derecha del edificio. Llego hasta el despacho donde sé que está ella. La puerta está abierta, pero Valeria no me ha visto aún.

Está sentada en un escritorio, con la mirada fija en la pantalla del ordenador, su dedo deslizándose lentamente por el borde del teclado. Concentrada, impecable y preciosa.

Me apoyo en el marco de la puerta y golpeo suavemente la madera con los nudillos. Ella levanta la vista con lentitud. Cuando nuestros ojos se encuentran, el tiempo se congela. Nadie dice nada. Pero sé que lo siente. Lo veo en la tensión, en la electricidad que se crea cuando estamos cerca y en el deseo que nos conecta.

—Creo que todavía me debes unas cuantas noches.

Ella no parpadea. Tampoco cambia de postura. No me da ninguna señal de que mi comentario le haya afectado. Hasta que veo cómo sus dedos se crispan ligeramente sobre la mesa. Se inclina hacia atrás en la silla, cruzando las piernas con calma, y apoya un brazo en el reposabrazos, observándome con una expresión neutral que me está matando.

—Si no me falla la memoria, fuiste tú quien terminó el trato, Velasco. No te debo nada.

Su voz es tranquila, sin atisbos de emoción. Y eso me vuelve loco, porque está jugando conmigo y lleva la carta ganadora.

Cierro la puerta tras de mí y camino hacia ella con paso lento.

—A ti no te falla la memoria, pero a mí falló el juicio.

Valeria deja escapar una risa taimada, sin apartar la mirada de la mía.

—¿Y qué pretendes ahora? ¿Recuperar lo que abandonaste? ¿No sabes eso de que segundas partes nunca fueron buenas? Rompiste el pacto, no hay nada más que hablar.

Me inclino sobre la mesa, reduciendo la distancia entre nosotros, sin apartar la mirada de sus ojos que lanzan llamas hacia mí.

—Lo que pretendo, cara mía… es que me mires a los ojos y me digas que no me has echado de menos.

Silencio.

Sus labios se entreabren, y por un instante creo que va a responder, pero la respuesta nunca llega. No puede mentirme. Ha intentado fingir que me ha olvidado, que todo quedó atrás, pero su cuerpo la traiciona y delata lo que sus palabras se niegan a admitir. Lo veo en la forma en que su respiración se acelera, en cómo aprieta los labios antes de responder y en la manera en que su mano se cierra alrededor del bolígrafo, como si aferrarse a algo físico pudiera evitar que caiga en este abismo otra vez.

—No deberías estar aquí, Fabio. Acepté esta auditoría para olvidarte. —Su voz suena más grave de lo normal y a mí me conmueve su sinceridad. Si necesita olvidarme es que sigue pensando en mí, y eso me da esperanza.

Me enderezo lentamente, deslizando la mirada por su preciosa cara.

—Y, sin embargo, aquí estamos. Sin quererlo ninguno de los dos, sin saber que nos íbamos a encontrar. ¿Puedo llamarlo destino?

Su mandíbula se tensa.

Pienso en si debería irme y dejarla tranquila para que decida, pero no puedo porque veo que sus ojos me están diciendo lo que sus labios no se atreven a pronunciar. Nos quedamos en silencio un momento más, con la tensión vibrando en el aire entre nosotros. Hasta que Valeria se pone de pie con la misma elegancia de siempre y recoge sus papeles.

—Tengo trabajo que hacer. Los accionistas no me pagáis para que esté de charla, además sabes que si eres parte interesada, te podrían acusar de querer manipularme. Ya deberías tener experiencia en eso —se jacta recordando lo que pasó en Como.

Se mueve hacia la puerta, con la intención de pasar junto a mí.

Pero cuando está a punto de cruzar el umbral, le bloqueo el paso.

—Valeria…

Ella levanta la vista con rapidez, con la respiración contenida. Y en ese segundo lo comprendo con absoluta certeza. Valeria no ha dado esto por terminado. Ella no ha renunciado a lo que hay entre nosotros. Y yo tampoco.

—Esto no ha acabado —le susurro.

Valeria no responde. Solo me mira, con los ojos brillando bajo la luz tenue del despacho. Baja la mirada, me da la espalda y se aleja. Pero sé que va a volver. Porque este juego aún no ha terminado. Y yo no pienso dejarla escapar otra vez.

CAPÍTULO 23

Valeria

Huyo a mi *suite*, porque no sé dónde meterme. Cuando cierro la puerta de mi habitación, me dejo caer contra la madera con un suspiro tembloroso. He conseguido mantener la calma. He fingido a la perfección que su presencia no me ha afectado y he sido capaz de controlar mis gestos, mi voz y mi respiración. Pero un minuto más y me habría derrumbado. Un minuto más y lo habría deseado allí mismo, en ese despacho, sobre la mesa, con la puerta entreabierta y el riesgo de ser descubiertos. Porque su mirada me quema aún como la primera vez.

Cierro los ojos con fuerza, respiro hondo y camino hacia el baño. Necesito agua fría. Abro el grifo y dejo que el chorro helado corra sobre mis muñecas, esperando que la sensación me despeje la mente. Luego me mojo la nuca y el cuello. Pero el problema no está en mi piel. No es el calor, ni el deseo, ni es la química inevitable entre nosotros. Es todo eso junto y más. Es lo que Fabio Velasco provoca en mi alma.

Me incorporo y me miro en el espejo. Mi reflejo me devuelve la imagen de una mujer confundida, de alguien que ha pasado más de un mes repitiéndose que debía olvidar, pero que ha descubierto que nunca lo hizo.

—Mentirosa… —susurro.

Porque es la verdad. Me he mentido a mí misma. Fabio se ha colado a través de mi piel y va a ser muy difícil ignorarlo.

El agua gotea por mi cuello y por mi clavícula, empapando la tela fina de mi blusa. Suspiro y me seco con una toalla antes de salir al dormitorio.

No debería estar aquí. No debería haber aceptado esta auditoría. Pero, ¿cómo iba a saberlo?

Me siento en el borde de la cama, con las manos entrelazadas sobre las rodillas, mirando un punto fijo en el suelo.

No he querido saber qué pasó con lo que descubrí en la auditoría del Hotel Velasco Como. Podría haber preguntado a Di Grasso, pero no lo hice. Le pedí que no me dijera nada más allá de que estaba solucionado y que mi parte del trabajo había terminado. No quería saber más de Fabio ni de su familia. Lo que hiciera su madre no es de mi incumbencia.

Y, sin embargo, aquí estoy, a unos pasos de él por culpa de un destino que parece querer que sufra. ¿Es una prueba? Me río de esa idea tan estúpida. Soy una mujer de números, para mí todo debe cuadrar, tener un porqué. Nada es por casualidad y si el universo tiene un plan, es de un humor pésimo.

Me paso las manos por la cara y respiro hondo. ¿Qué demonios voy a hacer ahora?

Una idea pasa por mi cabeza: lo fácil sería retomar lo que tuvimos. Dejarme llevar. Cien noches, o las que queden, y disfrutar de nuestros cuerpos sin sentimientos ni promesas. ¿Fue eso lo que me quiso proponer hace un rato?

Pero sé que no es buena idea, porque cuando nos separemos, va a doler mucho más. Y no quiero ese dolor.

Me levanto con determinación y me arreglo la ropa al comprobar que la camisa ya se ha secado. Tengo trabajo que hacer y ahora sí que me conviene acabarlo cuanto antes para irme de aquí. No puedo dejar que me busque y esta noche me atrape en su órbita otra vez.

Salgo de la habitación y me dirijo al despacho del gerente con quien había quedado en reunirme. Me concentro en lo que realmente importa: los números, los balances y los movimientos de capital. Me sumerjo en los informes, en las preguntas clave y en la auditoría. Me obligo a no pensar en Fabio y lo consigo, al menos hasta que la reunión termina y mi jornada laboral también. Regreso a la habitación y me cambio de ropa para salir a la terraza de la piscina, buscando aire y relax en una de las tumbonas.

Es tarde. El sol se ha ocultado tras el horizonte, pero el cielo aún tiene ese tono anaranjado que colorea la superficie del agua. La brisa marina acaricia mi piel y, por un momento, el murmullo de la piscina y el ronroneo de las conversaciones de los huéspedes me relajan.

Camino hasta la barra del bar junto a la piscina, dispuesta a pedirme un Aperol Sprizt, cuando veo a Vittorio**.** Está apoyado en la barra, con el porte elegante que le da una camisa de lino blanca y unos shorts en color beige, y con una copa de vino en la mano. Me sonríe en cuanto me ve.

—Buenas tardes, bella Valeria.

Sonrío sin pensarlo demasiado. Me cae bien. Me gusta su actitud despreocupada, su manera de moverse con seguridad y de mirarme con aprecio sin que parezca un juego de poder o, lo más probable, de seducción.

—Buenas tardes, Vittorio.

—¿Qué te trae hasta aquí? ¿Has venido a buscarme o ha sido el destino?

Río con suspicacia y me acomodo en el taburete a su lado con un gesto sensual.

—Lamento decirte que no he venido a buscarte, pero voy a empezar a creer en el destino.

Vittorio choca su copa con la mía.

—Brindemos por eso.

Bebemos en silencio unos segundos, mientras el ambiente alrededor se llena de murmullos y música suave. Es una noche perfecta para olvidarme de Fabio al menos, para intentarlo.

—¿Cómo ha ido el día? —pregunta Vittorio.

—Largo, interesante y lleno de sorpresas.

Él ladea la cabeza con curiosidad.

—¿De qué tipo? Porque en la reunión de accionistas no hubo nada de interés. Fue tan aburrida como todas.

Antes de que pueda responder, siento que el aire cambia. Es como si una presencia invisible hubiera alterado la atmósfera. Mi piel se eriza antes de siquiera girarme, porque sé que está aquí. Me tenso. Tanto que Vittorio lo nota.

Y entonces una voz grave rompe el aire**.**

—¿Interrumpo algo, Conti?

Mi pecho se contrae al reconocer la voz de Fabio. Cierro los ojos un segundo antes de girarme. Está ahí, al otro lado de la barra, y nos observa con expresión seria. Pero su mirada está clavada en mí. Y arde.

Arde con algo que no sé si es celos, furia o deseo. O quizá las tres cosas.

Vittorio suelta una carcajada corta y se inclina en su taburete con la despreocupación de un hombre que sabe jugar bien sus cartas.

—No, Velasco. Solo estaba haciendo compañía a una dama que parece necesitarla. Puedes unirte si lo deseas.

Fabio no responde de inmediato. Su mandíbula se tensa. Sus ojos vuelven a los míos. Y yo intento que no lean lo que hay en mi interior. Pero es imposible. Creo que lo sabe.

De pronto pienso que Fabio me lee mejor de lo que yo me entiendo a mí misma. Y cuando sonríe con esa lentitud peligrosa, sé que las cartas de este juego están de nuevo sobre la mesa.

CAPÍTULO 24

Fabio

Camino hacia la barra con pasos tranquilos, pero por dentro todo en mí es un puto incendio. La escena que tengo delante me desagrada más de lo que nunca hubiera imaginado. Valeria y Vittorio Conti. Bebiendo juntos. Conversando con demasiada confianza y cercanía. Sonriendo el uno al otro como si el mundo girara solo para ellos.

No es que no lo esperara. Sé cómo es Vittorio. Hemos coincidido en más de una ocasión en eventos de la industria hotelera y, aunque no somos exactamente amigos, compartimos círculo. Lo suficiente como para saber que su *hobby* principal es seducir a mujeres hermosas con su estilo encantador de italiano adinerado, ese que finge no esforzarse demasiado, pero que lo tiene todo calculado.

Y ahora está con ella. Con la mujer que amo y deseo por encima de todo. Ahora lo sé; llevo demasiado tiempo conteniéndome, mintiéndome a mí mismo.

Respiro hondo antes de acercarme. No quiero ser el hombre que pierde la cabeza por celos, ni el típico tío que monta una escena en un bar de lujo, porque la mujer que le importa está con otro, cuando ni siquiera sabe si es recíproco, aunque lo sospecho.

Pero cuando Vittorio le dice algo en un susurro y ella sonríe, no hay aire que me haga contener la sangre que hierve en mis venas.

—¿Interrumpo algo, Conti?

Mi voz corta el aire como una cuchilla bien afilada. Valeria se tensa. Lo noto en la manera en que sus dedos envuelven con más fuerza la copa, en el parpadeo más largo de la cuenta antes de girarse del todo hacia mí.

Vittorio también nota el cambio en Valeria y sonríe, porque me conoce y lleva el suficiente tiempo con ella para saber qué ocurre. Es un hombre listo y perspicaz, con la sabiduría de la experiencia como seductor.

—No, Velasco. Solo estaba haciendo compañía a una dama que parece necesitarla. Puedes unirte si lo deseas.

Cruzo los brazos sobre el pecho y sostengo su mirada con la mía. No me gusta su tono, esa falsa cortesía que esconde un desafío implícito. Nos hemos visto en demasiadas fiestas, con demasiadas mujeres distintas, como para no saber lo que está pasando aquí.

Pero Vittorio no es estúpido. Observa a Valeria un segundo más, como si buscara algo en su expresión que le corroborara sus sospechas. Y cuando su sonrisa se inclina apenas hacia la ironía, sé que lo ha encontrado.

—Bueno, tengo asuntos que atender. Valeria, ha sido un placer. Nos vemos mañana en la

junta.

Toma su copa y desaparece con la seguridad de un hombre que sabe cuándo ha perdido una batalla. O cuándo aún puede ganarla más tarde, en su debido momento.

Valeria hace ademán de levantarse, como si pretendiera alejarse de mí también, pero no la dejo.

—No te vayas, por favor —le suplico.

Ella se detiene a medio movimiento, pero no se sienta. Me mira con cautela, como si estuviera midiendo hasta dónde está dispuesta a escucharme.

—Creo que no tenemos nada que decirnos.

—Por lo menos, podemos conversar como dos personas educadas que se encuentran en un hotel.

Cruza los brazos y aprieta los labios. Me observa con una mirada de hielo que me vuelve completamente loco.

—No es una coincidencia que estés aquí. ¿Qué haces en Sicilia, Fabio?

Exhalo, frotándome la nuca. No voy a esquivar la verdad.

—Tengo acciones en el Castello di Mare, como bien sabes. Además, estoy evaluando si usar este modelo como inspiración para la ampliación del Hotel Velasco Como. No tenía ni idea de que ibas a ser la auditora, con la de colegas tuyos que hay en Italia.

Ella me mira, seria, mientras sopesa mis palabras.

—Ni yo sabía que tienes intereses en este hotel.

—Sí. Los tengo.

—Fantástico. Otro sitio del que tendré que irme.

No sé por qué, pero su tono me molesta.

—No tienes que irte a ningún sitio. Es más, celebro haberte encontrado porque no he tenido ocasión de darte las gracias por ayudarme a descubrir lo que estaba haciendo mi madre.

—Siento no haberte dicho nada. Me pareció muy personal. ¿Lo arreglaste?

—Sí. Mi madre estaba desviando dinero a una cuenta en Suiza para ayudar a una mujer que la engañó.

—¿Qué dices? ¿Cómo pudo ser?

—Le contó que tenía un hijo mío. Me hice la prueba de paternidad y, por supuesto, no soy su padre. Lo organizó de manera que yo no me enterara porque sabía que me haría la prueba.

—Me alegro de que todo haya acabado bien. Ahora…, me voy.

—Valeria, espera…, una cosa más.

—¿Qué?

—Que te echo mucho de menos.

Ella me mira con escepticismo.

—No sé si creerte. Eso del pacto fue una estupidez y no quiero seguir con eso.

—No hace falta, solo, quédate conmigo.

—No puedo hacerlo —responde sin dar su brazo a torcer y ella ni se imagina las ganas que tengo de besarla, de acunar su cara entre mis manos y perderme en el fuego de su mirada.

—Valeria, ¿por qué? No pasa nada.

—Claro que sí. Tú eres parte interesada en la auditoría.

—Eso no tiene nada que ver con lo que haya entre nosotros.

—Claro que lo tiene, Fabio. Los demás accionistas pueden pensar que me manipulas para que el informe sea benévolo con tus intereses.

Se frota la sien y cierra los ojos un instante, como si intentara encontrar paciencia en algún rincón de su mente.

Yo solo la observo. Y lo veo claro. Está cansada. No solo de este juego, sino de luchar contra lo que siente. La verdad es que yo también. Así que me acerco un poco más, sin prisa y sin tocarla aún.

—Tienes razón. Lo del pacto fue una tontería. —Mi voz es más baja ahora e íntima—. Fue un error que no pensé bien.

Valeria abre los ojos y me mira, pero no dice nada.

—Es verdad que te he echado de menos de una manera que ni imaginas. No solo en la cama.

Sigue en silencio. Pero ahora sus ojos brillan. Me atrevo a tomar su mano entre las mías, enredando mis dedos con los suyos y un pinchazo de esperanza acelera mi corazón cuando ella no se aparta.

—Déjame en paz, Fabio.

Su voz es un susurro y me parece ver que se le humedecen los ojos. Ella apenas gira la cabeza para que no la vea. Y eso me da esperanza.

—No puedo.

—Déjame intentarlo al menos.

—No quiero.

Sus labios tiemblan y sé que está a punto de romperse. Así que decido darle espacio.

—Vamos a caminar. Hace una noche preciosa para pasear por la playa.

Ella me mira, sorprendida.

—¿Cómo dices?

—Solo un paseo, sin compromisos, ni reglas, ni promesas. Solo tú y yo.

Duda. Pero al final, acepta.

Salimos del bar y bajamos por un sendero empedrado que conduce a la playa privada del

hotel. El mar está en calma y las olas lamen la orilla con un ritmo pausado.

El aire es fresco a estas horas. Valeria se abraza a sí misma y, sin pensarlo, rodeo sus hombros con mi brazo para darle calor. No protesta. Solo baja la mirada y aprieta los dedos sobre sus codos. Caminamos en silencio, sin necesidad de palabras, porque todo está ahí: en el roce de nuestras manos y en el latido sincronizado de nuestros pasos. También en la forma en que su cuerpo se inclina apenas hacia el mío y que poco a poco se relaja hasta apoyar la cabeza sobre mi pecho.

La brisa marina le revuelve el cabello y yo no resisto la tentación de rozarlo con los dedos. Mi gesto hace que se detenga. Me giro levemente para quedarme frente a ella y le retiro un mechón de pelo que le roza la frente.

—Valeria…

No digo nada más, porque no hace falta. Levanta la cara hacia mí y me mira con esos ojos que lo dicen todo. Observo sus labios, tentadoramente entreabiertos. Su aliento choca contra el mío. Y entonces, como si no pudiera resistirlo más, se impulsa sobre la punta de los pies y me besa.

Es un beso lento, profundo, de esos que te anclan en el presente y no te dejan respirar. Un beso que sabe a rendición, a alivio, a todo lo que hemos intentado olvidar. Mis manos la envuelven, la atraen más cerca, para sentirla entera contra mí.

No tenemos prisa ni hay urgencia, porque solo hay un nosotros y la certeza de que esto nunca fue solo deseo. Cuando nos separamos, ella mantiene la frente apoyada en mi pecho, con los ojos cerrados.

—No puedo, Fabio. Esto va a dolerme otra vez y no quiero.

Acaricio su mejilla con suavidad y le dejo un beso en el pelo.

—No si esta vez lo hacemos bien. Valeria, siempre fuiste más que un acuerdo. De ese pacto absurdo, solo quiero romper una regla.

Ella respira hondo y me mira seria.

—¿Cuál?

—La promesa de separarnos al acabar las cien noches. Quiero cambiarla por una regla nueva, si estás de acuerdo.

—Sorpréndeme —dice con una media sonrisa.

—Que cuando lleguemos a cien, empecemos de nuevo, y que no sea solo las noches. También los días.

—Eso son dos —replica riendo.

—¿No puedes dejar de ser auditoria ni un minuto?

Valeria suelta una carcajada que me sabe a victoria y mi corazón se ensancha para acoger el suyo. Nos fundimos en un beso mucho más ardiente que el anterior y yo no puedo dejar de reír en mi interior, porque por primera vez, tengo la seguridad de que Valeria Esteve no es inalcanzable.

CAPÍTULO 25

Valeria

Cuando llegamos a la *suite*, la puerta se cierra tras nosotros con un *clic* sordo que suena más fuerte de lo normal. Tal vez porque este momento lo cambia todo: es un fin y un nuevo comienzo. Desde ahora, lo que va a pasar no es solo deseo. No es solo una pacto, ni placer, ni reglas rotas. Lo que hay es un nosotros.

Fabio me mira con sus ojos oscuros, ardientes, que tienen el poder de consumirme por dentro desde aquella primera vez en Milán. Pero esta vez, es diferente. Se acerca despacio, con cautela, en una especie de danza previa en la que me pide permiso y me da la oportunidad de detenerlo.

Por supuesto, no lo hago, porque no quiero detener este deseo que me consume, y lo dejo acercarse, a su ritmo. Cuando lo tengo delante, sus manos enmarcan mi cara con suavidad, y acaricia mis mejillas con una ternura que afloja todas mis tensiones. Siento que ahora, sin un pacto de por medio, todo es más relajado. La tensión se disipa cuando solo estamos él y yo.

—Valeria… —su voz es un susurro, que acompaña a la confesión hecha con los ojos. No necesito que diga nada más, porque yo también lo quiero.

Me inclino hacia él y lo beso como si este fuera el primer beso y también el último. Como si con ese contacto pudiera grabarlo en mi piel para siempre. Me gusta esta lentitud con la que nos reconocemos, porque ahora tenemos todo el tiempo del mundo.

Fabio suelta un gruñido bajo y me sujeta por la cintura, pegándome contra su cuerpo con una mezcla de fuerza y necesidad que me hace enloquecer. Pero no es solo deseo. Hay algo en la forma con la que desliza sus manos por mi espalda, en la manera en que mi nombre tiembla en sus labios entre beso y beso, que me hace saber que esta vez es diferente.

Que yo le importo.

Que esto no se acaba ni en una noche ni en cien.

Me toma entre sus brazos con facilidad y me lleva hasta la cama sin dejar de besarme, con la reverencia de un hombre que sabe que ya no hay vuelta atrás. Y yo no quiero que la haya.

Desabrocha mi camisa con delicadeza, dejando que mi piel se muestre centímetro a centímetro, y la deja caer por mis brazos. Sus labios se deslizan por mi cuello, mis hombros y mi piel desnuda, y me pierdo en él como si no existiera nada más en el mundo. Mientras me besa, subo su camiseta para que se la quite y le acaricio el pecho y el abdomen que sigue tan prieto como recordaba.

Fabio introduce los dedos por la cinturilla de mi pantalón y lo baja junto con la ropa interior. Ya no hay nada entre él y yo cuando se quita lo que le queda de ropa. Me toma de las manos y

me observa con devoción. Luego las sube a mis senos y los rodean antes de pasar la lengua por mis pezones, que reaccionan a su tacto. Vuelve a besarme el cuello tras dejarme caer en la cama, y sigue por mi estómago dejando un reguero de saliva hasta mi vértice. Observa mi pubis brillante y preparado para él y desliza su boca sobre mis pliegues húmedos por el deseo que me provoca. Jadeo al sentir la suavidad de su lengua y el tacto de sus dedos entrando en mí. Me saborea lentamente y creo que voy a estallar, agarrándome con fuerza a la sábana. Él sigue, muerde, lame, besa y sopla en mi sexo mientras yo creo que voy a desfallecer de placer. Cuando exploto y me deshago sobre la cama, él se alza hasta alcanzar mi boca. Nos besamos con intensidad mientras nos giramos hasta quedar encima de él. Me siento a horcajadas, y con suavidad dirijo su erección a mi entrada. Fabio masajea mis pechos mientras lo cabalgo disfrutando cada embestida, con una lentitud buscada que nos hace gozar y me lleva al límite. Cuando él está cerca del suyo, acelera los movimientos sin dejar de mirarnos. Nuestros sexos chocan una y otra vez haciéndonos gemir hasta que un orgasmo nos atraviesa a los dos.

Me tumbo a su lado, aún temblorosa, acalorada y más que satisfecha. La respiración entrecortada nos delata y nos hace reír. Una risa que nos contagiamos y que disipa toda la tensión que todavía podría haber entre nosotros.

Y entonces, lo siento: Fabio me hace el amor. No hay otra manera de describirlo. No es solo pasión. No es solo fuego. No es solo la promesa de cien noches de sexo. Es mucho más. Es ternura, es devoción, es entrega.

Es Fabio besándome con paciencia, acariciándome con adoración, susurrando mi nombre como si fuera una oración que lo calma. Es su respiración mezclándose con mi aliento, sus dedos entrelazándose con los míos, nuestros cuerpos moviéndose al mismo compás, en una danza que me quita la cordura y, sin embargo, me hace sentir segura.

Y cuando ambos nos dejamos caer sobre las sábanas, con los cuerpos aún enredados, con los latidos en un mismo ritmo, esa idea vuelve a mí persistente y clara.

Nunca fue solo deseo ni solo un trato. Siempre fue él.

Fabio me rodea con sus brazos, me atrae contra su pecho y esconde el rostro en mi pelo revuelto, respirándome como si quisiera absorberme en su piel.

—Quédate conmigo, Valeria.

No es una pregunta. Es un ruego que hace con palabras, pero que siento en el corazón. Cierro los ojos y dejo que su calor me arrope.

—Ya estoy contigo, Fabio.

Él sonríe contra mi piel. Y en ese instante, entiendo la promesa.

Cien noches nunca fueron suficientes.

Ni lo serán.

Porque ahora, las quiero todas.

EPÍLOGO

Valeria

El murmullo del lago se funde con el leve ruido de una copa al dejarla en la mesa, con el suave aleteo de las cortinas blancas de la terraza y con el eco de unas risas apagadas en la piscina. Todo en el Hotel Velasco Como mantiene un equilibrio perfecto entre lujo y calma, entre lo que fue y lo que está por venir cuando terminen las obras de ampliación. Desde la terraza de mi despacho, el paisaje es un cuadro de ensueño, una postal perfecta que nunca deja de maravillarme.

La ampliación del hotel está en marcha, y aunque ha sido un proceso intenso, todo empieza a tomar forma. Mi hogar está aquí ahora**.** Junto a Fabio.

Me apoyo en la barandilla de hierro forjado y cierro los ojos para disfrutar del aroma de la lavanda y la leña que arde en alguna chimenea cercana. La puerta de la terraza se abre con un suave *clic* detrás de mí, y aunque no escucho pasos, sé que es él.

Lo sé porque mi piel lo reconoce antes que mis sentidos.

Unos brazos fuertes me rodean por la cintura y su cuerpo cálido se pega al mío desde atrás. No hace falta que hable. Su aliento roza mi cuello cuando deja un beso lento y perezoso en mi hombro desnudo, justo en el hueco donde sabe que mi piel se estremece.

—Sigues robándome el sitio favorito del hotel. —Su voz es grave, con un tono bajo que lo hace más seductor aún y que, después de todo este tiempo, todavía consigue estremecerme.

Sonrío sin abrir los ojos, inclinando la cabeza hacia su hombro.

—No puedes reclamarlo solo para ti.

—¿Cómo que no? Soy el dueño.

Me giro en sus brazos y lo encuentro con esa sonrisa arrogante que tanto me gusta. Está impecable, como siempre, con una camisa blanca ligeramente desabrochada, las mangas remangadas y la mirada tan intensa que me dice todo lo que siente sin necesidad de palabras.

—Creía que la reunión acabaría más tarde.

—La he terminado. —Su mano sube por mi espalda en una caricia lenta, posesiva—. Quería encontrarme con mi directora financiera favorita.

Le rodeo el cuello con los brazos y lo observo con una media sonrisa.

—¿Es qué tienes algo que decirle?

—Sí. Que la amo.

Mi corazón da un vuelco, aunque no debería sorprenderme. Me lo dice todos los días, con susurros, cuando me mira con amor y con las caricias que nunca faltan. Pero cada vez que lo

escucho, siento que mi corazón se desboca.

Él me dirige la mirada profunda que me enamoró desde el primer momento.

—Y que aún no puedo creer que esté aquí, que sea mía —me dice entre beso y beso.

Me inclino hasta rozar su nariz con la mía, juguetona.

—Soy tuya, Fabio Velasco, tanto como tú eres mío. Pero solo porque quiero serlo.

Su risa taimada y ronca me envuelve.

—Y porque no puedes resistirte a mí.

—Eso también. —Mis labios rozan los suyos en una promesa antes de que su boca atrape la mía.

Me encantan estos besos lentos, profundos, que no necesitan prisa porque lo tienen todo.

El viento nos acaricia la piel. La tarde cae sobre el lago. Y en este instante, con Fabio sosteniéndome, con su cuerpo contra el mío, con la certeza de que esto no se acaba aquí…, porque ya han pasado cien noches, y muchas más, sin que hayamos cumplido la promesa del pacto, porque no nos hemos separado y olvidado. Al revés, vamos a sellar nuestra unión en el Resort Castello di Mare, donde nuestra promesa será otra y seguiremos sumando noches y días.

De allí volaremos a Nueva York para asistir a una fiesta a la que nos ha invitado mi amiga Isabella, e iniciaremos nuestro viaje de novios recorriendo los Estados Unidos, México y Canadá.

Un día, recordando en cómo nos conocimos y lo que vino después, pensé que la única razón por la que acepté un pacto tan absurdo fue porque, en el fondo, siempre supe que mi destino era él.

Y que todas nuestras noches nos han traído hasta este momento.

Hasta este amor.

Hasta nosotros**.**

Gracias

por leer mis novelas y sumergirte conmigo en mundos de pasión y amor.

Si te ha gustado, te agradecería que apoyaras mi trabajo con una reseña en Amazon, entrando en este QR:



También puedes seguirme en Facebook



NO TE VAYAS TODAVÍA…

¿Quieres saber cuál es la fiesta en Nueva York de

Isabella?

Si tu respuesta es sí, te dejo el comienzo de *Fuera de contrato* para que sigas con la serie:

FUERA DE CONTRATO

Prólogo

Isabella

El avión cruza el Atlántico con un ritmo demasiado monótono. El zumbido constante y la vibración sutil bajo mis pies me provocan somnolencia y el aburrimiento de estos viajes tan largos cuando el sueño no es suficiente para dormir, pero el cansancio te impide leer. La comodidad y el lujo de primera clase no son suficientes para que me relaje. Cierro los ojos, pero el sueño no llega.

Apoyo la frente contra el cristal y observa mi reflejo, una versión elegante y perfectamente arreglada de mí misma, como siempre. La Isabella Romano que todos ven y de la que cada vez me siento más lejos.

París, Milán, Nueva York, Londres, Berlín, Tokyo, Madrid...
Aeropuertos, pasarelas, hoteles, sets de fotografía...
Lujo, flashes, fiestas interminables con copas de champán que nunca terminan de vaciarse.
El sueño de cualquier chica que quiere ser modelo.

Miro por la ventanilla, pero solo veo mi reflejo recortado contra el cielo oscuro. Isabella Romano, la modelo internacional, la mujer que parece perfecta cuando sale en la portada de una revista de moda, la que sonríe en las galas benéficas junto a diseñadores y celebridades. Una mujer que debería sentirse realizada. He llegado muy alto. He vivido esta vida con intensidad, la he amado, la he elegido cada día sin dudar. Todo parece maravilloso: viajar de una ciudad a otra, lucir vestidos que valen más que un coche, posar para las mejores firmas del mundo, cenar en los restaurantes más exclusivos rodeados de diseñadores, fotógrafos y celebridades… Vivo en un sueño.

En los últimos años, mi hogar ha sido cualquier sitio y, al mismo tiempo, ninguno. Y yo me pregunto, ¿hasta cuándo?

No es que de repente odie este trabajo. Tampoco que lo desprecie o que no me apasione la moda. Lo adoro y no me arrepiento de nada de lo que he logrado a base de esfuerzo. Y, sin embargo, estoy cansada**.** No de los vuelos, ni de los cambios de horario. Tampoco de los vestidos de alta costura ni del ajetreo de las sesiones fotográficas. Estoy cansada de la ilusión de todo esto. De los contratos temporales, de los hoteles que se convierten en habitaciones sin alma, de las fiestas en las que todo el mundo finge conocerse y te adulan, pero al final, estoy sola en una habitación que no es la mía.

Me pregunto si quiero seguir en este ritmo de vida para siempre en el que no hay ningún sitio en el mundo al que poder llamar hogar.

Me paso una mano por la nuca y la masajeo para aliviar la tensión que se acumula en los viajes largos.

Nueva York me espera con esa energía tan vitalista, que me ha atraído siempre, y con los

contratos mejor pagados de mi carrera. Tanto, que no me puedo permitir rechazarlos. Esta vez no es diferente: una nueva campaña, un equipo que me espera en el estudio al aterrizar, más sesiones de fotos, más eventos de marcas exclusivas… Todo en una sola semana, sin descanso. Pienso en que ese dinero es mi futuro, un futuro que siento lejano porque no sé dónde está.

Miro por la ventana de nuevo. La noche se extiende bajo nosotros como una sábana oscura, salpicada de diminutas luces a lo lejos. Estamos a más de diez mil metros de altura, y pienso que es como mi vida, que lleva años flotando en el aire, sin aterrizar en ningún sitio.

Cierro los ojos y suspiro. ¿Será el momento de dejarlo o es solo algo pasajero fruto del cansancio? En cuanto termine este contrato, debería darme unas vacaciones y pensarlo. ¿Seré capaz de renunciar a las campañas de lujo, los desfiles agotadores, las sonrisas falsas para fotógrafos que buscan su mejor toma sin importarles si estoy cansada, enferma o rota por dentro?

En alguna ocasión he dicho que lo dejaba, que iba a tomarme un descanso y luego aceptaba otro contrato en una ciudad distinta porque «solo sería por unos meses». Sin embargo, la sensación de hastío que tengo hoy es diferente a las veces anteriores.

Siento el móvil vibrar sobre mi regazo y lo miro con desgana, pero, al ver quién es, una sonrisa se dibuja en mi cara.

💬 **Valeria:** *Dime que has aterrizado ya, me tienes en vilo.*
💬 **Yo:** *Todavía en el aire. Me quedan unas horas.*
💬 **Valeria:** *¿Y qué haces? ¿Pensando en lo de siempre?*
💬 **Yo:** *¿En qué otra cosa podría pensar?*
💬 **Valeria:** *Pensar demasiado nunca ha sido tu fuerte, pero mira, te voy a ayudar: si necesitas una señal para cambiar de vida, aquí la tienes.*
💬 **Yo:** *¿Sí? ¿Cuál?*
💬 **Valeria:** *Me caso.*

Parpadeo, sorprendida, y me incorporo en el asiento como si eso me ayudara a procesar la noticia.

💬 **Yo:** *¿¡Qué!?*
💬 **Valeria:** *Sí, Fabio me ha pedido que nos casemos.*
💬 Yo **:** *No me jodas.*
💬 **Valeria:** *Totalmente en serio. Y antes de que digas nada, sí, sé que decías que nunca me casaría, pero con él es diferente.*
💬 **Yo:** *Wow… No sé si felicitarte o pedirte que me mandes pruebas de que esto no es una broma.*
💬 **Valeria:** *Puedes hacer ambas cosas. Nos vemos en Italia en cuanto termines en Nueva York.*

Me quedo mirando la pantalla un instante después de que el mensaje se queda en visto. Ella ha encontrado su sitio. Su propia historia. Y un hombre bueno a su lado. Valeria, que también viajaba mucho, ha encontrado el momento de parar y centrarse en ella.

Cierro la conversación y deslizo el móvil dentro de mi bolso. Me alegro de que Valeria sea feliz, pero hay algo en sus palabras que me deja un vacío en el pecho. Ella ha encontrado su lugar. Yo, en cambio, sigo corriendo en círculos. Sigo sin saber si quiero seguir en esta vida tan incierta. Ni siquiera sé si me muevo por inercia y porque no tengo un lugar al que llamar hogar. Sí, tengo un

piso precioso que siempre está vacío; hasta cuando vuelvo a casa siento que es temporal.

Suspiro y paso una mano por mi cuello tenso mientras busco algo que ver en la tele del avión.

—¿Tu primera vez en Nueva York? —pregunta la mujer que está sentada a mi lado.

Me giro, parpadeando, y le dedico una sonrisa cortés.

—No, vengo a menudo por trabajo.

—Ah, ¿sí? ¿A qué te dedicas?

Antes de que pueda responder, noto cómo me estudia con atención y su expresión cambia.

—Espera… Te he visto antes. Eres… —Su expresión se ilumina.

—Isabella Romano —termino por ella, con una media sonrisa.

—Sí, sí, ¡claro! ¡He visto tus campañas! Dios, qué increíble debe ser tu vida, ¿verdad? Viajar, ver el mundo, estar en la cima, conocer a tantos actores famosos…

Sonrío con educación, por compromiso. Ya estoy acostumbrada a que la gente idealice esta profesión, que pide tanto esfuerzo.

—Lo es. A veces —respondo sin dar más detalles. No sé si ella nota que mi tono carece de entusiasmo.

Miro mi reflejo en la ventanilla. La silueta de una mujer con un vestido de punto negro que se moldea a su cuerpo, el cabello recogido en un moño flojo y unas gafas de sol de diseñador descansando en su regazo. Desde fuera, todo parece perfecto.

—¿Y cuánto tiempo estarás en Nueva York?

—Solo una semana. Luego vuelvo a Europa.

Ella asiente, satisfecha con la conversación, y vuelve a acomodarse en su asiento. Yo no añado nada más, porque la verdad es que no tengo ni idea de qué voy a hacer después. Una parte de mí quiere volver a Italia. Comprar una casa en la costa, abrir un negocio o ayudar a nuevas generaciones sin exprimirlas como me han exprimido a mí. Pero otra parte de mí… no sabe cómo vivir sin estar siempre en movimiento**.**

Respiro hondo y cierra los ojos de nuevo.

¿Realmente quiero seguir así?

No tengo respuestas.

Pero sé que, de alguna manera, este viaje no es como los anteriores. El pálpito de mi corazón me indica que esta será la última vez aunque en mi cabeza aún no lo haya decidido.

Capítulo 1

Isabella

Nueva York me recibe con un golpe de humedad en la piel en cuanto salgo del aeropuerto. Junio aquí es pesado, eléctrico, como si la ciudad estuviera conteniendo la respiración antes de explotar en una tormenta de verano. Me deslizo dentro del coche negro que me espera en la terminal y dejo caer la cabeza contra el reposacabezas mientras observo el horizonte a través del cristal.

No importa cuántas veces haya estado aquí, Manhattan siempre tiene el poder de deslumbrarme con su caos elegante, los rascacielos que acarician el cielo y el ajetreo incansable de las calles las veinticuatro horas del día. Pero hoy no tengo ganas de dejarme impresionar.

Estoy demasiado cansada.

—El equipo de la agencia ya está en el hotel, señorita Romano —me informa al chófer mientras el coche avanza entre el tráfico.

— ¿Cuánto tiempo tengo antes de la sesión?

—Dos horas.

Respiro aliviada. No es mucho, pero al menos podré ducharme, cambiarme y comer algo. Los vuelos intercontinentales me dejan con la piel reseca y un sabor metálico en la boca, como si mi cuerpo aún no supiera en qué parte del mundo está.

El hotel donde me hospedo está en el Upper East Side, un clásico cinco estrellas con una fachada de piedra tallada y lámparas de araña colgando en el vestíbulo de mármol negro y dorado. Me fascina su lujo clásico, atemporal, como todo en esta ciudad.

En cuanto entro en la suite, me quito los tacones y dejo caer la maleta con un suspiro. El aire acondicionado enfría la habitación a la perfección, pero no hay nada que pueda disipar la sensación de fatiga que llevo encima.

Me ducho con agua caliente, dejando que el vapor relaje mis músculos, y luego me envuelvo en un albornoz mientras reviso el servicio de habitaciones. Pido una ensalada ligera, algo de fruta y un café bien cargado. Mientras lo traen, me aplico una mascarilla relajante tumbada en el sofá. No puedo darme el lujo de llegar con ojeras.

A la vez que como, enciendo el móvil y reviso mis mensajes. Valeria me ha dejado varios más, contándome detalles de la boda. Sonrío al ver las fotos del anillo, de su vestido a medio hacer, de Fabio con una expresión de absoluto derretimiento en los ojos. ¿Quién lo diría?

Cuando termino, me maquillo con precisión. Base luminosa, labios *nude*, un poco de iluminador en los pómulos. Algo fresco y natural para mejorar mi aspecto y me vean con buena cara antes de que me maquillen allí para la sesión de fotos. Me visto con vaqueros y un top blanco de seda fluida con un escote recto y finos tirantes que dejan al descubierto mis clavículas, y una *blazer* roja extra size a juego con mis Converse. Me suelto el pelo, me echo un último vistazo a mi reflejo en el espejo y bajo a la recepción.

Trabajo, es trabajo. Y nadie mejor que yo para fingir que todo en mi vida es perfecto.

Los del equipo de la agencia me esperan en recepción. Subimos todos al mismo coche que me recogió en el aeropuerto y nos dirigimos al set de trabajo. La primera localización de la sesión es

el DUMBO en Brooklyn, con su emblemático puente de fondo y la luz dorada de la tarde iluminando los ladrillos rojos de los edificios antiguos. La ciudad como escenario de película.

—Bella, *lucés* increíble —me dice en español el fotógrafo, un argentino que lleva años fotografiando a las modelos más cotizadas, me guiña un ojo mientras ajusta la cámara.

Sonrío con un profesionalismo impecable y poso con naturalidad, moviéndome entre las luces y las sombras de los callejones, sintiendo cómo el aire cálido levanta la falda del vestido en el momento perfecto para una foto que grita *sofisticación* y *lujo sin esfuerzo.*

— Dame más de eso, Isabella. Mírame como si fueras dueña de este lugar.

No tengo que actuar. Soy dueña de este lugar. De cada esquina de Nueva York. De cada pasarela en la que camino. De cada portada en la que ha aparecido mi rostro. Y lo seré siempre porque me meto en el papel que debo jugar, mientras me queden ganas.

La sesión dura un par de horas. Los comentarios del equipo son los de siempre: *Espectacular, impresionante, profesional, diosa.* Me desvisto en el camerino improvisado que han montado en la esquina de una cafetería y me pongo mis vaqueros para acudir al siguiente evento. Aún nos queda la cena con la marca de la ropa que he lucido en la sesión.

El evento de esta noche es en una azotea privada en la Quinta Avenida, solo accesible para invitados de una lista selecta. Desde aquí, el Empire State se alza iluminado en la distancia y la ciudad brilla bajo nuestros pies como un tapiz de luces.

En cuanto llegamos, una estilista me espera con un vestido de seda color esmeralda de Cooper Design, una firma neoyorquina que busca hacerse un hueco entre las grandes casas de moda internacional. Me lo pruebo en un vestidor del restaurante y dejo que la tela resbale sobre mi cuerpo, abrazando mis curvas con un ajuste perfecto. Un golpe de efecto que sé que funciona.

Las joyas que me coloca son de una diseñadora emergente: diamantes pequeños, estratégicamente distribuidos en los lóbulos de mis orejas y en la cadena fina que rodea mi cuello. Minimalismo con intención.

Salgo del vestidor y sé que todas las miradas se vuelven hacia mí. Que esté acostumbrada no lo hace más cómodo.

Camino con seguridad hasta la zona donde los invitados conversan con copas en la mano. La élite de la moda y de los negocios de la Gran Manzana se han reunido, como suelen hacer**.** Algunos CEOs de marcas de lujo, modelos, actores, inversores, todos mezclados en un ambiente donde la exclusividad es la norma.

Sonrío con naturalidad cuando me presento a las personas adecuadas. Converso en francés con un diseñador de perfumes, en italiano con el director de una firma de zapatos de lujo, en inglés con el CEO de la marca para la que hice la campaña esta tarde. Puedo adaptarme a cualquier círculo. Lo llevo haciendo demasiado tiempo. Y, mientras, los flashes a mi alrededor no dejan de lanzar destellos sobre mi cuerpo. Estoy tan acostumbrada que casi ni los noto.

Y entonces, una presencia se acerca a mi espalda y me habla al oído.

Una voz baja, grave, de hombre.

— Isabella, necesito hablar contigo. Ahora.

La piel se me eriza.

Me giro lentamente y veo a uno de los directores de mi agencia, vestido de traje negro, con la expresión seria y calculada de quien está a punto de pedirme algo importante.

Mis ojos se entrecierran.

—¿De qué se trata?

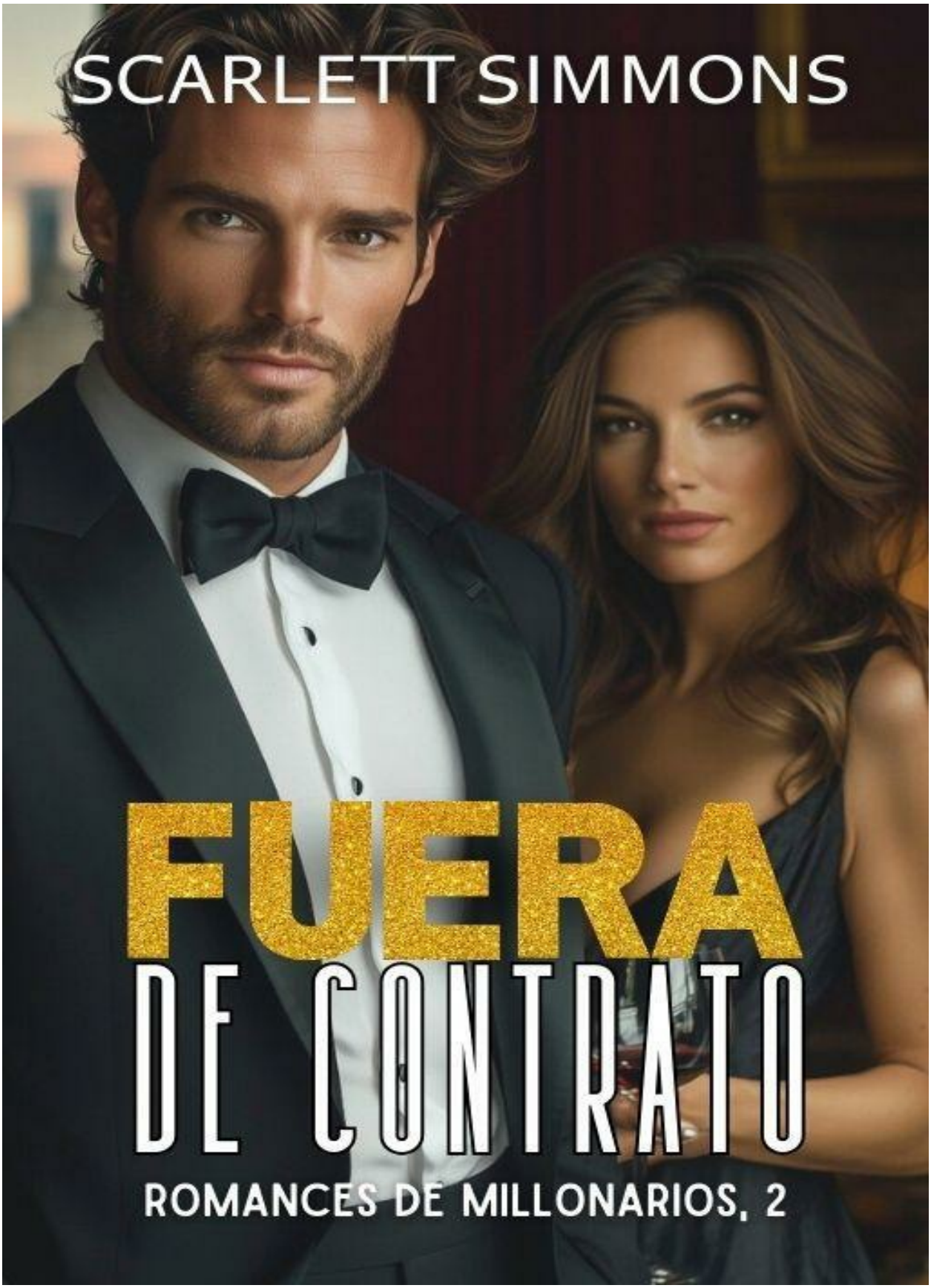
Él no responde de inmediato. Solo me mira con una sonrisa tensa que me indica que lo que va a decirme es difícil para él y que no me va a gustar.

Se acerca más a mí y me susurra al oído algo que no quiere que nadie más escuche.

Sé que mi expresión cambia y un malestar me recorre el cuerpo. ¿Es posible que me esté diciendo esto?

(...)

Sigue leyendo aquí:


SCARLETT SIMMONS
FUERA
DE CONTRATO
ROMANCES DE MILLONARIOS, 2

*Todos los derechos reservados, solo pertenecen a su autora, Scarlett Simmons

*Imagen de portada generada por IA